

A romantic winter scene set in a snowy city at night. In the foreground, a woman with long, wavy red hair wears a purple beret and a white sweater over a red dress. She holds a paint palette and a brush, looking towards the viewer with a gentle smile. Beside her, a man with dark, wavy hair and a beard wears a blue scarf and a dark coat. He holds a sketchbook and a pencil, looking off to the side. The background features a snow-covered street with a glowing street lamp, a building with a sign that says "FIREO", and strings of warm white lights hanging across the scene. Snowflakes are gently falling, creating a magical atmosphere.

J.V. DE LA CRUZ
NESSA

LAS MANECILLAS
DEL DESTINO

Datos de Publicación y Derechos

Título:

Las manecillas del destino

Autor:

J.V De la Cruz, Nessa

Primera Edición:

2024

Número de Registro:

2411260208477

ISBN-13:

9798301395956

Ilustración y Diseño de Cubierta:

Javier Piña Cruz

Corrección del Texto:

Sonia Martínez Gimeno

Impreso por:

Amazon

© del texto:

Javier Piña Cruz, 2024

© de la ilustración y diseño de cubierta:

Javier Piña 2024

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida, en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo por escrito del editor.

Dedicatoría

Este libro se lo queremos dedicar a tres personas. Tres estrellas que desde el cielo nos guían
incluso concediéndonos deseos difíciles de cumplir.
Nunca os olvidaremos, seréis parte de nuestras vidas.

Prólogo

El silencio que asolaba la casa que Emma compartía con Fran fue roto únicamente por el ruido del eco que se repetía en la cabeza de ella, producido por el portazo que había dejado su marido al salir de casa.

No era la primera vez que se marchaba de allí malhumorado, cerrando fuertemente detrás de él.

Primero comenzaban las miradas secas y de reproches mutuos, no tardaban en comenzar a echarse en cara cosas insignificantes el uno al otro, hasta que los gritos, cada vez más altos, eran la única música que se oía en lo que había sido su hogar durante ocho años. Cinco de estos habían estado repletos de amor, risas, palabras románticas y miradas enamoradas, pero en los últimos tres, su nido de amor se había convertido en un puro infierno, del cual ninguno sabía cómo salir. Las peleas eran un bucle del que no encontraban salida.

Esa misma mañana se habían puesto como locos, simplemente porque el tarro de la mermelada se quedó medio abierto. Eso les bastó para comenzar una batalla entre ellos. Simples cosas que antes no tenían ninguna importancia, ellos las veían ahora como un motivo para declararse la guerra.

Un tarro abierto, una mancha de fresa en la mano de él, provocó una gran pelea furiosa entre ellos, en lo que el detalle menos importante en la discusión fue justamente el tarro.

Su pelea había comenzado a subir claramente de nivel, hasta convertirse en una llena de crueldad y reproche, que no había hecho nada más que agrietar la frágil relación que mantenían desde hacía unos años.

Ella reflexionaba ante el espejo de su dormitorio. Ese al que le costó tanto convencer a Fran para comprarlo en la tienda de antigüedades. Él no quería traerlo porque decía que, aparte de horroroso, era infinitamente grande, y así sería el centro de atención de la estancia. Una en la que, según él, debería predominar su enorme cama de dosel, con cuatro postes, como las de las películas antiguas. Pero ella se había enamorado del grabado antiguo de este. Su marco dorado envejecido y los dibujos que le precedían le daba la libertad de soñar despierta, pensando que estaba en un gran palacio, donde ella era la reina del lugar. Se enamoró del objeto, y él la complació, aunque fuese a regañadientes.

Gruesas lágrimas se deslizaban por sus pómulos al recordar esos días en los que iban juntos de compras, agarrados de la mano.

Miraba su reflejo demacrado. Sus ojos verdes, antes hermosos, ahora daban impresión de verse hundidos, con grandes bolsas bajo ellos, símbolo de las horas de insomnio que sufría en ese último año. Su pelo, antes suelto y de un rojo brillante, herencia de su sangre irlandesa, no era más que una maraña agarrada en su nuca descuidadamente. Nada quedaba de las curvas exuberantes de antaño, su extrema delgadez dejaba paso a verse pronunciados los huesos de la clavícula.

Fran y ella se conocieron en el último año de instituto. Él es un año mayor que ella por lo que estaba en un curso adelantado. Jugaba en el equipo de baloncesto del instituto y Emma era animadora, así fue como se conocieron, en el campo de deportes.

Él impecable con su uniforme blanco y el número diecisiete resplandeciendo en color azul. Su pelo rubio deslumbraba al darle el sol y así hacerlo aún más claro. Sus ojos oscuros contrarrestaban con su pelo dorado al sol. En un principio fue lo que captó la atención de ella.

Emma, con su uniforme de animadora, sacudía sus pompones al marcar el equipo, dando

pequeños botes con sus diminutos pies. A ella no le era desapercibido como él miraba el movimiento de su pequeña falda blanca y azul, a juego con el uniforme del equipo, al pasar por su lado.

En el momento en el que sus miradas conectaron, pensó que se había enamorado de él perdidamente.

Comenzaron a salir ese mismo año, y solo un año después, ya era su mujer.

Jamás pensó que se arrepentiría de tomar esa decisión, pero ahora, mientras ahogaba sus lágrimas en la garganta, no estaba tan segura de ello, al recordar la mirada de él sobre ella hacía pocas horas.

Su cuerpo se escurrió por la puerta, hasta que el trasero tocó el frío suelo del dormitorio que ya ni siquiera compartía con él desde hacía seis meses. ¿Cómo habían dejado que llegase hasta ahí la situación?, pensaba Emma, a la vez que llevaba sus pálidas manos a su cara pequeña y pecosa.

La relación comenzó a fracturarse cuando ella le pidió un bebé. Nada le gustaría más a Emma que ser madre.

Tener en sus brazos una pequeña personita que fuese dos trozos de cada uno de ellos en un diminuto cuerpo le entusiasmaba.

Fran aceptó enseguida, estaba muy ilusionado con la idea de ser padres. Después de los años que hacía que habían comenzado su relación, creían que ya estaban preparados para serlo. Nada les hacía más ilusión llegados a ese punto.

Un llanto de congoja llenó la habitación al saber que a partir de ahí comenzó el principio del final entre ellos.

Nunca pensó en sí podría o no concebir una vida dentro de ella. Si el caso hubiese sido diferente, hoy ella no se habría casado. No habría podido hacerle algo así a su pareja. Se habría quedado sola si hubiese sabido que era incapaz de darle un bebé.

Después de intentarlo por más de un año medio sin conseguir resultados, decidieron acudir a un médico y hacerse unas pruebas de fertilidad.

Tras un proceso largo de pruebas para ambos, los resultados fueron que tanto Fran como Emma eran fértiles, por lo que no había ningún motivo por el cual no pudiesen concebir. Ella sabía que la culpa era suya, porque si su marido no tenía ningún problema, ella debía quedar embarazada y, en cambio, no lo hacía, por ende, era su culpa.

La doctora le dijo que tal vez su estado de estrés diario y la necesidad de quedarse embarazada no ayudaban a la concepción del bebé. Le pidió que se relajase y que no pensara que era su obligación embarazarse sin más, solo por ser mujer. Que debía tomar las cosas con calma y así lograría su objetivo sin tensiones.

La mujer se portó muy bien con ella. Le daba pequeños apretones en el hombro, demostrándole su simpatía, hasta le ofreció unos ejercicios que Emma llevaba a rajatabla. Hasta le dio un calendario en el que podía ver cuando era más fértil. Lo tenía siempre en las manos, comprobando las fechas para no dejarse ninguna atrás.

Lo intentó todo, cambió su alimentación por una más sana. Religiosamente hacía los ejercicios que la doctora le ofrecía en cada consulta. Se preparaba para Fran en los días que el calendario le mostraba que era más fértil, incluso levantaba las piernas en cada acto, porque había leído que así existía más posibilidades de que el espermatozoides llegase al óvulo.

Leía artículos en internet, buscaba alternativas, tanto antiguas como modernas.

Todo eso no servía, no conseguía quedarse embarazada, y Fran, cansado de la situación, se acercaba menos a ella.

Comenzó a pasar más tiempo en cama, leyendo sobre el tema. Se levantaba más tarde, tomando apuntes de lo que debía hacer. Fran la complacía al principio, cambiando de postura al hacer el amor, dándole masajes en el abdomen al acabar, pero llegó un momento en el que él dejó de colaborar, y le parecían una pérdida de tiempo.

Comenzó a sentirse cada vez más cohibida a la hora de proponerle algo, hasta el punto en el que le daba miedo pronunciar palabra alguna delante de él.

Fran comenzó a salir más con sus amigos, a estar menos en casa. No le apetecía acercarse a ella, y Emma dejó de ponerse sus faldas de tubo y sus camisas abiertas en un gran escote, para cambiarlos por pantalones anchos, vaqueros y sudaderas. Por supuesto, ya no usaba sus tacones de aguja, y en su lugar, las deportivas eran sus compañeras.

No le apetecía poner buena cara a nadie, cuando lo que realmente quería era dormir y dejar de pensar en que no servía para nada.

Lloraba desconsoladamente con cada recuerdo, debía hablar seriamente con su marido de su relación y decidir qué quería hacer con su vida, pero le daba tanto miedo perderle, quedarse sola, que prefería tenerle a su lado, aunque fuese en aquellas circunstancias.

Después de soltar todas las lágrimas que tenía dentro de ella, se levantó del suelo y caminó hacía el comedor, donde los restos del vaso roto aún estaban bajo la mesa de cristal donde estaban desayunando.

Se agarró a la silla al recordar la escena de hacía unas horas.

—¿Acaso tienes el interés siquiera de arreglarte un poco esta mañana? —preguntó él sin apartar los ojos del periódico que leía.

—No me apetece salir de casa, así que ¿para qué? —En el momento en el que sus palabras salieron de su boca, se arrepintió, pero era demasiado tarde, la ira de él ya había despertado.

—¿¡Para qué!? —gritó Fran soltando el periódico en la mesa de un golpe seco—. ¿Tal vez te miras al espejo alguna vez? —Acompañó sus palabras con una mirada despectiva.

Emma comenzó a llorar con esas palabras, él la miró con desprecio en la misma mirada que antes le reflejaba amor.

Ella no respondió de inmediato. Bajó su mirada al café que ya no tomaría y se quedó allí, sin decir nada, como si fuese un espectador en vez de la protagonista.

Fran se desesperó al no obtener respuesta de su parte y continuó hablando enfadado, pero ya no había gritos de su parte, solo la desilusión pegada a sus palabras.

—No puedo seguir aquí, viendo cómo te hundes. Y por supuesto, no voy a dejar que me arrastres contigo. Tú eres la que quería tener un bebé, el problema es tuyo. Si tú no eres apta siquiera para darme descendencia, ¿qué menos que me alegres la vista? Desde que... —Emma le miró con sus ojos verdes de par en par, habían discutido mil veces, pero él jamás había sido tan cruel con ella—. Mira, déjalo —dijo un bufido a la vez que hacía un gesto con su mano derecha para quitarle importancia al asunto y se giró bruscamente, haciendo que el vaso que ya estaba al filo de la mesa cayese produciendo un ruido estridente en la estancia.

Emma fue detrás de él cuando cogió su chaqueta para salir de casa y agarró su brazo.

—No te vayas, hablemos las cosas. Dime qué debo cambiar para solucionar esto. Dime qué debo hacer, ¡pero no me dejes sola! —suplicaba con la mirada puesta en sus ojos marrones, y él agarró su pequeña mano, tirando de ella para que le soltase.

—No me esperes para cenar —fueron las últimas palabras antes de salir de casa. Ni siquiera miró hacia atrás antes de cerrar la puerta en sus narices.

Un llanto ahogado se oyó en esa casa que ya no era un hogar. Se había convertido en su infierno personal y no sabía cómo salir de allí. No sabía arreglar aquello y realmente tampoco

estaba segura de querer hacerlo.

Se dispuso a limpiar los cristales del suelo, para dejar de pensar, y se puso a recoger la mesa con los desayunos intactos; se sentó en su escritorio, mirando al vacío después de haber acabado de quitar cada trozo de cristal del suelo. Ni siquiera fue consciente de que un pequeño cristal se había incrustado en la palma de su mano, dejando salir una gota escarlata de su pálida piel. No había sentido dolor. Ya ella era incapaz de tal cosa, estaba tan abatida y desesperada que no le importaba si seguía respirando mañana.

Necesitaba desahogarse con alguien, pero le daba vergüenza hablar de sus cosas con su familia o amigas. No hablaba mucho con ellos, por el simple hecho de que no sabía qué responder cuando le preguntaban cómo se sentía.

Si al menos su madre o abuela siguiesen allí para poder pedirles consejo, sería muy diferente, pero su madre se fue siendo ella muy pequeña y su abuela hacía nueve años que la dejó sola en ese mundo.

Cuando les explicaron a los familiares la situación del bebé, se rompieron en darles ánimos y se deshicieron en palabras de consuelo y apoyo, pero poco a poco comenzaban a perder la esperanza. Lo que antes llenaba a Emma de amor y comprensión, ahora solo eran para ella palabras vacías y sin sentido.

No le gustaba ver cómo las personas la miraban con pena por el simple hecho de no poder ser madre.

Odiaba sentirse inútil ante los ojos de quienes la rodeaban, asimismo, dejó de ver a las personas que antes más le importaban.

La pena la invadía y lo único que quería era acostarse y no volver a levantarse.

Miró al armario que tenía al frente, su mirada se concentró en un tarro de pastillas detrás de la cristalería y pensó en un momento que sería lo mejor.

Estaba harta de luchar, cansada de respirar. Pensaba que si ella faltaba, nadie se daría cuenta. Se sentía invisible e innecesaria para la vida. No aportaba nada al mundo, ni siquiera podía darle un hijo a su marido. ¿Qué sentido tenía su vida?, pensaba sin apartar la mirada del tarro de píldoras.

Su vida era inútil. Cuando comenzó a avanzar hasta el armario, una melodía navideña, junto al son profundo y ceremonioso que daba el reloj de la plaza anunciando una nueva hora, se coló a través de su ventana, dejando así su paso a medio camino del salón.

—¿Ya es Navidad? —se preguntó al oír el villancico.

Sus pies dieron la vuelta, tomando otro camino, sin siquiera ser consciente de ello.

Se asomó a la ventana. Un grupo de niños estaban apostados en la calle. Cantaban villancicos, con sus bufandas coloridas, sus chaquetones llenos de polvo blanco producido por los copos de nieve que comenzaban a caer suavemente, rodeados por las personas que se paraban en la calle a oírlos.

Una nueva lágrima cayó por la cara de Emma al recordar lo feliz que era antes en esa festividad. Las comidas familiares, las compras, la nieve, la ilusión de ver a los niños echando al buzón sus cartas para Papá Noel.

A ella misma, cuando era pequeña queriendo sentarse en su regazo para hacerle petición de sus deseos.

Una loca idea cruzó por su cabeza, y si...

Se sentó en su escritorio y cogió papel y bolígrafo. Allí sentada, casi sin pensar, comenzó a plasmar sus sentimientos, lo que seguramente sería la última vez que pudiese hacerlo.

Mientras escribía, una gota de sangre se quedó dibujada en el blanco papel.

Comenzó a mirar la hoja, pensando en qué podría escribir, en cómo comenzar. Agarró el bolígrafo con decisión y sin pensar escribió lo que su corazón le dictaba.

Querido Santa Claus:

Sé perfectamente que ni te llegarán estas palabras que escribo, y mucho menos, recibiré contestación.

Pero, aun así, me da paz y hasta un poco de alegría volver a escribirte como cuando era pequeña.

Me llenaba de tal emoción que no podía dormir, no solo el día de Navidad, sino incluso días anteriores a las fechas.

Esa alegría y emoción se quedaron con esa pequeña Emma que creía en la magia navideña.

Siempre pensé que tener una pareja a la que amase a mi lado y formar una familia era todo lo que necesitaba para ser feliz. Crear la mía propia.

Río irónicamente al saberme incapaz de formar una.

Al hacerte adulta y dejar dormir a nuestro espíritu infantil, algo muere dentro.

Y siento tanto saber que eso que nos brinda ese espíritu nunca regresa.

Duele tanto saber que tu vida no sirve para nada, que solo respiras porque debes hacerlo, porque los demás lo hacen.

Nos hemos vuelto clones unos de otros. Debemos seguir un parámetro, si no, esa persona ya no es aceptable para esta sociedad en la que vivimos.

Santa, ya no quiero seguir sufriendo, no necesito sentirme inútil una vez más.

No quiero ver en los ojos de mi marido la decepción que le causo.

Gracias por ser lector de mis últimas palabras escritas.

Me ha sido de ayuda plasmar estas letras en el papel, aligera mi corazón herido.

Deseo dejar de sentir miedo, asco y anhelo. Solo quiero dejar mi mente en blanco y cerrar los ojos, para poder descansar al fin.

Tal vez así, en algún lugar, pueda renacer de nuevo y poder tener descendencia, y que así disfruten de las navidades tanto como un día hice yo misma.

Emma

Cuando terminó de poner su nombre, la oscuridad de la noche invadió la ventana, cerró la carta cuidadosamente. Vio el rastro de sangre, aunque como sabía que nadie la leería, no le dio importancia.

Pensó en tomarse las pastillas y guardar sus negativos sentimientos en el escritorio, pero algo en su interior la frenó. Al abrir el cajón para meter el sobre de un blanco impoluto, volvió a sonar un villancico con el nuevo son del reloj. Esta vez, sus lágrimas saltaron al reconocer la melodía que su abuela le cantaba cuando era niña.

Recordaba el cálido abrazo que esta le daba mientras cantaba para ella. Veía nítidamente su pelo gris, aún recordaba su aroma. Ella que desprendía tanto amor desinteresado, como solo saben ofrecer las abuelas. Se sentía tan protegida en sus brazos, que no pudo evitar oír esa melodía una vez más.

Se tumbó en la cama, encima de su edredón rosa y tarareando la canción, hasta que esa misma música se convirtió en una nana para ella. Se quedó dormida con la carta en las manos y una triste sonrisa con el villancico sonando en su cabeza y repiqueteando en su corazón.

A la mañana siguiente, un ruido la despertó. Abrió los ojos asustada y, de un salto, se levantó de la cama.

Corrió al salón, esperando a ver a Fran en el sofá, donde dormía últimamente, sin

encontrar rastro de él.

Llamó a la puerta del baño, y al no conseguir respuesta, abrió despacio, nada, la habitación estaba vacía.

Suspiró y miró hacia abajo, un sobre blanco se agarraba a su mano. Recordó que había escrito una carta a Santa Claus. La miró sin saber muy bien qué hacer. De nuevo, el reloj de la plaza le indicaba una nueva hora.

—¿Por qué no? —dijo para sí.

Se dirigió a su dormitorio, se colocó un vaquero azul, junto a una camisa de un tono más claro, se enfundó sus deportivas blancas.

Se peinó lo justo para restaurar su cola de caballo y agarró su bolso. Cuando iba a coger el abrigo y las llaves, miró detenidamente el pequeño sobre. Anduvo hasta el escritorio, agarró el bolígrafo y escribió en él el destinatario, Santa Claus, y en el remitente escribió solo Emma. No necesitaba poner dirección, ya que la carta, obviamente, no llegaría.

Una vez hecho, salió de casa y avanzó sin pensar hasta Correos, donde colocó con cuidado la carta que había escrito la noche anterior y la deslizó por la boca del buzón.

Se giró, agarró su móvil y marcó el número de Fran, tenían que hablar y solucionar su situación o ella escogería la opción que se le presentó anoche, cuando estaba sola en casa.

Capítulo uno

Lucas abrió los ojos al sentir un trueno, medio soñoliento, miró hacia la ventana y un haz de luz producido por un relámpago iluminó el dormitorio, el siguiente trueno hizo temblar algún que otro cristal. Pensó en echarse otro rato más, ya que cuando miró el reloj, eran las cinco de la mañana; desistió al darse cuenta de que el ruido se había llevado consigo el sueño con el que los brazos de Morfeo le habían rodeado.

Se calzó las zapatillas, tuvo que bordear la cama para salir por la puerta y fue en ese momento cuando vio que Natalia no estaba en la cama. «¿Dónde estará?», se preguntó mientras abría la puerta del dormitorio y salía al pasillo, unas voces tenues le llegaban del salón, cuando llegó a él, se encontró a su mujer dormida en el sofá, tapada con una manta, mientras las voces procedían de la televisión encendida. «Otra vez igual».

La relación entre Lucas y Natalia se fracturó en el mismo momento en que ella le había confesado que se había acostado con su hermano. ¡Con su propio hermano! Según le dijo, fue después de la presentación de su último libro, él se había ido con su editora para firmar el nuevo contrato, ella creía que se la estaba pegando y le quiso devolver el golpe, solo que Lucas sí que le había sido fiel, de eso hacía medio año y nunca volvió a ser lo mismo.

Llevaban meses durmiendo no separados, pero tampoco juntos. Lucas apagó la televisión y como si fuera acto reflejo, Natalia se despertó.

—¿Qué haces? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—Apagar la televisión como todas las noches. Son las cinco de la mañana, la cama está libre, acuéstate.

Sin esperar a que le contestase, Lucas fue a la cocina a prepararse un café; mientras calentaba la leche, salió y entró en el despacho, lo primero que vio fue su mesa llena de manuscritos inacabados, esos a los que intentaba dedicar horas y horas, y que, por alguna extraña razón, no podía acabar.

Encendió el ordenador y cuando salía, miró el sofá vacío y la puerta cerrada de su dormitorio, ya no podría entrar en él hasta que ella se despertara. «¿Merece la pena seguir con esto?», se preguntó mientras sacaba el café, apagaba la luz de la cocina y entraba en su despacho, en su mundo.

Tres horas después, Natalia abrió la puerta y de camino al aseo le vio mirando por la ventana, el café sin tocar, frío por el paso del tiempo, y el reflejo de la pantalla en blanco a través de la vitrina.

Natalia no dijo nada mientras caminaba hacia el baño, pero por el rabillo del ojo veía a Lucas inmóvil, perdido en algún lugar al otro lado de la ventana. Cuando cerró la puerta tras de sí, él escuchó el clic de la cerradura, un sonido insignificante, pero que retumbaba en su mente como si marcara el límite invisible que los separaba desde hacía meses.

Lucas suspiro y volvió la vista al escritorio. La pantalla en blanco lo desafiaba, como cada mañana, y él sentía que algo se resquebrajaba un poco más en su interior. Hacía tiempo que se dio cuenta de que el bloqueo que lo atormentaba no era solo creativo, sino una parálisis emocional que le impedía avanzar, escribir o siquiera imaginar un futuro donde esa escena — Natalia dormida en el sofá, el silencio en la madrugada— no se repitiera una y otra vez.

Se llevó la taza de café a los labios, pero el líquido frío lo detuvo. Lo dejó de nuevo sobre la mesa, contemplándolo como si pudiera hallar alguna respuesta en sus propias huellas marcadas en la cerámica. «¿Cómo llegamos hasta aquí?», pensó. Antes de aquel día, él y Natalia

tenían lo que creía una relación sólida, basada en la confianza y la complicidad. Pero ahora, cada palabra entre ellos era un intento torpe de llenar un abismo, y cada silencio, un recordatorio de lo irrecuperable.

El ruido de la puerta del baño abriéndose lo sacó de sus pensamientos. Natalia apareció en el marco de la puerta del despacho, envuelta en su bata, con el rostro aún marcado por el sueño.

—No has dormido, ¿verdad? —preguntó, aunque era más una afirmación que una pregunta.

Lucas negó lentamente con la cabeza y, sin saber por qué, su respuesta lo agotó más que las noches sin descanso.

—Apenas... es complicado dormir últimamente —respondió, sin añadir más.

Natalia lo observaba, y había algo en su mirada que él no alcanzaba a descifrar, arrepentimiento tal vez, o una sombra de ese cariño que alguna vez compartieron. Quedaba un silencio incómodo, pesado, como si ambos estuvieran esperando que el otro hablara, que dijera algo que por fin cerrara la distancia, pero ninguna palabra llegó.

Finalmente, ella suspiró y se apoyó en el marco de la puerta.

—Lucas... yo... —comenzó, pero las palabras se le atragantaban. Después de unos segundos, se encogió de hombros y se dio la vuelta, desapareciendo de su vista.

Él se quedó observando la puerta abierta y sintió una oleada de tristeza, una especie de derrota mezclada con resignación. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que ya no esperaba una disculpa, ni un intento de explicar lo inexplicable. Las palabras habían perdido su fuerza, y todo lo que quedaba entre ellos eran los ecos de un pasado que se resistían a dejar ir.

Lucas volvió a mirar la pantalla en blanco. La historia que había empezado meses atrás, y que alguna vez pensó que terminaría, no era más que una metáfora de su vida actual: capítulos inconclusos, diálogos que se interrumpían y escenas que no podían resolverse.

Decidió levantarse de la silla y tomó el café frío de la mesa. Al final, el despacho ya no era su refugio, sino otro recordatorio de lo que había perdido. Salió al pasillo y miró hacia la cocina. Tal vez, pensaba, lo único que podía hacer era continuar cada día, moviéndose en silencio como espectador de su propia vida.

Se apoyó en el marco de la puerta de la cocina, contemplando la mesa vacía. Cada rincón de la casa parecía un museo de momentos compartidos, objetos impregnados de recuerdos que pesaban como losas. La rutina que antes le parecía cómoda, familiar, se había convertido en una sucesión de actos sin sentido, como si ambos representaran un guion que ya no les pertenecía.

Natalia apareció en la cocina unos minutos después, aún sin haberse arreglado del todo, pero con los ojos más despiertos, observándolo con esa mezcla de cautela y tristeza que ambos habían aprendido a llevar. Se cruzó de brazos, como si ese simple gesto la protegiera de las palabras que ambos guardaron en silencio por demasiado tiempo.

—¿Te has preguntado alguna vez si...? —Lucas titubeó, sin saber si estaba listo para lo que estaba a punto de decir—, ¿si tiene sentido seguir así?

La pregunta quedó flotando en el aire, y por un instante él se arrepintió de haberla formulado. Pero Natalia no parecía sorprendida. Bajo la mirada y asintió lentamente.

—Lo he pensado muchas veces —respondió en voz baja, sin mirarlo. La sinceridad en su tono hizo que Lucas sintiera un nudo en la garganta—. Pero tengo miedo de que si nos rendimos, tiremos por la borda todo lo que alguna vez fuimos.

Lucas se quedó en silencio, asimilando sus palabras. Sabía que él también había tenido ese miedo, que la idea de empezar de nuevo y dejar atrás los años, los recuerdos, las promesas, era aterradora. Pero lo que habían estado haciendo hasta entonces no era vida. Era como si cada día

repitieran los mismos gestos, como si la distancia entre ellos creciera en lugar de reducirse.

—No sé si alguna vez podamos volver a ser los de antes, Natalia —dijo finalmente. Sus palabras sonaban secas, como si el simple hecho de decírlas le arrancara algo de dentro—. Lo que estamos haciendo ahora... solo nos está destruyendo.

Natalia cerró los ojos y asintió apenas perceptiblemente. Cuando volvió a abrirlos, Lucas pudo ver que ella también estaba luchando para no romperse.

—¿Quieres que... nos tomemos un tiempo? —preguntó ella, y aunque intentó que sonara como una pregunta práctica, su voz tembló.

Él asintió, y en su pecho algo se derrumbó. Nunca pensó que llegaría a aceptar esa posibilidad, pero en el fondo sabía que era necesario. Tal vez una temporada separados, sin la presencia constante del dolor, les permitiera reencontrarse a sí mismos... o, al menos, descubrir si aún quedaba algo que salvar entre ellos.

—Solo un tiempo —respondió Lucas, intentando convencerse a sí mismo de que esa decisión no era el fin, sino una pausa, una oportunidad para respirar.

Natalia se despidió con una mirada larga, que él no se atrevió a devolver. Luego, se retiró hacia el dormitorio, tal vez para empaquetar algunas cosas, tal vez solo para llorar en silencio.

Lucas se quedó en la cocina, y de alguna manera, el sonido de la puerta cerrándose en el dormitorio fue una de las cosas más tristes que había escuchado en mucho tiempo.

Seguía inmóvil, sintiendo que la casa se había vuelto un espacio inmenso y vacío, casi ajeno. Cada sonido, cada objeto, parecía cargado de una presencia inquietante, como si las paredes mismas contuvieran los ecos de las discusiones, los silencios tensos y la distancia que se había interpuesto entre ellos.

Se apoyó en la encimera y miró al suelo, sin saber cuánto tiempo había pasado cuando escuchó pasos ligeros detrás de él. Se dio la vuelta y vio a Natalia, de pie en el umbral, con una pequeña maleta a su lado y el abrigo colgando de su brazo. Llevaba puestos sus vaqueros favoritos y una sudadera vieja que él recordó haberle regalado un par de años atrás. Sintió una punzada al recordar el momento en que se la compró, un gesto tan insignificante que ahora, en ese contexto, parecía una prueba de todo lo que habían sido y que estaban dejando atrás.

—No sé cuánto tiempo estaré fuera —dijo Natalia con voz quebrada, sus dedos tamborileaban sobre el asa de la maleta, como si ella tampoco pudiera creer que realmente estaba sucediendo—. Solo necesito... necesito encontrar algo de claridad. No quiero seguir haciéndonos daño.

Lucas asintió lentamente, incapaz de encontrar palabras que le hicieran justicia a todo lo que estaba sintiendo. No quería pedirle que se quedara, porque sabía que sería egoísta. Ambos necesitaban espacio para sanar, pero eso no reducía el vacío que empezaba a abrirse dentro de él.

—¿Dónde te quedarás? —preguntó finalmente, con voz baja y contenida.

—He hablado con mi hermana. Tiene una habitación libre, y no le importa que me quede un tiempo. —Natalia apartó la vista y respiró hondo, como si con cada palabra tuviera que luchar contra la emoción que amenazaba con desbordarse—. No quiero hacer esto más complicado, Lucas. Solo... necesito ver si puedo encontrar a la persona que era antes de todo esto.

Él la miró, y aunque quiso decir algo que la hiciera cambiar de idea, sabía que sería inútil. Sabía que él mismo necesitaba ese tiempo, aunque hasta entonces se hubiera negado a admitirlo. Su relación había sido su refugio, su ancla, y ahora, sin eso, la sensación de estar perdido lo embargaba.

—Espero que encuentres lo que buscas —dijo finalmente, y la frase le resultó tan hueca y formal que casi se arrepintió de haberla pronunciado.

Natalia le dedicó una leve sonrisa, una mezcla de agradecimiento y tristeza que, de alguna manera, hizo que la frase cobrara sentido.

Se acercó a él, y en un impulso inesperado, lo abrazó. Lucas sintió su calidez y se permitió, aunque fuera por un instante, abrazarla de vuelta. Durante ese momento, la distancia desapareció y lo único que importaba era ese último rastro de cercanía, de cariño, que aún quedaba entre ellos.

—Cuídate, Lucas —murmuró ella, apartándose con cuidado, sin mirarlo a los ojos. Tomó la maleta y se dirigió hacia la puerta.

Él la siguió con la mirada hasta que esta se cerró, y el sonido le resonó como un eco sordo en el pecho. Un vacío profundo se instaló en la casa, como si de pronto le hubieran arrebatado algo esencial.

Lucas respiró hondo y se dio cuenta de que estaba solo. Sin saber qué hacer, volvió al despacho, cerró la puerta tras de sí y se sentó frente al escritorio. La pantalla en blanco seguía esperándolo, y sintió que el silencio era distinto, casi como si algo nuevo comenzara a gestarse.

Con dedos temblorosos, abrió un nuevo documento y escribió:

«A veces, el amor no es suficiente, y el silencio, aunque doloroso, se convierte en el único refugio. Lucas se detiene frente a la ventana, pensando que, quizá, en la pérdida encuentre un camino de vuelta a sí mismo».

Por primera vez en meses, las palabras fluían.

Después de estar un rato escribiendo, se levantó y se estiró, había escrito incomprensiblemente tres capítulos de un tirón y se sentía contento consigo mismo, pero sin mediar tiempo, una oscuridad, una losa cayó sobre él recordando a Natalia con la maleta abandonando la casa donde ambos presumiblemente tenían que ser felices.

Salió del despacho y se dirigió a la habitación, la cama estaba hecha, las mesillas ordenadas, solo faltaban unas prendas del armario de ella, unos zapatos y alguna que otra joya, todo lo demás seguía allí, intacto, esperando que su portadora volviera con ellos. «¿Y ahora qué?».

Sintió un silencio demoledor, así que decidió poner algo de música, conectó la vieja radio de su padre, se quedó mirándola con tristeza recordando cuando su progenitor la usaba para escuchar una y otra vez canciones de Fausto Papetti, una lágrima surfeó sobre su mejilla, la apartó inmediatamente y la apagó cuando comenzaban a sonar villancicos, demasiada tristeza sentía como para acumular más.

En ese momento escuchó un leve ruido en la puerta, como si algo hubiera chocado contra ella, cuando fue a ver, se encontró un sobre dentro de su casa, en el suelo, un sobre blanco de una carta con el nombre de Santa Claus escrito en la parte frontal.

—¿Qué narices? —Abrió la puerta y miró a ambos lados sin llegar a ver a nadie. Cerró y, tras pensárselo varias veces, decidió abrirla. En lo primero que se fijó fue en la caligrafía, era bonita, con un trazo firme, redondeada, como de una persona que cuida hasta el último detalle.

Permaneció leyendo las palabras que transportaba ese trozo de papel, alguien había puesto su agonía, su tristeza, su desesperanza, con una letra que le hacía querer llorar porque algo le estrujaba el corazón.

Siempre pensé que tener una pareja a la que amase a mi lado y formar una familia era todo lo que necesitaba para ser feliz. Crear la mía propia. Ríe irónicamente al saberme incapaz de formar una.

¿Acaso no era lo que él mismo sentía? ¿Lo que a ellos les había pasado? Muchas veces habían hablado de tener hijos y ahora se veía solo, habiendo perdido a la que se suponía era el

amor de su vida.

Hizo el ademán de tirar la carta a la basura, un trozo de papel escrito a un ser imaginario, pero se lo pensó dos veces al recordar el final. ¿Y si pudiera llegar a tiempo? ¿Y si la respondía y su respuesta le valiese a quien fuera para no cometer ese atroz acto? ¿Pero cómo? No tenía ninguna dirección. Entonces, algo le hizo tomar la decisión de hacerlo.

Sus pasos le llevaron a su escritorio, tomó una pluma que le regaló una lectora, la mojó en tinta y comenzó a escribir con trazo firme y recto:

Querida Emma:

No soy Santa Claus, salta a la vista, tampoco sé quién eres, pero quiero decirte que tu carta llegó hasta a mí. ¿Cómo? No te sé decir ni la forma ni la razón, pero aquí la tengo, a mi lado.

Te sonará a cliché, pero no estás sola, esa misma desesperanza que estás sintiendo la comprendo tan bien, es compañera mía desde hace buen tiempo. La desgana, el desamor, la increíble apatía de querer hacer algo y, de repente, quitarte las ganas porque ves que si lo intentas quizá salga mal y la respuesta es mucho peor que no hacer nada. Lo entiendo, créeme.

No llego a entender las dificultades que estás pasando en tu día a día, pero creo que nada es tan sumamente importante para acabar con todo de raíz, no soy nadie, pero, por favor, aguanta un poco más, no te rindas.

Sonará egoísta, pero creo que te necesito. Lo que tú escribes en estas líneas es claramente cómo me siento, cómo he vivido últimamente, por eso te pido que no lo hagas, necesito hablar con alguien, o si no, seré yo quien quizá lo haga, sin despedirse. Sería fácil, ¿verdad?

No sé si te llegará esta carta, o si llegará a tiempo para que no cometas ese error, pero te pido, de un amigo inesperado a otro, no lo hagas.

Lucas.

Termino la carta y la leyó un par de veces, chasqueó la lengua por un error de novato que cometió y comenzó de nuevo en un nuevo folio. Cuando estaba contento de cómo había terminado, dejó secar la tinta y dobló la carta para meterla en el sobre, avanzó con él en la mano y se puso el abrigo, era 1 de diciembre y había nevado.

Salió a la calle y tuvo que esquivar con reflejos de lince una bola de nieve que le lanzó un pequeño a otro, tras reírse un leve suspiro con ellos, siguió su camino, siempre le habían gustado los niños, había deseado ser padre desde siempre, sus pasos enseguida llegaron al buzón donde dejó caer la carta, sin remite, sin dirección, solo el nombre de Emma escrito en el frente, no sabía si llegaría a ella, si aún estaría, ni siquiera si la leería. Por primera vez desde que Natalia le confesó su traición, se sintió en paz.

Capítulo dos

Hacía dos días que le había pedido a Fran que fuese para aclarar su situación. A Emma le había costado mucho tomar esa decisión, pero al fin tuvo el coraje de hacerlo.

Sabía perfectamente que ese era el punto álgido de su relación. Su corazón la avisaba de que debía haber un punto y aparte o un punto y final para ellos.

Llegó a casa, después de forzarse a hacer unas compras. Desde el día que dejó la carta que escribió a Santa Claus no había vuelto a salir de casa y necesitaba algunas cosas, así que se obligó a salir. Dejó las llaves en la cesta de mimbre que tenía encima del mueble de la entrada. Se la había regalado él. Emma se quejaba de que nunca encontraba las llaves. Era bastante despistada y las soltaba por cualquier sitio, así que Fran la sorprendió un día llegando a casa con esa pequeña cesta en las manos.

—Amor, mira qué traigo—dijo él con una sonrisa plena.

Comenzó a llorar, agarrándose el jersey que llevaba puesto a la altura del pecho. Estrujaba tanto la tela que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Qué es eso?

Emma seguía recordando ese momento que tanto dolor le causaba ahora.

—Esto es una cosa que me ha suplicado que la trajese conmigo, para así ayudar a mi pobre esposa a siempre encontrar las llaves.

Ella recordaba amargamente el momento de felicidad que compartieron en ese momento con esa pequeña tontería.

Se miró al espejo, a la vez que el pensamiento del beso entre risas y caricias que compartieron en ese momento pasaba por su mente.

En un arrebato de ira, cogió la cesta y la tiró contra la pared color crema que vestía la entrada de su casa. Un grito de puro dolor llenó el silencio que había envuelto su casa en esos últimos años.

Su mirada se volvió a encontrar con su reflejo. Sus ojos tenían grandes bolsas debajo de ellos. Su pelo se escondía arriba de su cabeza, recogido en una coleta descuidada.

Seguía sin creer realmente que su relación se hubiese convertido en lo que era en aquellos instantes, en los que solo recordar una sonrisa, un beso, una palabra de amor de parte de él, la destrozaba por dentro.

La espalda, pegada en la pared, descendió hasta quedar sentada en el frío suelo, mientras gruesas lágrimas de dolor caían por sus mejillas. Ese sentimiento de pérdida le hizo recordar la llamada de teléfono que realizó a Fran.

Le bastaron un par de toques para que él contestase la llamada.

—¿Qué quieres? —Emma torció su gesto al oírle tan seco.

Tragó saliva antes de continuar hablando. No sabía si podría pronunciar palabra. Su corazón martilleaba en su pecho, como si fuese un reloj, deslizándose su minuterio, contando para seguir midiendo el tiempo.

—Te llamaba —carraspeó al sentir como si mil alfileres se deslizaran por su garganta seca— para ver si pudieras venir a casa. Creo...

Las palabras que fuese a pronunciar se quedaron atascadas en su interior con la contestación que él le ofreció.

—Ya iré cuando salga de casa de Alfredo, estamos bebiendo unas cervezas y viendo el partido. No sé a que hora, así que no me molestes preguntando.

El pecho de Emma se encogió de nuevo y tuvo que sentarse en un banco que estaba depositado justo a su lado. Pareciese que la esperaba, sabiendo que ella lo necesitaría.

Después de pasar no sabía cuánto tiempo sentada en el suelo de su casa, volvió a recordar la misma frialdad que cuando estuvo sentada en medio de la calle. Esas últimas palabras de Fran le dejaban bien claro que no habría marcha atrás en su relación.

Emma guardaba un atisbo de esperanza, uno que fue roto en mil pedazos con esa llamada, sumada al hecho de que él aún no había aparecido por casa para mantener esa conversación que tanto necesitaban.

Se levantó y fue camino a la cocina. Cogió la tetera para hacerse una infusión, para aclarar los nervios, pero cuando la colocó encima de la vitrocerámica, decidió que mejor se haría un café. Hacía mucho tiempo que no lo tomaba. Sabía que no era lo mejor para su estado de nervios actual, pero era exactamente lo que necesitaba en aquellos momentos.

Abrió el mueble donde estaba guardada la vieja cafetera italiana de su abuela. La abrió y sacó el pequeño filtro que estaba colocado en el centro de la pieza a la que tenía tanto cariño.

Pensaba, mientras la llenaba de agua, que su abuela le hacía mucha falta en esos momentos en los que se sentía tan perdida. Necesitaba que los brazos de la mujer que la crio la envolviesen con toda la ternura que siempre le ofrecía. Le vendría tan bien llenarse los pulmones con su perfume, casi imperceptible para otros, pero tan reconocible para ella.

Tomó el paquete de café que había comprado ese mismo día. Aspiró su perfume, el cual le devolvía las trazas de nuez moscada que habían mezclado con el grano.

Cerró los ojos, disfrutando un segundo de ese olor que desprendía.

La colocó en la candela, ya caliente, y se dirigió hacía el otro mueble, donde guardaba las tazas.

Sus manos temblaban ante la porcelana que había tomado en sus manos. Al estar todo en completo silencio, el ruido de la cafetera al hervir la sacó de sus pensamientos.

Se movía casi sin pensar en qué debía hacer a continuación. Se acercó e iba a agarrar la cafetera, cuando un sonido proveniente de la puerta detuvo el movimiento de la mano, dejándola flotando delante del fuego.

En el instante en el que oyó el timbre, pasó a ser consciente de que, si hubiese llegado a seguir el camino sin interrupciones hacia la cafetera, se habría quemado la mano desnuda con ella hirviendo.

Se acercó a la puerta de entrada lentamente, era como si su cuerpo hubiese envejecido mil años. Se sentía lenta, torpe y sin una pizca de ganas de siquiera seguir respirando. Abrió pensando en quién podría ser, y para su sorpresa, Fran apareció en su campo de visión.

—¿Cómo es que llamas a la puerta?, ¿no tienes llaves? —preguntó a la vez que se apartó para dejarle pasar.

Él no respondió, solo sacó las llaves de su bolsillo y las colocó encima del mueble de la entrada de casa, mirando con un gesto de perplejidad la cesta tirada en el suelo.

—¿Quieres un café, mientras...? —la pregunta quedó sin acabar por la voz profunda de él.

—Acabemos con esto de una vez—. Tomó asiento en el sofá, dejándola parada ante él, sin saber qué decir—. Ambos sabemos de qué va esta conversación.

El corazón comenzaba a palparle fuertemente en el pecho y la mirada de Emma se centró en un punto por encima de su cabeza. No quería mirarle a la cara, pero lo hizo cuando comenzó a hablar con él.

—¿Qué es lo que sucede, según tú? —Lo miró fijamente, insuflándose valor para ello.

—Está muy claro. Tú y yo hace mucho que no somos nada. —Levantó una mano hacía su

dirección al ver que ella abría la boca para responder—. Déjame acabar. Te dejaré la casa, me marcharé yo. —Todo un detalle por su parte, pensaba Emma, ya que la casa se la regaló el padre de ella por la boda—. Los vuelvas a mandar.

Se quedó mirándola desde su cómodo asiento y ella se dio cuenta de que se había perdido algo de su conversación con él. Aunque más bien era un monólogo.

No solo no le había dado ninguna explicación de por qué había tardado dos días en ir a hablar con ella, sino que encima no la dejaba pronunciar palabra.

—¿Cómo dices? —preguntó desconcertada.

Él empezó a levantarse del cómodo sofá que habían compartido durante años.

Comenzó a caminar hacia la entrada de la habitación que una vez habían compartido. Siguió sus pasos como un autómata, sin saber qué otra cosa podría hacer. Lo vio coger la maleta que guardaban en el dormitorio, abrirla y comenzar a guardar ahí toda la ropa que estaba pulcramente colgada en el armario.

—Te decía que los papeles del divorcio están en marcha, que los recibirás para que los firmes y los mandes de vuelta. —Mientras hablaba con total frialdad sobre el final de su relación, no dejaba de moverse por el suelo del blanco mármol de la habitación, produciendo con su presencia que la situación fuese aún más fría que hacía solo unos minutos antes.

Ella se quedó parada en la puerta viendo como él metía el traje de chaqueta azul que le regaló después de la boda y lo metía en la maleta descuidadamente. Agarró el jersey amarillo que le tejó cuando comenzó a aprender a hacerlo. Uno que tenía la manga derecha más larga que la izquierda. Fue la primera prenda que intentó tejer.

Lo alzó y comenzó a mirarlo. Compuso una mueca y lo volvió a dejar en el armario de nogal, apretando así un poco más el corazón de Emma.

—Espero que los revises una vez los recibas, y que acabemos pronto con todo esto —esas crueles palabras las pronunció a la vez que cerraba la maleta y se giraba para salir.

Emma no podía reaccionar. No creía que ese frío hombre que tenía delante fuese el mismo del que ella se enamoró.

Ese hogar en el que habían construido tantos recuerdos y tanto amor ahora no era más que una simple estancia fría y desierta.

El hombre con el que había compartido tantos momentos románticos ante la chimenea, tantas horas de incansables charlas hasta casi el amanecer, el cariño que se prodigaban, las caricias y los susurros a oscuras en su habitación. ¿Todo eso no había servido para nada? ¿Así se resumía su larga relación? ¿Como si no fuese más que un contrato que caduca?

—¿Te vas así, sin más? —Emma le agarró del jersey al ver que él le daba la espalda.

—¿No es para esto para lo que me has pedido que viniese? —preguntó él, mirándola por encima de su hombro.

Ella le miraba con lágrimas en los ojos, no sabía si era porque no quería que se marchase o simplemente por el dolor de ver como él la ignoraba después de todo lo compartido.

El silencio reinaba en el salón. Solo era llenado por la respiración de ambos.

—Pues... no lo sé. Tal vez sí, pero no de esta manera. Te vas sin más. No importa lo que hayamos vivido, ni siquiera lo que nos hemos amado. Así parece que nada ha importado —decía Emma, buscando un atisbo de algo en la mirada de él, algo que no encontró.

—Tú has dicho la palabra clave. Nos amábamos. Ya me pasaré otro día a recoger mis demás cosas. Que te vaya bien, Em —con esas últimas palabras, soltó la mano de ella de su ropa, como si se quitase un asqueroso bicho adherido a ella, y salió de allí sin mirar atrás.

Emma le siguió fuera de casa descalza, fue tras él. No quería dejar las cosas así.

—Por favor, espera —la voz casi apagada de Emma le suplicaba unos minutos de su tiempo después de todo lo compartido.

Fran suspiró girándose nuevamente hacía ella.

—¿Qué demonios quieres ahora?

La mirada de cansancio que él le dedicó habría bastado para que cualquier otra persona se rindiese, pero no fue suficiente para Emma.

—¿No crees que después de todo necesitamos una conversación? —Los ojos llorosos de ella suplicaban por una oportunidad.

—Yo ya te he dicho lo que quería, así que no veo el motivo para hablar de nada más, pero si tienes algo que decir, dilo ya, que tengo prisa.

Pronunció las palabras mirando su preciado y caro reloj, uno que, por supuesto, le había regalado ella.

—No me has dejado decir nada. Has llegado dos días tarde. Recoges tus cosas y te vas, así sin nada más que decir.

La garganta de Emma se cerraba al ver el poco interés que él tenía en lo que ella tuviese que decir.

—Pues venga, dilo, ya te he dicho que he quedado, y sabes que no me gusta llegar tarde.

Otra vez volvió a mirar su reloj y al posar la mirada sobre ella, se volvió a hacer presente la impaciencia en sus ojos.

—Así que este es nuestro final.

A Emma se le resbaló la mano que tenía posada en el jersey de él. Se sentía tan abatida y tan poca cosa en aquel momento, que decidió que no valía la pena seguir intentando que él le diese algo que obviamente no quería ofrecer.

—¿Has acabado? Ya te he dicho...

—Sí, ya me has dicho que has quedado.

Bajó la cabeza para que él no viese las lágrimas que comenzaban a caer de nuevo por su pequeña cara pálida.

Asintió girándose y se quedó allí parada viendo cada vez más lejos la espalda de Fran, marchándose sin ningún dolor, eso ya se lo había dejado todo a ella.

Al entrar en su casa de nuevo, un ruido llamó su atención.

La cafetera seguía al fuego. Se acercó y observó como el color oscuro del café se había derramado por toda la vitrocerámica.

El mismo líquido había apagado el botón digital, pero el café que aún quedaba derramado seguía hirviendo en la placa, produciendo el sonido que oía.

Miró como el líquido oscuro recorría su mueble blanco roto, dejando unas marcas muy parecidas a las lágrimas que Emma no dejaba de derramar.

Se sentó en la silla de la cocina, con los pies aún descalzos y helados en el asiento. Agarraba sus rodillas contra su pecho y se preguntaba si tan poco había valido para él, en cómo había decaído su relación de decirse te amo a la indiferencia total que él le había mostrado.

En los días que siguieron, guardó las cosas que encontraba de él en una caja de cartón que había salido a buscar por la mañana, para que cuando fuese a recogerlas, solo tuviera que agarrarla e irse rápidamente. No quería nada que le recordase a él en su casa.

Estaba recogiendo unos libros que había encontrado en la librería, que a ella no le pertenecían, por lo que serían de Fran, cuando se dio cuenta de que algo faltaba en la librería.

—No puede ser. Él no se los llevaría, ¿verdad? —preguntaba Emma a su librería, ya que estaba sola en casa.

Miraba incrédula el hueco que había dejado, donde guardaba con amor un libro que atesoraba con su alma.

El libro era un drama romántico que perdura a través del tiempo llamado *Juramento de amor*.

Él se lo había regalado, después de que Emma lo intentase buscar por todos lados.

Estaba agotado, era lo único que le decían, y Fran se había puesto en contacto con el escritor y él no solo le facilitó un ejemplar, sino que se lo firmó.

Ella le tenía mucho aprecio a ese libro y él se lo había llevado.

Sacó de nuevo los libros que había metido en la caja de cartón y volvió a colocarlos en la librería cuando oyó como algo se deslizaba por debajo de su puerta.

Frunció el ceño y se acercó lentamente a agarrar el sobre que había ahora en el suelo de su entrada.

Abrió la puerta, asomándose por si veía quién había deslizado el sobre bajo su puerta, pero allí no había nadie.

Creyó que serían los papeles del divorcio y sus manos comenzaron a temblar al recogerlo del suelo.

El sobre no tenía remitente, algo raro para una carta de pedida de divorcio, pensó Emma con el sobre de un blanco impoluto en sus manos.

Solo su nombre estaba escrito en él.

Le sorprendió que no viniesen siquiera sus apellidos, solo su nombre. Pero lo que realmente la dejó asombrada fue que estuviese escrito de puño y letra.

Ella caminó hacia su sofá y se sentó a la vez que abrió el sobre y sacó de él una hoja de papel que había dentro, y con asombro y nerviosismo comenzó a leer lo que había escrito en ella.

Querida Emma:

No soy Santa Claus, salta a la vista, tampoco sé quién eres, pero quiero decirte que tu carta llegó hasta a mí. ¿Cómo? No te sé decir ni la forma ni la razón, pero aquí la tengo, a mi lado.

Emma no podía creerlo. Eso que tenía en su mano era la respuesta a su carta. ¿Quién sería la persona que había leído sus pensamientos y por qué le devolvía una respuesta?

Siguió leyendo, cada vez más interesada en las palabras que había en aquella carta.

Abrió los ojos como platos al leer que la persona que le escribió le decía que la necesitaba. ¿Por qué alguien que no la conocía de nada la necesitaría, cuando su propia pareja la había desechado como un pañuelo de papel?

Cada palabra que leía de esa carta se clavaba en su pecho. Se sentía comprendida por ese desconocido que, por alguna extraña razón, había recibido su carta y se había tomado la molestia de contestarla.

Quería escribirle una respuesta, una que le agradeciese sus palabras de aliento y comprensión, pero no se sentía con fuerza para hacer una carta medio bonita.

Sacó de la caja un pañuelo de papel tras otro. Sus gruesas lágrimas no querían frenar su camino.

Llevó el montón de pañuelos a su nariz y sonó fuertemente.

Con otro montón, comenzó a secar sus ojos, que ya estaban irritados producto del llanto.

—Lucas —pronunció el nombre con el que venía firmada la carta entre hipos—, ¿esperas una contestación?

Tomó papel y lápiz del escritorio para comenzar a escribir la respuesta para esa persona que se había preocupado de su bienestar sin tener por qué hacerlo.

Llevó el lápiz a su barbilla, pensando cómo comenzar la carta.

Entre hipo y lágrimas, las palabras comenzaron a tomar forma en la hoja de papel en blanco que tenía delante de ella.

Querido amigo inesperado:

Me he sorprendido tanto al ver que había una respuesta a mi carta de desesperación, que por un momento me he quedado bloqueada sin saber qué hacer.

No esperaba que nadie leyese mis pensamientos.

Lamento mucho que te puedas sentir tal cual me siento yo en estos momentos en los que me siento devastada.

La situación que me atenaza en este momento no es para nada agradable. Siento que mi vida ha dejado de tener sentido, que he vivido una historia de mentira, en la que solo yo creía estar enamorada.

Me siento tan insignificante que parezco translúcida a ojos de otros.

Por más que pienso en todo lo que ha ocurrido a mi alrededor en estos últimos años, menos sentido le encuentro al desenlace.

No estoy segura de si seguir viviendo merecerá la pena.

Sentirse así, con este agobio, es tan asfixiante que de verdad deseo dejar de respirar para al fin no sufrir más.

No creo que recibas estas palabras en las que te abro mi corazón, pero si lo hicieses, te agradezco de antemano que leas mis más oscuros pensamientos, ya que ahora mismo es lo único que llena mi mente. La oscuridad más absoluta me ha consumido y no sé si seré capaz de ver un atisbo de luz alguna vez.

Emma

Terminó de escribir su nombre y la metió en un sobre blanco que tenía en el cajón.

Volvió a coger pañuelos de la caja a puñados. No podía dejar de llorar. Esos momentos tan duros por los que estaba pasando sola los debía llorar para así sacar lo que tenía dentro de ella y que no la consumiese.

Agarró el sobre, no sin antes poner en el reverso de este con la mejor letra que le salió: Lucas.

Entre las nieblas de su tristeza, pensaba si no habría sido mejor poner amigo inesperado, en vez de su nombre, pero después pensó que eso era lo de menos, ya que seguramente esa carta no la recibiese ni él ni nadie.

Lavó su cara roja del llanto, echando abundante agua sobre ella y enfriando así su piel ardiendo.

Su pequeño rostro pálido estaba todo rojo, su nariz comenzaba a despegarse.

Pero todo eso a Emma le dio igual. A ella no le importaba ya cómo se veía. Lo único que quería era dormir para dejar de pensar.

Se obligó a salir de casa de nuevo. El cuerpo lo sentía tan cansado que parecía que fuese ya una anciana. Los pies le pesaban como si tuviese plomo en ellos. Los arrastraba por la calzada, obligándose a poner un pie delante del otro hasta llegar de nuevo al buzón y deslizar el sobre blanco por él.

Dejó caer la carta, estuvo a punto de agarrar el pico para no terminar de dejarla caer. Al final no le dio tiempo y se deslizó de sus dedos.

Como ya no había manera de retroceder, simplemente se apretó el cuello del abrigo y comenzó a caminar de nuevo hacia su casa.

Iba metida en sus pensamientos cuando, de pronto, algo en un escaparate llamó su atención.

Era una tienda de arte. Recordó lo feliz que era hacía unos años, pintando en la casa de sus padres.

No se le daba mal, incluso vendió algunos de ellos en la galería de una amiga, la cual llamaba de vez en cuando pidiéndole más obras.

A Fran no le gustaba que pintase, decía que era una manera inútil de perder el tiempo y el dinero, por lo que dejó de pintar para complacerle.

Recordó los paisajes verdes que pintaba, llenos de vida. Los lagos azules y brillantes que parecía que podías entrar en ellos y bañarte en sus aguas.

Entró en la tienda sin pensarlo mucho y salió de allí con algunos materiales que hacía años que no tocaba.

Llegó a casa y sin siquiera recoger el café que seguía derramado y seco en su cocina, fue al desván a rescatar su caballete antiguo y la paleta donde colocaba sus colores.

Los llevó al salón, y los colocó donde recibía buena luz de la ventana. Estrujó algunos botes de colores en la paleta y, sin más, comenzó a trazar algunas líneas en el lienzo blanco que tenía delante.

Capítulo tres

Lucas se encontraba sentado en su silla, concentrado escribiendo una escena romántica en la que el protagonista masculino llegaba a tiempo para impedir que la protagonista femenina se lanzase a la mar, presa de la pena y la crueldad de la que había sido su pareja.

La vibración en su muñeca al recibir una notificación en su reloj hizo que apartara los ojos de la pantalla y los pusiera en la perfecta esfera digital. Era su editor, días antes habría hecho lo posible por eludir sus palabras, pero ahora no, ahora cogió el teléfono y deslizó los dedos hacia abajo para abrir el listado de las notificaciones y entrar en la app por donde le había escrito; según sus palabras, estaba emocionado por el capítulo que le había mandado y quería más, Lucas no pudo menos que sonreír hasta que en ese preciso momento le entró un mensaje de Clara, su cuñada, ante lo que mudó el rostro a algo parecido a la apatía.

Cuando lo abrió, se quedó totalmente quieto, su hermana le había contado la historia al revés, o al menos todo al revés que podía ser, Clara le echaba en cara que no la hubiera perdonado y que tuviera que irse ella del piso que compartían, aunque en realidad el piso era de él, sus padres le habían ayudado cuando se independizó. Tras leerlo, pulsó el botón de responder, y tan solo escribió un «Dile a tu hermana que se ha acabado. Que os vaya bien». Tocó a enviar y se levantó dejando el aparato en la mesa, se acercó a la ventana y observó como las gotas de agua se afanaban en querer traspasar el cristal.

«Me engaña y encima quiere quedarse mi piso», pensó para sí mientras se daba la vuelta y volvía a sentarse en la silla, ahora quien ocupaba su mente sin quererlo era su amiga inesperada. ¿Estaría bien?, ¿habría llegado la carta a tiempo?, ¿qué la habría llevado a tal extremo? Mientras en su cabeza se preguntaba tales cosas, sus manos seguían escribiendo el capítulo, pero cuando lo terminó y se dispuso a leerlo, se dio cuenta de que había redactado la historia que Emma redactaba en su carta, fue a borrar cuando escuchó un ruido en la puerta como aquella vez, ¿sería una carta de Emma? Se levantó tan rápido que casi se cae tropezando con la papelería, esta cayó y desparramó todo su contenido. Se maldijo por tener que recogerlo y se dirigió a la puerta, ahí lo vio, como había pensado, un sobre blanco con las palabras, en eso se confundió, no había palabras, solo un nombre, el suyo: Lucas. Eso significaba que la carta había llegado a tiempo.

La cogió y volvió a su silla, apartó el teclado para delante y abrió el sobre con la ayuda de una miniatura de *Andúril* que rasgó el papel sin resistencia.

Querido amigo inesperado:

Me he sorprendido tanto al ver que había una respuesta a mi carta de desesperación, que por un momento me he quedado bloqueada sin saber qué hacer.

Leyó toda la carta y por un momento se quedó mirando las palabras, como hipnotizado, después recuperó el sobre y lo miró desde todos los lados. «¿Cómo es posible? —pensó para sí—. De algún modo ha de llegar». Lo dejó en la mesa, abrió el cajón y sacó un folio, cogió su pluma, mojó la punta en la tinta y comenzó a escribir mientras recitaba en voz alta lo que iba escribiendo, como si al hacerlo le fuera más sencillo encontrar las palabras idóneas.

Querida Emma:

Recibir tu carta es un alivio, no sabía si habías dado ese trágico paso o no, pero me alegro egoístamente de que no lo hicieras.

He sentido en cada palabra el dolor y la desilusión que sientes, el daño que te han hecho,

sé fuerte, querida amiga inesperada, seguro que encuentras algo por lo que seguir agarrándote a este lado del tablero.

Sé que no puedo cambiar lo que sientes, pero sí puedo ayudarte a aliviarlo un poco, estaré aquí para leer y responderte, para darte un lugar donde no tengas que guardarte nada. Me has abierto tu corazón y te agradezco la confianza, así como la honestidad de tus pensamientos. A veces, escribir sobre esos sentimientos nos permite verlos desde fuera y, con el tiempo, encontrarles un nuevo significado.

Quiero pedirte un favor, quizá siga siendo egoísta, pero sé fuerte, sé que hay fuerza en tu interior, como la hay en una estrella que acaba de nacer y que comienza a emitir su luz ráfaga a ráfaga en medio de un vasto e indómito universo, sé fuerte por este amigo inesperado.

Desde que respondí a tu carta y Natalia, así se llamaba mi pareja, abandonó mi casa, he podido volver a escribir, incluso a mi editor le ha gustado lo que he escrito. No te lo había dicho, ¿verdad?

¿Qué haces tú? ¿Qué te gusta? Hay un poema de uno de mis poetas favoritos, Mario Benedetti, te lo quiero dedicar para que, en algún momento, en algún día aciago que te sientas sola, recuerdes que un amigo inesperado espera noticias tuyas.

No te rindas

*No te rindas, aún estás a tiempo
de alcanzar y comenzar de nuevo,
aceptar tus sombras,
enterrar tus miedos,
liberar el lastre,
retomar el vuelo.*

*No te rindas que la vida es eso,
continuar el viaje,
perseguir tus sueños,
destrabar el tiempo,
correr los escombros,
y destapar el cielo.*

*No te rindas, por favor no cedas,
aunque el frío queme,
aunque el miedo muerda,
aunque el sol se esconda
y se calle el viento,
aún hay fuego en tu alma,
aún hay vida en tus sueños.*

*Porque la vida es tuya y tuyo también el deseo,
porque lo has querido y porque yo te quiero,
porque existe el vino y el amor, es cierto,
porque no hay heridas que no cure el tiempo.*

*Abrir las puertas,
quitar los cerrojos,
abandonar las murallas que te protegieron.*

*Vivir la vida y aceptar el reto,
recuperar la risa,*

*ensayar el canto,
bajar la guardia y extender las manos,
desplegar las alas
e intentar de nuevo,
celebrar la vida y retomar los cielos.*

Lucas

Verificó que no hubiera ninguna falta de ortografía, dobló la carta y la guardó en un sobre, después escribió el nombre de ella y a punto estuvo de poner su dirección, pero como en la anterior, no la puso, sabía que de alguna forma la carta llegaría, aunque le intrigaba el porqué.

Se levantó y, decidido, cogió el abrigo y salió a la calle, no había niños lanzando bolas de nieve, pero sí recordó cuando él jugaba con su madre, cuando de niño salía a jugar con ella. «Tengo que ir al cementerio, hace mucho que no lo visito», pensó mientras cruzaba la calle y dejaba caer la carta a través de la boca del buzón, el olor a chocolate caliente y a churros le inundó las fosas nasales, esa sería su próxima parada.

Entró en la chocolatería y se sentó donde tantas veces lo había hecho junto a Natalia los viernes por la tarde, cuando después de que ambos terminaran su trabajo, daban una vuelta y paraban para merendar.

No pudo resistir el mirar a una pareja más o menos de su edad, riéndose y contándose mil cosas como ellos hacían antes, su corazón se retorció de dolor sabiendo que nunca más volvería a sentir lo que esas dos personas sentían en ese momento. Los ojos quisieron dar vía libre a las lágrimas, pero se rehízo inmediatamente al recordar sus palabras «me acosté con tu hermano»; no solo le había sido infiel, había destrozado la unión con el único familiar que le quedaba, aunque él había puesto de su parte, no salvaguardó lo importante que debía ser que la mujer fuese su cuñada, la esposa de su hermano, ambos podían arder en el infierno.

Lucas apartó la mirada de aquella pareja y fijó los ojos en el denso chocolate que humeaba ante él. Se llevó la taza a los labios, intentando encontrar en aquel sabor un consuelo que se le escapaba. Su mente, sin embargo, no dejaba de divagar, hilando pensamientos que, por más que intentaba evitar, lo arrastraban hacia el dolor de la traición y hacia la pérdida de aquellos recuerdos que antes eran su refugio. Ahora, las imágenes de Natalia y su hermano se habían convertido en sombras, en recuerdos torcidos de un tiempo al que ya no quería regresar.

Mientras observaba cómo la taza se vaciaba lentamente, se sintió invadido por una extraña sensación de alivio. No era felicidad, ni siquiera un sentimiento cercano al perdón, pero sí una calma contenida, como si escribir a Emma le hubiera permitido soltar una carga. Ella, su «amiga inesperada», había hecho que por primera vez en mucho tiempo tuviera ganas de escribir, que su mente hiciera el trabajo que estaba destinada a hacer, incluso había logrado desplazar el dolor que le habían infringido Natalia y su hermano. Quizás ella tampoco se daba cuenta, pero entre ambos comenzaban a tejer algo; un hilo delgado, casi invisible, que hacía que cada carta compartida se convirtiera en un nuevo motivo para mantenerse en pie.

—¿Todo bien, caballero? —preguntó la camarera, interrumpiendo sus pensamientos con una sonrisa amable.

Lucas asintió, agradeciendo la calidez de aquella pequeña pregunta. Pidió la cuenta, dejó unas monedas sobre la mesa y salió del café sintiendo que el aire frío de la calle le despejaba la mente. Caminó por las calles sin rumbo fijo, como si los pasos le condujeran hacia algo que necesitaba descubrir.

Iba tan metido en sus pensamientos que cuando alzó la vista, un nudo se le instaló en el estómago, estaba frente al cementerio donde descansaban sus padres, tomó aire, como si hacerlo

le diera más valentía para cruzar esas puertas que hacía tanto no traspasaba.

Fue caminando pensando en qué decir, pero nada parecía idóneo para una visita inesperada; cuando llegó, se agachó para quitar unas cuantas hojas y tierra que había sobre el mármol.

—Hola, papá; hola, mamá, disculpad que haya pasado tanto tiempo sin haber venido a veros, mi vida se ha complicado tanto...

Les contó su problema con Natalia, con su hermano, lo que le costaba escribir, su nueva amiga inesperada, incluso les preguntó si la habían mandado ellos, por aquello de que las cartas nunca tenían remite.

Tras una hora desahogándose, decidió volver a su casa, se había quitado un peso de encima que ni siquiera sabía que cargaba. Echando la vista atrás, el cambio se lo debía a una única persona, Emma.

La oscuridad había caído ya sobre la ciudad, y sus pasos eran los únicos que resonaban en la calle desierta. Al entrar en su apartamento, un leve olor a madera y su escritorio lleno de papeles le dieron la bienvenida, entonces supo que era momento de volver a escribir.

Encendió la lámpara de su escritorio y tomó una hoja en blanco. Inspirado, comenzó una nueva carta, pero esta vez no estaba dirigida a *Emma*, sino a *él mismo*.

Lucas, cuando leas esto, recuerda que incluso en el dolor más profundo hay espacio para la esperanza. A veces, el único camino es dejarse vencer un poco para poder alzarse después con mayor fuerza. No olvides que aún tienes historias por contar, y que hay personas que esperan que las escribas.

Al terminarla, la dobló con cuidado y la guardó en el mismo cajón donde estaba la correspondencia de Emma. No sabía qué le depararía el futuro, pero algo había cambiado esa noche.

Capítulo cuatro

La iluminación que entraba por la ventana indicaba que la oscuridad de la noche daba paso a un nuevo día. El día anterior, cuando llegó de comprar el lienzo, subió a la buhardilla sin siquiera recoger los restos del café que se derramó. El crujido de su estómago le hizo recordar que tampoco cenó. Frotó sus ojos a la vez que estiraba su cuerpo, intentando levantarse de aquel taburete en el que lleva horas postrada.

—Ya no tengo edad para hacer estas cosas —murmuró a la vez que llenaba la habitación del sonido de sus huesos al crujir.

Consiguió ponerse derecha, no sin esfuerzo. Se retiró un poco para observar atentamente el trabajo que tenía delante de ella, llevo la mano a su boca al presenciar lo que ha creado.

Sus ojos vieron que había pintado una sala donde descansaba una librería al final del cuadro; en ella, decenas de volúmenes esperaban ser despertados y leídos. Delante de esta, un enorme escritorio de madera oscura predominaba la pintura. Encima de él, un montón de papeles apilados pero ordenados. Al alcance de su mano, una taza de humeante café se mantenía caliente con la esperanza de ser bebido pronto. En cada esquina descansaban unas plumas con sus correspondientes tinteros, gritando que se les diera uso, y a su lado, un ordenador con su pantalla al frente preparada para comenzar a ser la herramienta que le permitiera crear a su dueño. Pero no fue eso lo que le sorprendió, sino el hombre que estaba sentado detrás de ese escritorio. Él observaba un papel blanco que tomaba entre sus manos. Se vislumbraba una pequeña sonrisa, a pesar de que no estaban definidos sus rasgos. Su cara se mostraba inclinada sobre la carta. Emma vio en la pintura que la observaba con cariño y eso hizo que sus ojos lagrimearan. Sin darse apenas cuenta, y dejando salir nuevamente su vena artística, se percató de que lo había pintado a él leyendo su carta.

En ese momento se dio cuenta de que deseaba que recibiera la que mandó y que esperaba recibir muy pronto noticias de su amigo inesperado, y sobre todo, que desea saber cómo se encontraba él, Lucas.

Bajó al salón, una vez superada la sorpresa soñando despierta con un café, mientras reposaba su dolorida espalda en su cómodo sillón. Al llegar al final de las escaleras, suspiró al ver cómo estaba la casa. La cocina aún esperaba ser limpiada, la manta que descansaba en el sofá ahora estaba regada en el suelo. Al ver el panorama que se le presentaba delante, pensó que el café tendría que esperar, así que subió las mangas de su camisa y se encaminó a la cocina a limpiar de una vez por todas el estropicio que provocó el día anterior.

Después de frotar hasta decir basta en la cocina, decidió pasar al salón, retiró la manta del suelo, colocó bien la harapa del sofá, pasó la aspiradora por la alfombra.

Levantó su cabeza y decidió recogerse el pelo. «Un poco tarde», pensó al retirar el cabello sudoroso de su frente. Una vez acabada la última vuelta a la goma de pelo, suspiró para insuflarse valor y continuó con la tarea.

Ya que estaba en ello, decidió limpiar el polvo de la mesilla, miró hacia la derecha y pensó: «¿por qué no? Ya que estoy», y tras ese pensamiento, caminó hacia el mueble y comenzó a limpiar cada pieza de porcelana que encontró en él.

Tras una hora quitando piezas y volviendo a colocarlas en su sitio correspondiente, limpiar cristales, sacudir la alfombra de la entrada y terminar de pasar la fregona y demás, se apoyó en la pared, agotada, incluso respiró agitada. En los últimos días no había tenido ni tiempo ni pizca de

ganas de pensar siquiera en agarrar una escoba. Parecía que haberse puesto a pintar de nuevo agregó energías renovadas a su cuerpo.

Agarró su estómago, ya que crujía como si tuviese al octavo pasajero de la película *Alien* dentro de él.

Se aseguró de que el suelo estuviese seco y se dirigió a la cocina gruñendo, pues acababa de limpiar y tenía que ponerse a ensuciar de nuevo en ese espacio. «Esto de la limpieza de los hogares es un círculo infinito», pensaba mientras agarraba la cafetera para prepararla.

Después de hacerlo, la colocó en el fuego, pasando una servilleta por la encimera blanca de piedra, a la que le habían caído unas gotas de agua por el camino.

Sacó la sandwichera mientras el café se hacía poco a poco. Los preparó tal cual le habían gustado desde niña: Jamón de York y queso. Cuando el café estuvo listo, lo sirvió en su taza favorita y sacó los sándwiches a un plato, con cuidado de no quemarse, se dirigió a la mesa de la cocina y tomó asiento ante su comida.

No se había dado cuenta del hambre que tenía hasta que dio el primer mordisco al pan caliente. Le quemaba un poco el labio inferior, debido al queso bien fundido, pero no le importó y siguió disfrutando de cada caliente bocado como si fuese el último que daría.

Entre medias, tomaba sorbos del delicioso café que la hacía suspirar al deslizarlo por su garganta.

Terminó el desayuno y una vez todo recogido, subió a la habitación. Ahora le tocaba a ella tomar una ducha caliente.

Entró a su cuarto y un escalofrío le sobrevino. Los recuerdos de las risas, conversaciones hasta el amanecer y, sobre todo, de los momentos de pasión allí compartidos, la golpearon como si un jarro de agua fría le hubiese caído encima.

Se acercó al armario a sacar la ropa lo más rápido que pudo. No quería estar mucho tiempo en aquella habitación. Sacó unas mallas negras de deporte y una camiseta rosa que guardaba de cuando hacía yoga. Se dispuso a ir a su mesita de noche, sin querer mirar mucho a la cama. Abrió el cajón de arriba y sacó la ropa interior, junto a los calcetines, y tras descolgar la chaqueta de chándal que se le había olvidado, salió de la habitación cerrando tras ella y con el corazón martilleándole en el pecho.

Tenía un baño en su habitación, pero no pensaba usarlo, por lo que se dirigió a otro que disponían en la misma planta. Sin querer pensar demasiado, abrió la alcachofa de la ducha y esperó que calentase el agua, mientras, comenzó a desnudarse y tiró de la goma que tenía en el pelo hasta que el cabello rozó su espalda.

Entró en la bañera y cuando el agua caliente tocó su cuerpo, dejó salir lo que tenía contenido. Comenzó a llorar aun sin querer hacerlo, no podía retenerlo más o simplemente se le pudriría dentro de ella, así que decidió dejarlo salir.

El agua de la ducha se mezclaba con las lágrimas, fundiéndose en uno. El cuerpo se encogió en la esquina y sus hombros comenzaron a temblar. El llanto que contenía salió con más fuerza que nunca. No podía dejar de llorar, aunque le dolía la garganta de los quejidos que salían de ella. Sabía que necesitaba tiempo, pero eran años de sentimientos escondidos. Pasó mucho reteniendo el dolor que le producía la indiferencia de Fran, su falta de cariño y atención hacia ella. No había podido darle un hijo, de acuerdo, pero eso no era motivo suficiente para el trato que él había ofrecido a ella, su mujer.

Salió del baño pasada una media hora, cuando se había calmado un poco. Se enfundó la ropa que había preparado y salió de allí dispuesta a comenzar a seguir una nueva rutina. Se obligó a coger el móvil con los cascos y las llaves. Sin más posesiones, se dispuso a salir de casa

a correr. Eso la ayudaría a calmar sus nervios, y a cansarse para intentar dormir un poco más esa noche.

Sus pies no dejaban de correr una vez que salió de casa, mientras oía *heavy metal* a todo volumen. Sus pies se movían al ritmo de las guitarras. La respiración se hacía cada vez más pesada debido a que cada vez iba más rápido. Produciendo el golpeteo de su coleta de lado a lado de sus hombros, pegando latigazos furiosos a cada lado de ellos.

A la media hora de su carrera, tuvo que bajar el ritmo y parar a tomar un poco de aire. Hacía mucho que no salía a correr y podría lesionarse. Agachó su cuerpo colocando las manos en las rodillas, intentando tomar algo de aire. Levantó la cabeza y se vio sorprendida al estar parada frente a la galería de su amiga Gloria.

Hacía mucho que no la veía, pues a su marido... Tomó nota mental y borró lo que había acabado de pensar para corregirlo. A su exmarido no le gustaba que pintase y ella, por idiota, dejó de exponer sus cuadros que tan bien vendía.

Se fijó que en la puerta tenía un cartel, un anuncio de una próxima exposición. Sería en un par de semanas. Emma se giró pensando que no sería mala idea acudir a verla. Cuando se disponía a desandar su camino, una voz detrás de ella la frenó.

—¿Em? ¿Eres tú? —Giró su cara y una sonrisa se dibujó en ella.

—Gloria, ¿qué tal estás? Qué de tiempo. —Ambas se fundieron en un abrazo.

—¿Qué me cuentas? —La sorpresa en la cara de Gloria era palpable.

Estaban sentadas en la galería y Gloria le había preparado un café.

—Tal como te lo cuento. Así que ahora... —Emma se encogió de hombros sin saber qué decir.

—Pues, chica, ahora aprovecha y haz todo lo que él te quitó. Vuelve a pintar. Me dio tanta pena que dejases de hacerlo. No tenía ningún derecho a prohibírtelo.

Sonrió tristemente, recordando que a ella nunca le gustó su ex.

Al cabo de una hora en la que pasó el tiempo con Gloria, esta la dejó en su casa, pues ya no le apetecía seguir corriendo. Charlaron de todo y de nada en su visita y quedaron en verse de nuevo.

—Te llamo para ver ese cuadro que has pintado. —Gloria la señalaba con su largo dedo enfundado en el color rojo de su uña.

—Ya te he dicho que no...

—Lo veré. Chao.

Después de interrumpir la frase de Emma, arrancó y se marchó dejándola allí, mirando el humo que dejaba el coche de su amiga en el camino.

Entró en su casa, sintiéndose un poco extraña por la situación. Nunca pensó que volvería a pensar en exponer de nuevo, sin embargo, algo se despertaba dentro de ella al pensar en la posibilidad de hacerlo nuevamente.

Estaba a punto de ducharse otra vez cuando oyó como algo se deslizaba por su puerta.

Sus pasos se detuvieron en el primer escalón y su mano tembló en el posamanos, giró su cuerpo y, temblando, se dirigió a la entrada, sus ojos brillaron de emoción ante la visión de una nueva carta.

No necesitaba cogerla entre sus manos para saber que era de él, de su amigo inesperado. Tomó el sobre entre sus manos con un cuidado inusual. No quería que se le formase ni una sola arruga.

Se acercó hasta la mesa, donde se sentó con el papel y el bolígrafo preparados para escribir una vez acabase de leer.

Su carta la hizo llorar al instante. No sabía qué tendría esa de especial, pero su pecho se estrujó ante las palabras que ese hombre había escrito, aunque ni siquiera la conociese.

Se sintió apoyada, comprendida. Sentía que, al fin, una persona la veía realmente.

Después de limpiar sus ojos tras ese hermoso poema que le dedicó, sin perder tiempo, comenzó a escribir la respuesta a esas bellas palabras.

Querido amigo inesperado:

No te puedo expresar con palabras lo que significa para mí recibir tu carta. No sé siquiera cómo es posible que nos llegue la del otro, pero no quiero pensar mucho en cómo, solo quiero seguir leyendo las palabras que me dedicas.

Que me sigas contando cómo va tu vida. Si con este nuevo paso, puedes llegar a escribir una maravillosa historia, me gustaría saber más sobre lo que escribes, ya que soy una buena lectora, o así me considero.

Quería darte las gracias por preocuparte por mis pensamientos. Ciertamente he encontrado algo a lo que agarrarme. He vuelto a pintar, pues eso es lo que hago. Pinto lo que me nace en el momento en el que el pincel toca el lienzo blanco.

El mundo tiene millones de maravillas que es un placer dejar plasmarlas en un cuadro, ¿no opinas igual?

En cuanto a la ayuda que me ofreces, ya me la estás prestando. Estas cartas están funcionando como una terapia para mí. Estoy eternamente agradecida de que me dediques un rato de tu tiempo.

No soy nada por lo que debas hacerlo, en cambio, aquí estás, llenando mi mente con tus palabras de apoyo y ánimo cuando más lo necesito, cuando más sola me siento, y quiero ofrecerte la misma ayuda. Aquí estaré para que me cuentes lo que necesites, para que me abras tu corazón, tal cual yo he hecho contigo. Si lo necesitas, aquí me encontrarás siempre que lo requieras. De aquí en adelante, te conviertes en mi prioridad. Si me necesitas, aquí estaré, al igual que tú estás para mí.

Y para terminar, ya que no quiero aburrirte, como me has dedicado un poema precioso, quiero compartir contigo un poema de mi poeta favorito. Federico García Lorca. En él le pide a su amor que le escriba. En este caso quiero decirte que sigas escribiendo, que no me abandones, como yo no haré contigo. Gracias, amigo inesperado, por adelantado. Gracias, Lucas.

*Amor de mis entrañas, viva muerte,
en vano espero tu palabra escrita
y pienso, con la flor que se marchita,
que si vivo sin mí quiero perderte.
El aire es inmortal. La piedra inerte
ni conoce la sombra ni la evita.
Corazón interior no necesita
la miel helada que la luna vierte.
Pero yo te sufrí. Rasqué mis venas,
tigre y paloma, sobre tu cintura
en duelo de mordiscos y azucenas.
Llena, pues, de palabras mi locura
o déjame vivir en mi serena
noche del alma para siempre oscura.*

Tu amiga por siempre: Emma

Terminó de escribir la carta, secó sus lágrimas y guardó la hoja en un sobre. Sin olvidarse de escribir su nombre en el reverso. Se levantó de la silla sin esperar más y salió de casa de nuevo a llevar la carta al buzón donde deseó que llegase pronto a su destino.

En el momento en el que deslizó el sobre en la boca del buzón, alzo la cabeza, unos copos blancos habían caído a sus pies, y tuvo que apretarse la chaqueta de chándal contra su pecho, ya que, con las prisas, ni siquiera había cogido el abrigo. Hacía frío, su cuerpo lo sentía, pero a la vez sintió que su interior comenzaba a encontrar un atisbo de luz, esa que le regalaba Lucas con cada carta.

Sonrió ante el copo que cayó sobre su nariz, haciéndole cosquillas, y se dirigió a casa canturreando un villancico que llevaba sonando en su cabeza desde que salió a entregar la carta, con el sonido del gong que hacía el reloj de la plaza de fondo.

Capítulo cinco

Llevaba un tiempo despierto en la cama mirando el techo, pensando, o más bien recordando, el día que conoció a Natalia.

Era una noche fría de diciembre, el cielo encapotado dejaba caer copos de nieve por doquier, él salía del edificio de la editorial, acababa de firmar un contrato de cinco años con un succulento anticipo, su libro, una historia de thriller sobrenatural, había gustado tanto a los editores que habían apostado por él. Al principio, cuando le llamaron, no se lo creía; y ahora, saliendo del edificio con un sobre en el bolsillo interior de la americana, seguía sin creérselo. Pensando en qué hacer, recordó que al llegar había visto un puesto de castañas asadas, uno de sus vicios de Navidad preferido, así que bajó la calle, iba hablando con su comunidad de fans, anunciando que había firmado el contrato y subiendo la foto con el documento con tachones negros en las partes más delicadas, solo alzó la vista para no chocarse con nadie, justo cuando pedía un cucurucho de papel de periódico del día anterior o del otro lleno de castañas recién asadas, escuchó una voz femenina que solicitaba lo mismo, levantó la mirada y la vio. No era muy alta, le llegaba a él por la barbilla más o menos, melena lisa hasta los hombros, una cara tan preciosa que se enamoró de ella al instante, sus labios, sus ojos, el perfume que usaba, la ropa, todo la hacía ser la ideal, la amó desde ese momento. Ella dijo tiempo después que le había sucedido lo mismo con él, al quedar solo para un cucurucho, él la invitó a compartirlo mientras caminaban hacia su destino, que curiosamente estaba en la misma dirección. Natalia, embriagada por el porte de Lucas, su simpatía y su atractivo, aceptó sin pensarlo. Después de esa noche llegaron muchas más, compartiendo todo tipo de cosas: helados, burritos, pizzas, cualquier cosa era buena para estar juntos.

El sonido del despertador le sacó de sus recuerdos, cerró los ojos y tras despedirse de aquella Natalia, se levantó y caminó hacia la ducha para quitarse el sudor.

Una vez refrescado, eligió vestirse de *sport*, con un conjunto oscuro de jersey, pantalón y zapatos, y descolgó el gabán que Natalia le regaló por su último aniversario, le gustaba tanto usarlo que le daba igual que fuera ella quien se lo comprara. Lo dejó sobre la cama y caminó a la cocina para prepararse un café con leche y unas tostadas que colocó en la AirFryer, cuando esta pitó, la abrió y las sacó maldiciendo por haberse quemado los dedos.

—¡Seré gilipollas!

Una vez que dio cuenta del desayuno, tomó un poco de zumo de naranja, volvió a por el gabán y salió por la puerta, en menos de una hora tenía una entrevista con su editor para hablar sobre el libro.

Mientras bajaba en el ascensor, pensaba en qué estaría haciendo en ese momento Emma, ¿sería madrugadora? ¿Le gustaría hacer ejercicio? Quizá fuera de las que se quedaban en casa y hacían yoga en el salón. Con ese pensamiento y una sonrisa salió de la cabina y se montó en su SUV, que compró cuando vendió uno de los apartamentos que le dejaron sus padres. Cuando fue a arrancar, se dio cuenta de que había algo en el parabrisas, se bajó y cogió lo que, en cuanto lo tocó, supo que era una carta de Emma. ¿Cómo había llegado hasta el coche? ¿Lo conocía? ¿Sabía quién era? Intrigado, entró, cerró la puerta y puso la calefacción mientras abría el sobre con cuidado, sacó la carta y comenzó a leerla con cierta ansia.

Querido amigo inesperado:

No te puedo expresar con palabras lo que significa para mí recibir tu carta.

Lucas sintió una calidez extraña mientras terminaba de leer. Se quedó mirando la carta unos segundos, dejando que las palabras tomaran sentido dentro de él. Imaginó a Emma frente a su lienzo, con el rostro concentrado, sus ojos buscando algo en el trazo de la pintura, algo que solo ella podía entender. Era como si la estuviera viendo, compartiendo ese momento con ella desde la distancia.

Permaneció en silencio, con la carta aún entre las manos. Recordó la cercanía que había sentido con Natalia aquella primera noche, la conexión que parecía ir más allá de las palabras. Pero con Emma... la conexión era distinta. Había una comprensión que emergía sin esfuerzo, un espacio donde el pasado y el dolor de cada uno parecían encontrar un lugar seguro.

Sin darse cuenta, comenzó a redactar mentalmente una respuesta mientras se dirigía a la editorial para su reunión.

Tras dos horas reunido con su editor, salió con una sonrisa en sus labios, había conseguido un nuevo contrato y esta vez planeaba sobre la mesa una serie de televisión, se dio cuenta de que su carrera por fin estaba dando sus frutos.

Cuando se montó en el coche, abrió la guantera y sacó papel y un boli, sin pensarlo mucho, apoyó el papel en el volante y comenzó a escribir.

Querida Emma:

Me hace tanta ilusión seguir recibiendo noticias tuyas...

Creo que estas cartas nos acercan uno al otro, como dos enormes imanes separados y que poco a poco se acercan para unirse.

Sobre tu pregunta, es muy lindo ciertamente plasmar algo que solo tú ves para que lo demás lo disfruten, es algo increíble, me encanta de que de alguna forma tengas algo en lo que abstraerte y disfrutar del momento. Algún día espero poder ver tu arte.

Yo acabo de salir de una reunión, te escribo desde el coche, he conseguido alargar el contrato un par de años más y me han subido las regalías, ¿a que es una buena noticia? Además, puede que dentro de poco tenga una serie de uno de mis libros. Estoy tan contento, me encantaría que estuvieras cerca e invitarte a cenar para celebrarlo.

Hoy pensaba que iba a ser mal día, porque desperté recordando como conocí a mi expareja, pero parece que todo tiene un porqué, porque más tarde me encontré pensando en ti pintando, ¿es normal que piense en ti?, ¿en tu pintura? Pienso que estas cartas nos hacen conocernos mejor, porque nos dan pie a contar cosas que quizá a otros no lo diríamos.

Me encantaría poder conocerte y darte las gracias por todo lo que haces y espero que harás.

Con cariño...

Tu amigo inesperado

Miró la carta y sonrió, reconoció que era un poco atrevida, ya no hablaba de dolor, sino de esperanza y futuro.

Arrancó el coche y puso la radio cambiando de emisora, le apetecía escuchar algo distinto, en el botón de la memoria dos tiene memorizada Rock FM y justo comenzaba la inconfundible guitarra de Slash, le puso de mejor humor y con los dedos siguió el ritmo de la canción hasta que comenzó la voz de Axel Rose y empezó a cantar al mismo tiempo, cuando llegó el estribillo, forzó la voz intentando igualar al cantante:

Oh, oh, oh, sweet child of mine, Oh, oh, oh, oh, sweet love of mine.

Cantar la canción le hizo recordar cuando él y su hermano eran pequeños y escuchaban por las noches los programas que había de *rock* y se turnaban adivinando las canciones antes de que dijeran el título.

Se obligó a desechar ese recuerdo, no le perdonaba a su hermano la traición de acostarse con su mujer.

Cuando llegó a su casa, dejó el coche en la puerta, aún no era mediodía, subió, entró en casa y, sin quitarse la ropa, pasó a limpio la carta, cogió un sobre, escribió el nombre de su amiga inesperada y al tocar el picaporte de la puerta se le ocurrió una idea; volvió sobre sus pasos y caminó hacia el armario del pasillo, donde tenía todo el material de *marketing* de los libros, cogió dos marcapáginas y dos pósters, en estos últimos estaban grabados su email y su teléfono, aunque de eso él no se dio cuenta, ahora tendría que ir a una papelería para comprar un sobre más grande.

Bajó a la calle y esta vez paseó sin prisa, observando la ciudad que tras una noche nevando tenía los árboles y los parques blancos, una estampa navideña que invitaba a andar por las calles. Al cabo de diez minutos llegó a la papelería, compró el sobre, guardó todo lo que llevaba en las manos y puso el nombre de su amiga inesperada. Después de dar las gracias al librero, que era un amigo del colegio, llegó al buzón, acercó el sobre a los labios y lo juntó a ellos para después hacerle una súplica.

—Llega a ella como tus compañeras, llega hoy si es posible, haz tu magia.

De vuelta en su casa, encendió la calefacción y se recostó en el sillón a leer el segundo libro de *Colmillos y Garras: La rebelión de la maldecida*, un libro de un autor al que seguía desde sus comienzos y que había decidido unir la trilogía en un solo libro, lo cierto era que, por la portada, lo merecía. Aunque apenas comenzó un par de páginas, su mente le volvía a mostrar la que imaginaba que era Emma pintando un cuadro de fantasía con vampiros y hombres lobo.

—Creo que me estoy sugestionando demasiado. Aún ni la conozco y ya pienso en ella a todas horas.

Al ver que no podía leer todo lo que le gustaría, decidió poner la televisión, se echó una manta por encima y apoyó los pies en un puf, al cabo de quince minutos se quedó dormido.

El sueño le hizo viajar a un lugar que le resultaba tan familiar como irreal. Se encontraba en una galería de arte, de esas donde los techos son altos y las paredes están llenas de cuadros enmarcados, cada uno con una historia que solo su artista conoce. El aire era ligero y frío, y el murmullo de la gente se mezclaba con el sonido tenue de pasos en la madera pulida del suelo. Había algo especial en el ambiente, una calidez que no correspondía a la noche fría de diciembre.

Se encontraba parado frente a un cuadro abstracto, tratando de entender lo que veía, cuando sintió que alguien lo observaba. Al girarse, ahí estaba Emma, estaba seguro que era ella aun sin conocerla. Su rostro tenía algo diferente, un resplandor que apenas alcanzaba a comprender, pero que no dejaba de atraerlo. Sus ojos lo miraban con esa mezcla de ternura y curiosidad que él ya había comenzado a imaginar en sus cartas.

—¿Lucas? —preguntó ella, y en su voz sonaba una familiaridad inesperada, como si realmente se conocieran de antes.

Él asintió, sin poder encontrar las palabras, estaba preso del hechizo de su belleza. Emma sonrió suavemente y se acercó un paso más, y él sintió que cada sonido en la sala se desvanecía, dejándolos a ambos en un silencio perfecto.

Caminaron juntos entre las obras, deteniéndose de vez en cuando ante algún cuadro que les llamaba la atención. No decían demasiado, apenas intercambiaban miradas y gestos. Lucas sentía

que sus palabras no hacían falta; de alguna manera, solo necesitaban estar ahí, compartiendo el espacio, el arte y el tiempo detenido. Le recordó a un capítulo de *Doctor Who*, cuando el doctor y Clara llevan a Vincent van Gogh a presenciar como sus cuadros, al pasar los años, no solo seguían intactos, sino que se le tenía como uno de los mejores pintores de la historia, en ese momento deseó algo así para Emma.

En un rincón de la galería, Emma se detuvo frente a un cuadro. Sus dedos rozaron el marco y Lucas la observó sin apartar la vista, capturando el brillo de sus ojos al mirar el lienzo. Parecía tan concentrada que casi dudó en interrumpirla, pero entonces ella se giró hacia él, y en su mirada había una pregunta silenciosa, algo que no se animaba a decir en voz alta.

—¿Crees que las conexiones pueden trascender incluso lo que conocemos? —preguntó, su voz era un susurro, como si temiera romper la magia que los rodeaba.

Lucas la miró un instante, atrapado en esa pregunta que flotaba entre ellos, y luego se dejó llevar por la sinceridad que solo parece posible en los sueños.

—Creo que sí —dijo sin titubear—. Creo que hay personas que aparecen en nuestras vidas como si siempre hubieran estado ahí, aunque no las conozcamos, aunque nunca las hayamos visto. Como si sus huellas ya formaran parte de nuestra historia.

Emma asintió, bajando la mirada hacia el suelo y luego regresando sus ojos a los de él, con una leve sonrisa que dejaba entrever una mezcla de vulnerabilidad y certeza.

—Es extraño —murmuró—. Sentir que alguien que apenas conoces puede entenderte tan bien, más de lo que a veces nos entendemos a nosotros mismos.

Lucas soltó una risa suave, que resonó en el silencio envolvente de la galería.

—Quizá no necesitamos entender todo —dijo, dando un paso más cerca de ella—. Quizá basta con saber que existe esa conexión, que hay algo en la otra persona que resuena en lo más profundo de nosotros.

Se quedaron en silencio, en ese rincón de la galería donde el tiempo parecía haberse detenido, y Lucas sintió que esa respuesta, simple y sincera, era la única que podría haber dado.

Despertó con la sensación de que algo dentro de él había cambiado, con la imagen de Emma grabada en su mente como un recuerdo que jamás había tenido. Miró el reloj y se quedó en el sofá unos minutos más, recordando cada detalle, tratando de aferrarse a ese sueño de un modo que nunca había hecho.

Capítulo seis

El aroma a café recién hecho llena mis fosas nasales con su perfume amargo. Abro los ojos que tenía cerrados y, sin entender qué ocurre, me veo sentada en una terraza desconocida de una cafetería que no reconozco haber visto nunca. Estoy sentada en un banco rosa, con su asiento de terciopelo, paso mi mano por él y sonrío. Es tan suave que hace cosquillas en la palma de mi mano. La mesa que tengo delante de mí es blanca, y en ella, posados, hay dos cafés y dos trozos de un rico pastel de chocolate.

Se me hace la boca agua. ¡Me encanta el chocolate! y salivo ante la expectativa de probarlo. Unos zapatos masculinos entran en mi campo de visión y hacen que levante mis ojos para ver ante mí a un hombre que, aunque no creo conocer, hace brincar mi corazón. Lleva un impecable traje color beige, con una camisa blanca y una corbata negra que hace juego con sus zapatos del mismo color acabados en punta.

—¿Qué desea? ¿Le conozco? ¿Puedo ayudarle en algo? —Él sonríe ante mi nerviosismo.

No me habla, solo señala la silla blanca que hay delante de mí, pidiendo silenciosamente permiso para sentarse. Mi cabeza, sin que le dé permiso, asiente ante ese hombre que me inquieta.

Le miro con la cuchara en la mano, esperando que me cuente qué quiere de mí. Carraspeo, ya que me pongo tan nerviosa que mis manos comienzan a sudar y tengo que secarlas en el vestido marrón que llevo puesto. Me sorprendo ante ese hecho, hace mucho que no me pongo uno.

Sus ojos brillantes y oscuros se clavan en mí, siento la saliva resbalar por mi garganta, ¿por qué me mira así? Siento su mirada fija en mi cara, recorre mis ojos, pómulos, boca... sin perder detalle de mis facciones. Parece que quisiera grabar en su memoria cada parte de mi rostro.

Este desconocido que tengo delante me hace sentir que le conozco, aunque no sea así. Cruza su larga pierna hasta posarla en la rodilla contraria, colocando sus manos entrelazadas entre estas. Sigo el movimiento de ellas y le miro a la cara. Frunzo el ceño ya que quiero verle claramente y no puedo hacerlo, ya que en su cara hay una sombra que no me deja verle.

—¿Quién eres? —La intriga que siento hacía él está más que patente en mis palabras.

Su boca se curva hacía arriba y descruza sus piernas para acercarse a mí por encima de la mesa. Agarra mis manos y sigue callado. Aunque le tengo cerca, sigo sin poder distinguir su cara del todo.

—Lucas, ¿eres tú?

La pregunta hizo que abriera los ojos y se diera cuenta de que solo fue un sueño.

Colocó sus manos temblorosas en la frente y se la miró viendo brillar el sudor en ella. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había estado soñando. Desde que pintó aquel cuadro, se repetían los sueños con Lucas. No sabía por qué no podía dejar de pensar en él. Echó a un lado la colcha rosa que la abrigaba y cobijaba en la noche. Se sentó en la cama, colocando sus pequeños pies en las zapatillas.

Sintió un escalofrío al levantarse y sus manos acariciaban sus brazos, frotándolos suavemente.

Se dirigió a la cocina, cogió un vaso y lo llenó de agua del dispensador. Dio un largo trago que suavizó inmediatamente su garganta seca.

—¿Qué me pasa con estos sueños? —se preguntó en voz alta mientras acariciaba su pelo para apartarlo de la cara.

Un ruido leve rompió el silencio de la casa y ella corrió hacia la puerta, que era de donde se venía el sonido. Fue tan deprisa, que una zapatilla quedó olvidada detrás de ella.

Agarró la columna que separaba el salón de la entrada, casi derrapando en su carrera. No estaba lejos, pero ella iba casi sin resuello dando pequeños saltos, ya que su andar era descompensado. Se agachó casi cayendo de bruces al suelo, agarrando de pasada un sobre que hacía palpar su corazón como loco. Quedó sentada en el suelo, solo con una zapatilla puesta en su pie izquierdo y con un sobre, esta vez más grande que los anteriores, pegado a su pecho.

Un pequeño grito salió de ella y un segundo después lo abrió, echando una mirada dentro.

—¿Qué es esto? ¿Qué me mandas, querido amigo inesperado? —Una sonrisa emocionada se formó en su cara al meter su mano dentro para sacar el contenido.

Sus ojos parpadearon ante lo que tenía delante de ella. Eran dos marcapáginas, imaginó que de uno de sus libros. Les echó una mirada interesada.

—Uhm, tiene buena pinta. Lo buscaré para leerlo. —Una nueva sonrisa nació en su rostro ante la expectativa de leer algo que Lucas hubiera creado.

Su boca se abrió al ver dos pósters de la novela.

—Vaya, qué bonito. —Sus ojos se llenaron de emoción, recorriendo cada línea trazada del dibujo de la portada.

Los puso al lado de ella con cuidado y abrió la hoja de papel ansiosa por saber qué le tenía que contar su amigo inesperado.

Querida Emma:

Me hace tanta ilusión seguir recibiendo noticias tuyas...

—¡Le hace ilusión! —Un pequeño baile sentada hizo que carraspeara ante la tontería que acaba de hacer.

Se sentó derecha y apoyó su espalda contra la pared, seguía leyendo cada palabra que él le ha escrito en esa hoja de papel. Enrojeció ante la frase de que le gustaría conocer su arte. Un arte que solo él había despertado, pues era en él en quién pensaba inconscientemente con cada pincelada que trazaba en ese lienzo.

—Me alegro tanto. —Soltó la carta y aplaudió ante lo que le contaba en ella.

Sus mejillas volvieron a enrojecer ante algo que leyó en esas líneas como si no fuese más que una adolescente. Se levantó dejando la carta en el suelo y comenzó a saltar en el espacio que le permitía la entrada de la casa.

Cuando se cansó de brincar, miró su reflejo en el espejo que tenía ante ella.

—¿Qué es esta sensación? —preguntó a su reflejo llevando las manos a su pecho.

Recogió las cosas del suelo y las llevó a su mesa. No esperaría más tiempo para escribirle una respuesta.

Querido Lucas:

Me ha dado mucha alegría recibir otra de tus cartas. De verdad que me emociona saber que para ti es igual de importante que para mí.

Estoy de acuerdo con tu teoría de los imanes. Creo que, si nos encontrásemos en cualquier sitio, la energía de ellos nos iría arrastrando hasta el otro. (Río con ese pensamiento, pues sería divertido que pasase de verdad).

Me encantaría que pudiésemos compartir un rato para que me des tu opinión sobre «mi arte». Me sería muy útil tu opinión sobre mis pinturas.

¡Muchas felicidades! Te felicito por este gran logro y estaría encantada de ver algún trabajo tuyo en la gran pantalla. Debe de ser un gran paso para un escritor.

La invitación de la cena, si tuviese la oportunidad, no me negaría a cenar contigo. Al contrario, sería un verdadero placer hacerlo.

Sé que es inevitable, pero en algún momento debemos dejar de pensar en ellos, ya que seguro no nos dedican ni un segundo de su tiempo. Ahora debemos aprender a cuidarnos y a querernos nosotros mismos.

Sobre tu pregunta de si es normal que pienses en mí o en mi pintura, te contestaré que creo que sí lo es. Yo también pienso mucho en ti y rezo por recibir otra de tus cartas pronto. Así que no te preocupes, debe de ser normal.

A través de estas letras siento que te conozco desde hace años y que te puedo contar cualquier cosa sin temor a que me vayas a juzgar.

Las gracias te las doy yo a ti, ya que solo tus palabras me alejaron del pozo oscuro en el que me encontraba y te diré que, si me animé a pintar de nuevo, fue gracias a ti. A tus ánimos y al cariño que desprenden tus letras para una desconocida.

Te debo mi vida y te estaré eternamente agradecida.

Hablando de gracias, me han encantado los detalles que me mandas, los guardaré con cariño.

Espero pronto tu respuesta.

Tu amiga inesperada

Cerró la hoja, doblándola en dos, y se levantó de la silla provocando un chirrido en toda la estancia en silencio.

Comenzó a dar vueltas sobre sí misma, en un baile que solo ella conocía. Levantaba los brazos y giraba sus caderas a la vez que se movía en círculos.

Los grititos contenidos que salían de su boca le darían vergüenza si alguien la viese en ese mismo momento. Cuando se calmó, miró el reloj y le indicó que ya eran las seis de la mañana.

Se encaminó a la cocina y con el paso del baile aún entre sus pies, se dispuso a poner la cafetera. Se merecía un café enorme.

A las ocho y media de la mañana ya estaba preparada para salir a correr, después de haber recogido la casa y guardado la carta en un sobre, preparado para entregarlo al buzón de los deseos.

Sonrió ante su ocurrencia. Se había dado cuenta del cambio en ella que provocaba una nueva carta de Lucas. Él le había regalado algo que creyó perdido, le dio esperanza. Y le demostró que aún le importaba a alguien. Alguien que le daba ánimos sin pedir nada a cambio, y eso lo había atesorado dentro de ella tan profundo que se le había adherido como una segunda piel.

Iba a marcharse cuando se acordó de que antes debía hacer otra cosa. Se dirigió a su habitación agarrando una cinta adhesiva y los pósters que Lucas le había regalado.

Iba canturreando una de sus canciones favoritas: *Your/my*, de Jay Park.

Le encantaba como un rapero, de aspecto chulesco y lleno de tatuajes, pudiese cantar con tanta delicadeza.

Mientras seguía cantando, desplegó el póster para colgarlo donde pudiese verlo antes de dormir y al levantarse.

—¿Qué...? —Las manos que pegaban el papel a la pared quedaron detenidas a medio

camino.

Una sonrisa de puro deleite se le escapó al ver que en el póster que le había regalado venía su teléfono y su *mail*. ¿Habría sido intencionado? ¿Querría que ella tuviese esos datos?

No sabía qué pensar y se encontró a sí misma mordiendo su labio inferior con indecisión.

Se dirigió hacia la puerta y decidió salir a correr, entregar la carta, y así pensaría en el camino si era acertado o no hacer lo que le había pasado por la mente.

Tras salir de su casa, un copo de nieve le cayó en la nariz, sus ojos se juntaron en el centro para mirarlo y echó a reír a la vez que comenzó a trotar para comenzar a correr seguidamente.

Después de una hora aproximadamente, llegó al buzón de vuelta, ya que había preferido echarla después de la carrera.

Atrapó el sobre entre sus dedos y le susurró: «llega pronto», antes de soltarlo por la ranura del buzón.

Aún seguía indecisa ante su idea. No quería cometer un error con Lucas, no se lo perdonaría nunca.

Entró en casa, se duchó y después de recoger el baño y dejarlo nuevamente impecable. Se dispuso a poner una lavadora y a prepararse un sándwich de lechuga, tomate, atún y mayonesa.

Se sentó en su escritorio después de comer y se quedó mirando la mesa pensando en qué debería hacer. Abrió su *mail* en su propio ordenador y pulsó para mandarle uno. Al abrirse la pantalla, un escalofrío la recorrió. ¿Sería una señal de que no debería hacerlo? Con ese pensamiento en su mente, sonó el reloj grande de la plaza, indicando la llegada de una nueva hora.

—Vamos, Emma, puedes hacerlo —se insufló valor ella misma y comenzó a teclear.

Hola, Lucas. Soy Emma.

Espero que no creas que soy una atrevida al escribirte.

En los pósters que me regalaste venían impresos tu mail y teléfono. Espero que este correo no te moleste. Lo he visto al mandar la siguiente carta al buzón, ni siquiera me había percatado de estos datos antes de escribirla, espero que no te importune.

Solo te escribo para comentarte que dentro de tres días habrá una exposición a la que voy a ir. Me preguntaba si quizás... querrías venir conmigo.

No en una cita ni nada de eso. No es eso lo que te pido. Solo ir a disfrutar de la galería juntos y tal vez tomar un café.

Te mando la foto con el nombre y dirección del sitio.

Y de paso este es mi mail, ya se te queda en el tuyo y te escribo mi teléfono por si quieres contactar conmigo. Gracias por todo y sin compromiso alguno. Un saludo de tu amiga inesperada.

Pulsó enviar cuando dejó escrito el número de teléfono y copió el archivo de la foto de los datos de la galería.

—No... no, espera... —La frente cayó en la mesa al ver que, aunque se arrepentía, ya no había marcha atrás. El *mail* había sido enviado.

Levantó la cabeza de la dura tabla y tocó su frente roja debido al golpe que recibió al caer en ella. Como ya no existía remedio, tendría que esperar a ver si Lucas, su amigo inesperado, le respondía ese mensaje enloquecido que ella envió. Pensó después de mandarlo que no debería de haberle escrito tantas cosas a la vez. Gimió al ver claramente en su cabeza como él pensaría que era una loca desesperada, porque así se sentía ella en ese momento en el que las dudas la

embargaban por todos lados.

Como ya no tenía más que hacer, sino rezar para no perder la amistad con Lucas por esa tontería que había cometido, se dirigió a la cocina a prepararse algo de comer, ya que el ejercicio le había despertado el apetito. Avanzaba hacía la nevera, llamándose mil veces idiota y maldiciendo por la estupidez que había cometido.

Capítulo siete

Eran las doce de la mañana, había estado desde las cuatro, cuando se despertó, hasta las diez escribiendo, su cerebro le comenzó a bombardear con imágenes y sueños de escenas que le podrían servir para capítulos venideros.

Junto a la música de su compositor favorito, Hans Zimmer, sus dedos y su mente hacían equipo para crear unos capítulos más de ese libro que había conseguido comenzar tras haber salido Natalia de su vida.

Ahora se estaba desestresando, o eso pensaba él, mientras jugaba a Anno 1800, un simulador que le permitía crear una ciudad en una isla portuaria.

Acababa de terminar una de las edades cuando se levantó, estiró las piernas y los brazos y miró por la ventana. Fuera nevaba, «¿cuándo habría empezado?». Sintió algo de frío, se frotó los brazos y fue cuando lo vio, acababan de abrir una exposición de figuras a tamaño real de Star Wars y Star Trek, había sacado las entradas el año pasado para su hermano, Natalia y él, días atrás sopesaba asistir; ahora, sabiendo que tenía dos entradas en el *email* sin nombre, se arrepentía de haberlas comprado, aun así no le quedaba más remedio que ir, fue a la habitación y sacó una muda limpia, del armario sacó su camiseta del Halcón Milenario a punto de viajar a la velocidad de la luz y unos pantalones tejanos. Sabría que haría frío, pero con el abrigo lo contrastaría.

De repente, pensó en Emma, le encantaría ir a verla con ella, pero no tenía forma de decírselo, una carta llegaría tarde. En ese momento escuchó vibrar el teléfono, no le dio importancia, sería algún mensaje de su editor o *spam*, decidió no hacerle caso y entrar en la ducha.

Después de estar un rato bajo el agua caliente, se secó y se vistió, se colocó el reloj inteligente, se guardó el móvil y la cartera en el bolsito y se enfundó el abrigo; al ir en manga corta, sentía un poco de frío en los brazos al tocar la tela, pero enseguida se hizo al calor que exhalaba la prenda.

Antes de tocar el picaporte, vio en el suelo una nueva carta de su amiga inesperada. «Pero ¿cuándo ha llegado?». Pospuso la salida, cogió la carta y se fue a su escritorio, la pantalla tenía el salvapantallas puesto, donde un caza Tie intenta destruir al Ala-X de Luke.

Miró el nombre que había escrito en el sobre y sonrió al saber que lo había escrito ella «¿Por qué lo hago? ¿Por qué necesito de ellas?».

Cuando rasgó el sobre con la espada de *El señor de los anillos*, comenzó a leer.

Cuando leyó que le salvó la vida sonrió y pensó que no solo él la ha salvado a ella, pues ella misma le ha cambiado la vida.

Al llegar a los pósters, respiró, no sabía si había sido muy precipitado. Cuando acabó la carta, sin saber por qué, la dobló y le dio un beso antes de guardarla con las demás.

Ya llegaba muy justo y no podía escribir la contestación, lo haría al día siguiente.

Se levantó más contento que antes y con esa felicidad fue a ver la exposición, ya no le importaba ir solo, pues ella iba con él.

Un zumbido en su muñeca le despertó, acabó la noche jugando una partida de Star Wars con unos chicos que conoció en la exposición. Hacía tiempo que no se lo pasaba tan bien.

La pega, si es que había alguna, fue que se alargó demasiado y no había dormido lo suficiente.

Abrió los ojos y observó su muñeca, era un correo, cuando miró de quien era, cerró los ojos de nuevo, pero los abrió al instante. ¿Había leído bien? Miró de nuevo el reloj y lo vio

«Asunto: Soy Emma», poco le importó no encontrar las zapatillas o ir sin la parte de abajo del pijama, se levantó y encendió el ordenador; por suerte, hacía media hora que se había apagado la bomba de calor del inverter y aún la atmósfera de la casa estaba templada. El portátil tardó menos y nada en abrir la sesión, introdujo su clave de acceso y abrió la aplicación de correo, ahí estaba, un *mail* de su amiga inesperada.

Dudó por un instante si abrirlo o no, pero la curiosidad y el cariño que le había cogido en el tiempo que intercambiaban cartas ganó la batalla.

Comenzó a leer y sonrió con las primeras líneas, parecía tan dulce, tan precavida, pensó en que sería tan fácil quererla...

Cuando llegó a la invitación abrió mucho los ojos y se levantó de la silla, fue a la ventana, como si la misma fuera una máquina del tiempo y le dijera qué pasaría.

—Dice que no es una cita, pero, en realidad, sí lo sería, ¿no? Los dos, la primera vez en vernos, siento que la conozco mejor que a... —evitó decir el nombre de su ex, como si hacerlo mancillase a Emma—, mejor que a nadie en este momento. Y ha salido de ella, pero ¿cómo ha conseguido mi *e-mail*?, en ningún momento se lo he dado, a menos que... —Fue al armario del pasillo, sacó los pósters y vio su *email* y su teléfono—. Vale, mira que no acordarme.

Después de hacer un soliloquio, decidió sentarse y terminar de leer el *e-mail* donde le adjuntaba la foto del evento, la dirección y... su teléfono.

Se pasó la mano por la cara, como si quisiera comprobar que no era un sueño, y apuntó su teléfono en el móvil para que no se le perdiera, así como su nombre, «Emma». Un nombre que tan solo mentarlo le hacía embriagarse de sueños y esperanzas.

Llevó el puntero al botón de responder y comenzó a escribir.

Hola, amiga inesperada.

He recibido tu e-mail, como puedes comprobar, por un momento vi el nombre y volví a dormir, pero ¿sabes? Cuando me di cuenta de que eras tú, casi quedo anclado al techo, menos mal que no tengo garras como los gatos :o).

¿Quieres que te acompañe? Para mí será un honor ser tu acompañante en una noche tan especial, porque seamos sinceros, aunque digas que no es una cita, tiene todos los elementos para ello.

He pensado que como tú pones el «espectáculo», yo pongo la cena. ¿Quieres cenar conmigo? Me voy a tomar la libertad de reservar en un restaurante que conozco, estoy seguro de que te gustará.

¿Te da tanto nerviosismo que llegue el día como a mí?

Estas cartas que hemos estado enviándonos, sin dirección y sin nada, ¿puede ser que el universo nos quiera decir algo?, ¿será tan listo?

Espero que aceptes mi invitación.

Con cariño,

Lucas

Releyó varias veces el texto, quitando palabras y sustituyéndolas por otras, quería que fuera perfecto, tenía que ser perfecto.

Después de que le diera a enviar, un sudor frío le recorrió la espalda, todo comenzaba a convertirse en realidad. Su cerebro quiso hablarle de Natalia, pero él se negó, ordenando las tareas que tenía pendientes.

Fue al armario de la misma manera en la que se levantó de la cama y pensó qué coger.

Sacó un traje que hacía meses no usaba, uno gris oscuro de corte sencillo, y lo observó bajo la luz. Quizá solo necesitaba un repaso en el tinte y volvería a estar como nuevo.

Seguidamente, observó los zapatos, aquellos Fluxos de suela de cuero que se compró para la boda de su excuñada, a pesar de que él los cuidaba mucho, decidió que los llevaría a que los lustrasen, la ocasión lo merecía.

Metió ambas prendas en una bolsa de deporte, se vistió de *sport*, se abrigó con el gabán y se colocó el sombrero que le gustaba usar y que precisamente era algo que Natalia odiaba.

Salió de su apartamento y bajó las escaleras con un aire nuevo, no pensó en ningún momento cuando ella se marchó, en su cabeza solo había espacio para lo que estaba por venir, esa transformación era lo que agradecía a Emma.

Después de dejar las prendas y los zapatos en sendos negocios, se fue a desayunar. Hacía mucho tiempo que no iba al centro de la ciudad, siempre le había gustado pasear por los puestos, le recordaba a su madre cuando año tras año colocaba el belén en su casa.

Cogió el autobús, le gustaba moverse en transporte público, aunque la noche de la no cita sacaría el coche. Miraba por la ventana y cada pareja que veía junta se imaginaba que eran ellos dos, ¿por qué esa necesidad de tener a Emma a su lado?

Llegó a su parada y se bajó, se ajustó bien el sombrero que pronto comenzó a sufrir la invasión de los copos de nieve que lo querían conquistar.

Avanzó por los puestos de figuritas de Navidad, de muñecos, hasta que se encontró uno de libros, en él había autores de una asociación de escritores, le gustó el nombre, Corazón literario; estuvo hablando con una chica majísima que justamente era la presidenta de dicha asociación y le invitó a unirse una vez supo que él también era escritor. Tras pedirle recomendación para regalar un libro a Emma, Myra, como se hacía llamar la mujer, le recomendó uno de un autor que ese día no estaba firmando pero que por fortuna vivía cerca. Sabiendo que era para una ocasión única, se puso en contacto con él y, por suerte, en un poco más de media hora llegó, era un hombre de su edad más o menos, muy agradable; le firmó el libro y le añadió algunos detalles, marcapáginas, un imán para la nevera, un bolígrafo, lo agasajó con varias cosas, incluso con una rosa de plástico parecida a la que salía en *La bella y la bestia*. Quiso pagársela, pero decía que ya entraba en el precio.

Con un juramento en forma de libro, se fue a comer al restaurante donde reservaría la mesa para la noche señalada, pidió que el libro le fuera entregado en el postre y la dueña, que era lectora suya y que le reconoció al preguntarle el nombre, accedió; le agradeció que pensara en ellos para ese detalle.

Con todo planeado y la ropa y zapatos recogidos, volvió a su casa.

En ella le esperaba su libro a medio escribir, dejó las cosas en el armario, se puso cómodo, se preparó un café y justo cuando se iba a sentar, escuchó como alguien abría la puerta. Era Natalia. ¿Qué hacía ahí?

Natalia entró en la casa, cerró la puerta y aspiró el aire que echaba tanto de menos, solo habían sido unas semanas, pero a ella le pareció una eternidad.

Dejó el bolso y el abrigo en la entrada y caminó hasta donde estaba segura de que encontraría Lucas. Ya estuvo hacía un rato, pero al no estar él, bajó y le esperó en la cafetería de enfrente, no quería hacer más violento el reencuentro.

—Hola, Lucas, ¿qué tal? Te veo bien.

—Hola. ¿Qué haces aquí, Natalia?

—¿Eso es lo primero que me preguntas? ¿Que qué hago aquí? Dijimos que nos daríamos un tiempo, pues ya te he dado suficiente tiempo.

—¿Estás hablando en serio? ¿A ti qué te pasa? No creía que debería decírtelo, pero esto que teníamos se ha acabado.

—Ah, no, Lucas, yo te amo.

—¿Eso lo decías cuando hacías lo que hiciste? —le espetó a la cara mientras la miraba desde la silla.

—¿¡No me vas a perdonar nunca!? —gritó ella perdiendo los papeles.

—¿Perdonarte? Rompiste la única familia que me quedaba. ¿Cómo piensas que te voy a perdonar? Se acabó, Nat, sal de mi casa.

—¿Qué salga de tu...? Te arrepentirás de esto, Lucas. Te juro que te arrepentirás... — Avanzó hacia él echa una furia, sin darle tiempo a reaccionar, cogió el portátil y el móvil para tirarlos al suelo y pisar las pantallas con los tacones.

—Ahora me voy, hijo de puta.

—Pero ¿qué haces, loca? ¿Estás tonta? La madre que te parió, sal inmediatamente de mi casa si no quieres que llame a la policía, no te quiero ver.

—Me voy, pero me verás, cabrón de mierda. Dedicaré mi vida a fastidiar la tuya. Te prometo que no volverás a ser feliz.

Capítulo ocho

Se acercó al portátil por décima vez y bajó su tapa suspirando. Las palmas de sus manos sentían el frío del ordenador calando su piel. El pelo tapaba todo su rostro, ya que su cabeza había caído hacía delante. En la mañana, le había mandado el *mail* a Lucas, y no había respuesta por su parte, miró el reloj, las siete de la tarde, si ya no había respuesta, dudaba de que la hubiese.

—¿Será que me equivoqué mandando el *mail*? —No sabía a quién le preguntaba, pero aun así lleva todo el día rumiando preguntas al aire.

Se incorporó de un tirón y sacudió todo su cuerpo, creando un baile como si estuviese poseída en medio de la sala. Giró su cabeza de un lado a otro golpeando así sus mejillas con las hebras de su pelo. Sus brazos comenzaron a moverse delante y atrás a pequeñas sacudidas y sus pies daban pequeños saltos en el mismo sitio. Cuando notó que estaba a punto de caer al suelo si no paraba de moverse así, grito todo lo fuerte que le permitió su garganta.

Cuando se quedó satisfecha, retiro el pelo de su cara y lo recogió con sus manos haciendo una coleta alta con él, para agarrarlo encima de su cabeza.

Comenzó a mirar a su alrededor, pensando en qué hacer para no pensar en que había sido una idiota mandando ese *mail* y su mirada se centró en el armarito que tenía delante de ella en esos momentos. Se dirigió hacia él y lo abrió con decisión.

—No te gusta la Navidad, ¿eh, Fran? —Miraba la caja que había delante de ella con los ojos entrecerrados y las manos en las caderas. Su pie golpeteaba una y otra vez contra el suelo—. Pues se acabó tu dominio. Ya se acabó. Voy a hacer lo que me de la real gana, ¡porque ya no estás! Si quiero adornar toda mi casa, lo haré. Si necesito estar días encerrada, pintando, lo haré. Y sí, ¡si quiero mandarle un *mail* a alguien, lo hago! Aunque este no conteste.

A la vez que decía la última palabra, fue como si se deshinchara. Cayó sentada con la caja en la mano. En ella ponía «cosas de Navidad de mamá». La miró y la abrió, comenzó a sacar cada adorno que tenía ahí guardado. Sus ojos se empañaron al coger una cajita que ponía «Emma». La abrió sintiendo un dolor en el pecho. Al abrirla, vio una figurita. Un ángel que ella misma pintó en el colegio cuando era pequeña. Le hizo tanta ilusión a su madre que esta decidió colgarlo cada año en el árbol. Se había convertido en una tradición, y ella casi ni se acordaba de qué era adornar la casa para preparar la Navidad.

—Pues eso, se acabó, David —le dijo sonriendo al muñeco de alas blancas con reflejos plateados que sujetaba en sus manos.

Comenzó a moverse, recorriendo la casa. Sacando adornos de todos los armarios y rincones donde recordaba haber guardado recuerdos. Cuando acabó de sacar las cajas y el árbol, su salón estaba repleto de cajas esperando ser abiertas para darles de nuevo el uso para el que fueron creados.

—Manos a la obra —se dijo remangándose el pijama de Obi -Wan Kenobi, su personaje favorito de *Star Wars*, sin contar a Chewacca.

Después de todo el trabajo que le costó sacar el árbol ella sola, adornarlo y decorar el salón con las cosas de su infancia y juventud, se sentó en el suelo agotada. Miró a su alrededor y lágrimas de felicidad le invadieron al verse transportada a la casa de su niñez, donde año tras año se decoraba la casa. Aspiró el aire por su nariz con los ojos cerrados y los volvió a abrir disgustada, pues obviamente aún no olía a Navidad. Faltaba el olor a galletas recién horneadas. Se levantó del suelo encogiendo sus hombros, tomando nota mentalmente de que mañana debía

hacer unas galletas para hacer el ciclo completo. Se puso a recoger todas las cajas y los adornos que no había usado, todo eso le llevó como una media hora más.

El reloj de la plaza le mostró que una nueva hora se había cumplido, echó una ojeada a su muñeca y se dio cuenta de que había dejado el reloj en el baño cuando fue a ducharse. Suspiró por su olvido y dijo en voz alta y clara y despacio:

—Ey, Google, ¿qué hora es? —Colocó las manos en sus caderas, esperando la respuesta de ese aparato que según ella no servía para nada.

«Son las once y cuarto de la noche», contestó este.

Asintió como si la viese, tocó el botón de la regleta que le daría luces a su árbol y marchó hacía la nevera a por una ensalada de pasta que había preparado a mediodía para almorzar. Agarró el *tupper* y, a medio camino, lo volvió a introducir en la nevera. Abrió el congelador en su lugar y sacó una tarrina de helado de vainilla y la llevó al sofá. Se sentó con las piernas cruzadas, como si fuese un indio, y hundió la cucharilla que había agarrado por el camino en el cremoso helado. Llevó la pieza a su boca y, con ayuda de sus labios, vertió el frío alimento en su boca. Mientras saboreaba el delicioso bocado, puso la TV y continuó la película que dejó a medias, *Posdata: te quiero*.

Se levantó del asiento dirigiéndose de nuevo al congelador, mientras recitaba el diálogo de la película de memoria.

—Si puedes prometerme algo, prométeme que cuando estés triste, indecisa, o pierdas la fe por completo, tratarás de verte a través de mis ojos.

Agarró el paquete de frutos rojos y echó unos cuantos en un bol para llevarlos con ella.

—No te engañes, ese tipo de hombres no existe, nena.

Comenzó a comer helado, rebujado con los frutos hasta que su estómago comenzó a doler y lo dejó sobre la mesilla. Se tumbó en el sofá y se durmió con la TV puesta.

La luz de la mañana comenzó a entrar por la ventana y Emma no tuvo más remedio que abrir los ojos. Sus pestañas parpadearon una y otra vez hasta que logró centrar la vista.

—Autch, dichoso sofá —murmuró a la vez que estiraba sus músculos contraídos debido a la postura que había adoptado.

Recogió el helado y lo que había dejado por medio la noche anterior y fue a darse una ducha antes del café. Café, solo con pensarlo se agarró el estómago y corrió al baño a vomitar. No había sido buena idea comerse la tarrina casi entera.

Después de vaciar todo su estómago, ducharse y recoger la casa. Agarraba ya las llaves para salir, sin haber tomado nada por miedo a vomitar de nuevo, pegó pequeños golpecitos al portátil con su uña pintada de azul. Pensaba en si debía abrir de nuevo el *mail* o darlo por perdido.

Decidió lo segundo, agarrando las llaves y girándose, cuando el sonido del reloj inundó nuevamente su casa.

—Mierda. Tengo que mirar una última vez. —Giró sobre sus pasos y se sentó tan rápido que la silla se movió, alejándola de la mesa, mientras abría el portátil.

Al llegar nuevamente a su sitio, abrió el *mail* poniendo su contraseña y un grito salió de su garganta a la vez que agarraba el pecho desbocado. Le había contestado. ¡Su amigo inesperado le había respondido! Cerró los ojos mientras hacía clic en el botón del ratón para abrirlo. Dentro de su mente solo había una palabra: Lucas.

Comenzó a leer sintiendo que su corazón no dejaba de bombear en su pecho y una sonrisa se dibujó en su rostro al descubrir las palabras que le había dedicado él.

Una carcajada inundó su estancia al leer que le decía que menos mal que no tenía garras

como los gatos.

—Tiene sentido del humor, me gusta —murmuraba mientras mordía su labio inferior y continuaba leyendo interesada en cada palabra que había ahí escrita.

¡Quería acompañarla! Era la música que sonaba en la cabeza de ella en esos momentos.

Se incorporó y comenzó a bailar un vals ella sola, en ese salón en silencio en el que ella oía una música que no sonaba, pero todo eso le daba igual. Se sentía feliz y hacía muchos años que no se sentía ni ligeramente parecido. Carraspeó y volvió a sentarse para seguir leyendo.

Leyó que, si no era una cita, lo parecía, y sintió como el calor tomaba posesión de sus pómulos, llevando así sus manos a ellos.

—¿¡Cenar!?! —Abrió los ojos como platos ante la invitación.

Le siguió preguntando alguna cosa que ella ya no entendía. No porque lo explicase mal, que no era el caso, sino porque ella solo oía y entendía dos palabras: cita y cena.

—¿Ves, Emma? Esto es lo que trae tu impulsividad. —Llevó los dedos a su ceño arrugado —. ¿Qué hago ahora? ¿Y si declino la oferta y me arrepiento toda la vida? ¿Y si acaso acepto y no le gusto? ¿Y si...?

Cayó dramáticamente en el asiento y suspiró mirando la pantalla, ¿debía escribirle? ¿Qué le diría?

Se insufló valor y comenzó a escribir.

Querido Lucas:

Se quedó allí parada mirando el encabezado, ¿cómo seguiría? No sabía cómo contestar a ese *mail*. Le dio mil vueltas, comenzó a escribir y borrar mil veces hasta que se hartó y salió de casa sin escribir nada más.

Fue al supermercado, le hacían falta varias cosas y en el tiempo que pasaba entre calles y alimentos, no dejaba de pensar en Lucas. No podía hacerle el feo de no aceptar la invitación, no cuando ella lo había invitado primero, y desde luego, no cuando él la había ayudado tanto. Se llamó mil veces tonta por haber huido por miedo a qué pasaría. Si ella no le gustase, o al revés, no pasaba nada. Eran amigos y seguiría siendo así. Con el convencimiento de ese nuevo pensamiento, terminó de comprar y fue directamente a casa a escribir ese *mail* que debió haber enviado ya.

Entró a casa quitándose los zapatos en la entrada, soltó las bolsas de los mandados en el salón sin preocuparse por lo congelado y se sentó ante el portátil. Cuando encendió la pantalla, seguía la misma pestaña abierta, así que comenzó a escribir.

Querido Lucas:

Me he llevado una sorpresa con tu respuesta, a decir verdad, ya no esperaba una. Me alegro de que no seas gato y que no hayas tenido que bajar del techo xD.

En cuanto a la cena, estaría encantada de ir contigo, ya sea en una cita o no. Seguro que el lugar que elijas será perfecto.

No sé si será el destino, pero si nuestra relación se da de esta manera, será por algo, así que no desaprovechemos esta oportunidad y veremos qué pasa al vernos.

A decir verdad, he entrado en pánico al imaginar en conocerte, pero al final he decidido que, si no lo hago, podría ser el mayor error que cometeré en mi vida y no quiero que así sea. Si después de leer mis dudas, decides echarte atrás, lo entenderé perfectamente. Solo quiero que sepas que, aunque mi miedo me ha hecho pensar en no acudir..., nunca he contemplado realmente dicha propuesta.

Atentamente:

Emma

Después de mandar el *mail* se quedó mirando la pantalla como si estuviese en otro plano universal. No sabía por qué se sentía así con él, ni siquiera lo conocía. No sabía cómo era físicamente, ni qué edad tenía, ni siquiera si tendrían temas de los que hablar cuando se viesen, si es que él quería seguir con la cita. Pero todo eso quedaba atrás cuando la alegría la embargaba al saber que estaba a punto de conocerle. Ahora solo le quedaba una cosa:

¿¡Qué narices se pondría! ¿Cómo había dicho que sí sin saber qué podía ponerse? Tendría que ir a la peluquería, comprarse un vestido elegante, ¿estaría bien que se pusiese un vestido?, ¿o sería demasiado atrevido? Dios, ¿se le permitiría llevar escote? ¿Tacones?

Gimió y llevó las manos a los ojos sin dejar de darle vueltas a las cosas hasta que una gran sonrisa se apoderó de su rostro.

—Al fin voy a conocerte, Lucas. Al fin —murmuró mientras iba a por las bolsas que dejó en la entrada bailando hacia ellas en el camino.

Capítulo nueve

Tras la visita de Natalia, decidió cambiar la cerradura y llamar a un especialista para que le pusiera una nueva; después de quedar para el día siguiente, se fue por la tarde a comprarse otro portátil y un nuevo teléfono, por suerte, su ex no le rompió la SIM y la pudo poner inmediatamente.

La tarde-noche la pasó con Xavier y Sarah, dos viejos amigos de Barcelona que habían bajado a la ciudad para un congreso de escritores, él no había ido, pero siempre que podían, se veían. Hablaron de todo y de nada, de Natalia, ambos amigos no se podrían creer la traición. De Emma, Sarah se ilusionó tanto o más que él mismo.

Después de cenar y de tomar alguna copa, volvió a su casa, subió las escaleras y cuando entró en su casa la sintió demasiado fría. ¿Sería momento de buscar otra?

Se acercó a la mesa, su cabeza le daba vueltas, tantas confesiones le habían abierto el apetito del alcohol, vio el portátil sin desembalar, sacó el teléfono y no miró más que la hora, las dos de la mañana. Era sábado por la noche, decidió irse a la cama y descansar, ni siquiera pensó en la posible contestación de Emma.

Al día siguiente, los golpeteos del martillo de uno de sus vecinos le hicieron despertar y despotricar sobre el mismo, otra vez le vino la idea de mudarse, quizá fuera el momento.

Se levantó y se preparó un café bien cargado. Cuando se sentó, comenzó a desembalar el portátil, llevaba mucho tiempo detrás de cambiar el viejo, pero siempre lo postergaba.

Enchufó el cable y lo encendió, en milésimas de segundo, el procesador Ryzen hizo milagros y le preparó el escritorio en lo que habría sido al menos tres minutos en el otro.

Primero la cuenta de Gmail, luego todo los demás, no pensó en Emma hasta que, de repente, vio su *email*.

Pinchó y de primeras ya le hizo reír, era algo que le encantaba de sus intercambios de cartas y *emails*.

Enarcó una ceja cuando hablaba de «relaciones personales». ¿Era lo que él quería en ese momento? Sí, ¿no? ¿O no? Se dejó recostar en el sillón, inmediatamente se acordó del café y bebió un trago, su mente solo le hablaba de una cosa, una relación con Emma. ¿Sería emocionante? Ella pintando, él escribiendo. ¿Le gustaría ir de la mano por la calle?, ¿besarse en público?, ¿tendría cosquillas?, ¿cómo sería su risa?

Muchas más preguntas le vinieron, una detrás de otra, y en todas sonreía como un adolescente enamorado, ¿lo estaba? ¿Cómo sería posible estarlo sin verla?

Se sentó bien de nuevo y siguió leyendo. Le gustaba cómo era, su sinceridad, eso lo valoraba por encima de todo. Le hizo gracia su comentario final. «Solo quiero que sepas que, aunque mi miedo me ha hecho pensar en no acudir..., nunca he contemplado realmente dicha propuesta».

Se quedó largo rato mirando la nada, pensando en sus palabras. «Una cita que no es una cita», le hacía gracia, a sabiendas de que lo había escrito él y como ella le había confirmado que sí que lo era. De repente, una bombilla se encendió en él, se levantó, fue a la habitación a por el móvil y llamó al restaurante para confirmar la reserva del día siguiente, quería que todo estuviese perfecto, se vistió y sacó el traje para volverlo a llevar a la tintorería, en este caso solo para un planchado, quería que todo fuera perfecto. Más tarde fue a una floristería, eligió un ramo de tulipanes rojos; después, buscó por internet una librería especializada en arte contemporáneo, no sabía qué pintaba, pero sería un magnífico detalle, pidió que se lo envolvieran en papel de regalo.

Cuando llegó a su casa, puso el ramo en agua y dejó el traje en el galán, el libro en la mesa y sacó los zapatos, con una gamuza les quitó el polvo que pudieran tener, les echó crema y los lustró, quería que todo fuera perfecto para la noche perfecta, por fin conocería a su inesperada amiga.

Se acostó pensando en el día siguiente. ¿Y si a ella no le gustaba su compañía? ¿Y si resultaba ser diferente a lo que expresaba en las cartas? Eran unos desconocidos, pero ¿serían algo más?, ¿cómo tendría la voz? Se llamó tonto por no haberla llamado.

Cuando se dio cuenta, eran las siete de la mañana, hizo unas cuantas abdominales, otras tantas flexiones y salió a correr, no quería seguir pensando en lo que sucedería en unas pocas horas.

Al cabo de un par de horas llegó a su casa totalmente exhausto y sudado, se metió en la ducha y se dio cuenta por los rugidos de su estómago y de un pequeño mareo que no había desayunado.

Se anudó una toalla a la cintura y fue a la cocina, eran las once de la mañana, cada vez quedaba menos para la tarde.

Mientras se preparaba unos cereales y un vaso de zumo de naranja, llamó de nuevo para volver a confirmar, por la voz, creyó que le había cogido la misma chica el teléfono.

Cuando se iba a vestir recibió una llamada, cuando vio quién era le mudó el gesto, no quería que le amargasen ese día.

—¿Qué quieres? —fue el saludo tajante a su interlocutor.

—Tenemos que hablar, ha pasado algo.

—Yo no tengo nada que hablar contigo. Ahora, adiós.

—Lucas, espera, se trata de Marie.

Cuando estaba a punto de colgar, escuchó el nombre de esa mujer.

—¿Qué le pasa? —preguntó mudando la voz a una algo más preocupada.

—Su hija me ha llamado, ha ido al hospital a por unos resultados, no me ha querido decir de qué, pero creo que no es nada bueno.

—Bueno, pues entérate y ya me dirás. Adiós.

Esta vez sí colgó la llamada, seguro de que dejaba a su interlocutor con la palabra en la boca, pero no le importaba, ya no, había roto su confianza de la peor manera posible.

Se vistió con un pantalón de chándal, con una camiseta sin mangas y decidió escribir un poco, pero le fue imposible, nuevamente, y tras unos meses, volvía a estar bloqueado.

Se levantó enfadado, «¿por qué tenía que ser hoy? De todos los malditos días, ¿por qué hoy?».

Fue al trastero, cogió el viejo saco de boxeo de su juventud y los guantes, volvió a subir a su casa y lo colgó frente al ventanal.

Hacía muchos años que no sentía la necesidad de hacerlo, se vendó las manos y después se colocó los guantes, pidió a Alexa que reprodujera la lista de *heavy metal* de los ochenta y enseguida sonaron los primeros acordes de *Wild Child*, de Wasp. Se maldijo nada más escucharla, ya que le traía recuerdos de su niñez con su hermano, cuando por las noches adivinaban los títulos que escuchaban por la radio.

Comenzó a dar al saco con mucha rabia, toda la que había acumulado desde que Natalia le confesó su traición, cuanto más recordaba, más duro pegaba, pronto se quitó la camiseta, en su pecho comenzaban a salir perlas de sudor.

Cuando ya había soltado toda la rabia, comenzó a preguntarse por la llamada. ¿Marie estaba enferma? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no se lo dijo?

Se quitó los guantes y cogió el móvil para usar la rellamada, pero entonces se dio cuenta de que eran las cuatro de la tarde. ¿Cuántas horas había pasado desahogándose? Observó que debajo del saco había un charco de sudor.

Realmente estaba preocupado, pero ¿cuánto hacía que no hablaba con ella?, pensó mientras iba a darse otra ducha y comenzar a prepararse. «Diez años», susurró cuando entró en el cubículo y cerró la mampara.

Después, y viendo que eran las cuatro y media nada más, decidió ponerse a limpiar un poco la casa, pese a que era lo que Virginia hacía, ese día no trabajaba.

Comenzó por ordenar la mesa de trabajo, quitó todos los papeles que tenía amontonados dejando la madera solo ocupada por el teclado, el ratón, un bote de bolígrafos, la impresora y la lámpara.

Cuando el reloj marcó las cinco de la tarde, se detuvo. Había llegado el momento de empezar a prepararse.

Fue al armario y sacó el traje del galán. Lo observó un momento, asegurándose de que no hubiera arrugas ni imperfecciones. Luego, tomó los zapatos y les dio un último repaso con la gamuza, aunque ya brillaban como nuevos.

Se vistió con calma, prestando atención a cada detalle: el ajuste de la camisa, el nudo de la corbata, el acomodo de la chaqueta. Cuando terminó, se miró en el espejo de cuerpo entero y asintió, satisfecho con el resultado.

Tomó las flores y el libro que había comprado, colocándolos cuidadosamente en una bolsa. Antes de salir, se detuvo un momento junto a la puerta, respirando hondo.

—Hoy es el día.

Salió de casa con una mezcla de nervios y emoción, sintiendo que cada paso lo acercaba a algo importante. En la calle, la nieve caía suavemente, cubriendo la acera con un manto blanco. Mientras caminaba hacia la galería, una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro.

Al fin conocería a Emma.

Capítulo Diez

—Vaya, qué interesante—exclamaba mientras pasaba la página de un libro.

Estaba sentada en su cama, con un libro entre las manos, giraba su cabeza cada vez que leía algo que la sorprendía. La historia trataba de unos amigos que, al adentrarse en un simple juego de rol por diversión, se ven sorprendidos siendo trasladados a un mundo de total fantasía, debido a una tormenta. Nunca había leído nada parecido, su estilo de lectura era la romántica, pero al ver que era del mismo autor que había creado a su personaje favorito, Gabriel, decidió echarle un ojo. Realmente lo estaba disfrutando. Le encantaba imaginar a esas criaturas que solo podías ver descritas en libros u observarlas en TV. En la mesita de noche descansaba una taza con la tira de la manzanilla colgando por su borde. Le encantaba tomar infusiones, le relajaba el estómago y disfrutaba de su sabor y del olor.

No dejaba de pasar las páginas, no dejaba de leer, no podía hacerlo. Las descripciones de ese escritor y sus narraciones la tenían totalmente absorta en las palabras que tenía ante ella. Leía mientras daba pequeños sorbos a su taza del Doctor Who. Una de sus series favoritas. A Fran no le gustaban esas frikadas, como las llamaba él. Así que lo tenía todo guardado y ya era hora de desempacar sus cosas, porque esos pequeños detalles eran ella misma.

Pasó una hora y media cuando sus ojos comenzaban a cerrarse. El libro cayó sobre su pecho, los párpados comenzaron a cerrarse dando paso a la oscuridad, donde soñó como un valiente caballero la salvaba de las garras de una bestia gigante. La montaba en su dragón y alzaban el vuelo con sus grandes alas. No había sentido nada parecido. La familiaridad de ese cuerpo desconocido que tenía delante de ella, dando instrucciones al gran dragón rojo que los sostenía en su lomo. No lograba ver su rostro, pero la invitaba a recostar su mejilla en los omoplatos de él, a la vez que disfrutaba de las vistas que le ofrecía estar en las alturas. Era increíble cómo sentía el aire en su cara, olía la brisa marina que bailaba debajo de ellos. Notaba en su propia piel la escamosa del dragón, no era desagradable, al contrario, la sentía bien debajo de sus manos, cuando lo acariciaba. Era un animal fantástico y ella no quería despertar, sino seguir disfrutando de él y de su compañía.

—Autch —se quejaba mientras daba pequeños masajes a su cuello dolorido—. Me quedé dormida medio sentada mientras leía. —Recordaba a la vez que cerraba el libro mirando la página en la que se había quedado.

Se levantó con cuidado, comenzando a sentir como sus músculos despertaban. Colocó el libro encima de la mesilla con la promesa de leerlo esa misma noche. Abrió los ojos como platos, con la manilla de la puerta en la mano.

—¿Esta noche? ¡Es esta noche! —gritó mientras corría escaleras abajo hacía su escritorio.

Llegó casi derrapando a medio camino y tomó entre sus manos la invitación que le había mandado a Lucas.

—Es hoy, por dios, ¿qué me voy a poner? —preguntaba mientras comenzó a dar vueltas por la sala—. Tendré que ir a la peluquería, no me puedo presentar ante Lucas con esta melena leonada, creará que soy una loca —con esa última palabra se miró en el espejo y su pelo desordenado y sus ojos velados, le recordaron a Anna, de *Frozen*, el día de la coronación de su hermana Elsa.

De su garganta salió un gritito y volvió a correr escaleras arriba. Abrió su armario y comenzó a remover cada prenda que había en él.

—Uhm, demasiado formal. Uhm..., este demasiado informal —La cama estaba llena de vestidos y prendas varias que iba desechando—. ¿Es que no hay nada decente en este mueble inútil?

Se sentó en el filo de la cama, derrotada al no encontrar un conjunto que la favoreciese. No se podía presentar ante él con cualquier cosa. Debía ir bien presentable y hacía eones que no salía a una cita.

—Una cita —repitió llenándose sus ojos de un brillo extraño.

Deseaba conocer a ese hombre que la había ayudado a levantarse sin siquiera haberla visto. Era increíble la conexión que sentía con ese desconocido que se había convertido en una especie de amigo y que esa noche sería su cita. Una sonrisa llenó la cara de ella mientras volvía a guardar las prendas en el armario, iría de compras, una ocasión especial así lo merecía. Se puso unos vaqueros rotos que hacía mucho que no usaba, casualmente le estaban bien. Se ajustaban a sus caderas como un guante. El jersey rosa de cachemira que tenía colgado y olvidado y unas deportivas negras eran su atuendo. Agarró su abrigo y su bolso y salió de casa tatareando un villancico.

Llevaba un largo rato caminando entre calles, viendo escaparates. Ningún vestido le convencía. Uno era demasiado escotado y con una gran raja por el lateral de su pierna, pensaba que era demasiado atrevido para una primera cita. No quería que pensase que era un zorrón. Encontró uno más recatado, este consistía en mangas cortas y su parte de delante era más corta, ya que la de atrás terminaba en una cola redondeada. Era bonito, de un color azul que a ella le gustaba bastante, pero ella era pequeña y esas mangas... No, creía que mejor tirantes y se pondría un abrigo que tenía largo hasta las rodillas. Seguiría buscando hasta encontrar el vestido perfecto.

Tomaba un perrito caliente que había comprado en un puesto callejero, pues no había desayunado y estaba hambrienta, cuando tuvo que retroceder al ver algo espectacular delante de sus ojos.

Entró en la tienda, después de tirar los restos del perrito y lamer un poco de mostaza que había quedado en su dedo, miró la firma de la tienda mientras cerraba los ojos al imaginar el precio de aquel vestido que había llamado su atención.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla? —le preguntó la dependienta, que parecía sacada de una revista de moda.

—Buenas tardes —contestó con una sonrisa—. He visto ese vestido y venía...

—Oh, es un vestido fabuloso. —comenzó a hablar ese clon de Paris Hilton, interrumpiendo sus palabras—. Es un vestido con corsé de pedrería y falda de tul. Mire, toque la suavidad de la tela.

Pasó las manos por ella, como le indicó, y supo que ese vestido debía ser suyo.

—Uhm, no sé si sería para mí... —comenzó a decir mientras se giraba cuando sonrió al oír a la dependienta.

—Dele una oportunidad, señorita. Creo que este vestido está creado para usted. Si le gusta, podría regalarle algún complemento para que luzca aún mejor —su tono dejaba clara su

intención de hacer una gran venta.

Entró en el probador y comenzó a desnudarse para probarse ese traje de ensueño. Había visto el precio, y le sobrevino un pequeño mareo, pero todo fuese para lucir guapa delante de su amigo inesperado. Llevó las manos a su boca al verse con él puesto. Parecía una princesa, con su escote en forma de corazón dejando unas curvas preciosas en sus senos llenos y redondeados. Su corsé de pedrería, tal como le había informado la dependienta, estaba bordado tipo fantasía floral. Pasó las yemas de sus dedos por él y le pareció estar dentro de un cuadro, bailando el vals; ese pensamiento la hizo sonreír. El vestido tenía como complemento unas mangas abullonadas extraíbles. Obviamente las llevaría puestas, pensaba mientras daba vueltas mirándose en el espejo desde todos los ángulos. Definitivamente, ese vestido iba ser suyo.

Un tiempo después, salió de la tienda con una enorme sonrisa, el vestido se le había ido un poco de presupuesto, pero le había sacado unos tacones transparentes, parecido al cristal, a mitad de precio y de regalo una gargantilla llena de pedrería a juego con su corsé. Ya tenía su atuendo preparado para la noche, ahora tocaba arreglar su pelo. Tuvo suerte en la quinta peluquería a la que entró, habían recibido una anulación de última hora y pudo aprovechar la cita. Le había pedido algo sencillo y le mostró el vestido, así que terminó con un moño en lo alto de su cabeza y le dejaron algunos mechones cayendo por sus hombros y espalda dibujando un lindo tirabuzón. Salió completamente encantada con su atuendo y se marchó camino a casa para prepararse como era debido para su cita.

Llegó totalmente agotada, dejó en la cama con cuidado el traje y los complementos. Bajó a comprobar por si había alguna anulación de dicha cita. Comenzó a bailar al ver que en la bandeja de su Gmail no había noticia alguna de su amigo inesperado, por lo que su cita seguía en pie. Oyó el sonido del reloj de la plaza, haciendo a saber que una nueva hora había comenzado. Miró su portátil y dijo:

—Por dios, las seis. Debo ponerme en marcha, no quiero llegar tarde a la galería.

Sonrió y atrapó entre sus manos un libro que había encontrado mientras buscaba el vestido. En cuanto lo vio, supo que debía llevarlo con ella a la cita. Había visto la portada, dragones. Surcaban el cielo mientras dejaban libre el fuego de su gran hocico. No se lo podía creer, después de haber soñado con ellos, encontraba un libro en su paseo con dragones llenando lo que sería la imagen de una gran historia, no le cabía duda alguna. Mientras cantaba un villancico tras otro, caminaba hacía el baño a empezar a prepararse.

Después de una hora y media más o menos, bajaba al salón con los zapatos de tacón y el filo de la falda entre sus manos. Se sentía como una princesa que iba en busca de su amor encantado. Dejó los tacones en la entrada y se miró al espejo de esta. Se había maquillado suavemente, dando solo un toque de color a sus ojos y labios. Nada muy llamativo. A ella le gustaba ir al natural. Miró la hora, asintió, agarró su bolso de mano de pedrería de color plata después de colocarse el abrigo blanco y tomó el libro entre sus manos. Se colocó sus zapatos de cristal, saliendo así en busca de su príncipe, deseando que no saliese rana. Rio ante su pensamiento, llamó a un taxi mientras salía de casa. Con ese atuendo no iba a conducir, y se plantó en la calle a esperar a que su «calabaza» fuese a recogerla.

Pasada una hora aproximadamente, llegó a la galería, eran las 20:15. Habían quedado a y media, pues a esa hora abría la galería. ¿Estaría demasiado arreglada?, se preguntaba llenándose de dudas mientras esperaba. Mordía su labio inferior, esperando a Lucas, y se preguntaba qué hacía allí. ¿No era una locura quedar con un hombre al que no conocía? ¿No era así como

encontraban a las mujeres ilusas muertas a la mañana siguiente? Sabía que sus pensamientos eran producto de su miedo, pero no dejaba de hacerse preguntas inútiles y solo conseguía ponerse nerviosa.

Su pie derecho se adelantó, pensando en marcharse, cuando bajó un hombre delante de la galería. Este llevaba un traje oscuro que le sentaba como un guante, llevaba unas flores en la mano, tulipanes rojos. «Una preciosidad», pensó mientras imaginaba la suerte que tendría su cita al recibirlos. El hombre fijó su mirada oscura en ella. Tragó saliva al sentir el calor que esta le produjo. Volvió la vista para no quedarse mirando, iba a sacar el reloj para comprobar la hora cuando oyó:

—Emma, ¿eres tú?

Ella giró de nuevo su rostro al hombre que le había hablado. No se lo podía creer, era él. Se convirtió en una idiota, pensaba, solo pudo asentir mientras miraba embobada al hombre de las flores. Él le dedicó una enorme sonrisa, produciendo que sus ojos se achicaran ante el movimiento. El corazón de ella se desbocó, casi tanto como el recuerdo del vuelo con el dragón de su sueño. Se acercó a ella, tomó su mano y le dijo haciéndola pestañear:

—Soy yo, Lucas. Permítame decirle que está preciosa. —A la vez que hablaba, agarró la mano de ella depositando un suave beso en ella y ofreciéndole las flores.

—Oh, no tenías porqué. Son preciosas. Gracias, y tutéame, por favor. —Se regañó mentalmente por coquetearle con la batida de sus pestañas.

Él sonrió y el corazón de ella le informaba que si lo hacía de nuevo, podría salir de su cuerpo debido a la emoción de esos dientes perfectos, blancos, y esa sonrisa tan bonita y seductora. Pensó que moriría al ver un hoyo pronunciado en su barbilla. Su boca se llenó de saliva al percatarse de lo atractivo que era ese hombre que tanto la había ayudado.

—Tus deseos son órdenes para mí. Siéntete libre de tutearme, Emma.

Oír nuevamente su nombre de los labios definidos y gruesos de Lucas, con esa voz grave, le produjo un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

—Lo tendré en cuenta, pequeño padawan. —Cerró los ojos al oír la carcajada de él.

¿Cómo se le había ocurrido pronunciar esa frikada ante su acompañante?

—Imposible nada es, difícil muchas cosas son —comenzó a imitar a Yoda y le arrancó una carcajada que hizo que él girase su cara para observarla—. Así que tutearme no es imposible. ¿Entramos? —propuso, ofreciéndome su brazo para entrar, cosa que Emma aceptó inmediatamente.

Sentir el calor de su piel tras la prenda provocó nuevos escalofríos en su cuerpo. Entraron en la galería y dejaron los abrigos en la entrada. Él, caballerosamente, la ayudó a quitarse el suyo. Se sentía como en una de esas novelas de época que siempre le gustaban leer. Esta vez, ella era la protagonista y estaba junto al príncipe que solo tendría ojos para ella, al menos esa noche.

—¿Qué tipo de cuadros pintas, Emma? —preguntó mientras comenzaban a observar las obras expuestas.

—Pues nada en particular. Mojo el pincel en la pintura y dejo que mi intuición y creatividad dejen su arte fluir.

Carraspeó al ver que su atención estaba totalmente centrada en ella, en lo que le contaba. Jamás había tenido esa sensación de ser el centro del mundo de otra persona, y con él, en ese

mismo instante, lo sentía. No quería que acabase esa noche. Quería llamar al doctor Who, y pedirle de rodillas que parase el tiempo en ese mismo momento en el que sus miradas se centraban en la del otro. Veía un brillo en ellos que sería un reflejo de los suyos mismos.

Pasearon por los pasillos de la galería, intercambiando comentarios divertidos y filosóficos de cada cuadro y/o escultura que encontraban en su camino. Les habían ofrecido una copa de champán e iban dando pequeños sorbos mientras paseaban agarrados del brazo por el suelo blanco de la galería. Su conversación era tan fluida que saltaban de un tema a otro sin ningún tipo de problema. Lucas era tan divertido que a ella le dolían los pómulos de tanto reír con sus ocurrencias. En el momento en el que comenzó a tener conversación con él, se olvidó de sus miedos, de las penas, del dolor e incluso de la traición, ya que lo único que veía en ese instante era la sonrisa que Lucas le dedicaba. No quería que acabase. Necesitaba exprimir el tiempo que estuviese en su compañía, pues esos momentos quedarían atesorados en su corazón.

Capítulo Once



Una vez terminada la visita a la galería, salieron fuera. La tregua que dio la tormenta cuando él llegó acabó finiquitada por nuevos y más gruesos copos. Lucas se quitó el gabán y se lo puso por los hombros a Emma con una sonrisa.

Creyó que nunca ha visto una mujer más hermosa que ella, tan lista y friki. Ese punto no se lo esperaba y fue el que más le gustó de todos.

—Mi reina, me parece que Invernalia ha venido a saludaros. —Hizo una graciosa reverencia e inclinó el cuerpo colocando una rodilla en el suelo—. ¿Me concederéis vuestra gracia para buscaros un carruaje?

—Oh, milord, sois muy atento para conmigo. Acepto saludar a los nortños, más de buena gana os alzaría como rey en el norte. ¿Aceptaríais por los dioses antiguos y nuevos? Sobre el carruaje, mi señor, acepto cualquiera para que no os enfriéis y podáis cumplir vuestro propósito —tras esto último, no pudo más y soltó la carcajada que llevaba aguantando, lo que hizo que toda la gente que esperaba una pedida de mano y se había parado comenzara a reír con ella.

—Eres increíble. ¿Lo sabías? —Lucas se puso de pie y reía a la par, mientras sus ojos brillaban con una luz que hacía mucho tiempo que no mostraban.

—Vamos, aquí el comediante eres tú, pequeño padawan, yo solo me limito a seguirte el juego.

Después de una buena risotada, Emma se ajustó el abrigo mientras caminaban hasta el coche; él, caballeroso en todo momento, le abrió la puerta y esperó a que se sentase para cerrar.

—¿Dónde me llevas? No estoy muy acostumbrada a este tipo de... —se quedó callada buscando la palabra exacta.

—¿Cita? ¿cena? ¿Obra teatral en mitad de la nieve en plena calle? —parodió él, a lo que Emma dio un gritillo.

—Sííí, eso es lo que buscaba, de pequeña quise ser actriz, pero me gustaron más los pinceles y el lienzo.

—Ya se te veía que eras clavadita a Emilia Clark. —Después de reír nuevamente ambos, Lucas arrancó el coche y se unió a la circulación.

—Está en la otra punta de la ciudad, pero prometo que llegarás a casa antes de la última campanada de las doce. Así no perderás ese precioso vestido.

Emma no paraba de reír con él, apenas recordaba si alguna vez fue así con Fran.

—¿Te gusta? Tranquilo, tiene tecnología de los señores del tiempo, no desaparecerá.

—Nunca he conocido a una chica como tú, doy fe con mi espada, arco y hacha —Lucas hablaba con una gran sonrisa en el rostro, estaba en su salsa y se notaba, al igual que ella.

—¿Seguro? Mira que en Rivendel hay señoritas más bonitas que yo —le quiso probar a ver qué decía.

—Puede ser, pero son tan sosas como el maestro Elrond. —contestó él, y ella supo que estaba perdida.

Salieron de la autovía y en poco más de un kilómetro apareció ante ellos un camino que llegaba hasta un enorme castillo medieval.

—Pero... Pero... ¿Y esto? ¿De dónde ha salido esto? No conocía un castillo tan bien conservado.

—Uno de los muchos secretos que tiene Madrid, mi maestra.

Al llegar a la puerta, Lucas se bajó y le dio las llaves al aparcacoches, rodeó el vehículo y abrió la puerta a Emma tendiendo su mano para ayudarla a bajar.

—Mi señora, ha llegado a su destino.

—Pero, Lucas..., es... es... precioso.

Ante ellos, La Guarida del Dragón te transportaba a otro mundo. La fachada era una majestuosa combinación de piedra gris oscura, adornada con relieves de dragones tallados que parecían cobrar vida bajo la luz de los proyectores de hologramas que hacían que volasen por ellas. Dos enormes puertas de madera reforzadas con hierro forjado, al estilo de una fortaleza medieval, invitaban a entrar. Encima de las puertas, un dragón mecánico de bronce lanzaba pequeñas llamaradas al caer la noche, mientras sus ojos se iluminaban de un rojo intenso.

Cuando cruzaron las puertas, se encontraron con un arco de estilo gótico que simulaba ser una antigua cueva. En el suelo había una alfombra roja decorada con los emblemas de casas ficticias, combinando estandartes que recordaban a *Game of Thrones*, *Star Wars* y la Tierra Media.

Bajaron las escaleras y Lucas enseñó el resguardo de la reserva, un camarero vestido de Han Solo los acompañó a su mesa. Esta tenía de una cabina de policía, ambos lados estaban abiertos, pero detrás de cada uno se podía ver el letrero de POLICE, la tabla era azul como la T.A.R.D.I.S y en el centro, dibujada en 3D, estaba la consola de mandos.

Cada pared del local estaba decorada con una de las cuatro adaptaciones, se podía ver una gran batalla galáctica, un enfrentamiento entre ejércitos a caballo, un gran paisaje de Rohan y a todos los doctores contemplando en silencio el planeta de Gallifrey.

La barra era espectacular, un enorme dragón dorado se suspendía del techo, extendiendo sus alas mientras su cola descendía hacia el suelo, formando la estructura de la barra. La superficie estaba creada de cristal negro con vetas que brillaban como lava incandescente, dando la impresión de que estaba sobre fuego. Detrás, botellas de hidromiel, cócteles temáticos y cervezas artesanales estaban cuidadosamente dispuestas en vitrinas iluminadas con un brillo místico.

—Pero, Lucas, ¿qué es este sitio? Es una maravilla. La decoración es asombrosa, reconozco muchas películas y series de televisión.

—Mi primer regalo para nuestra primera cita.

—El segundo, no te olvides del ramo de tulipanes.

—Cierto, pues el segundo, y quizá quede alguno más

—Oh, pero no tenías por qué, no merezco tanto.

—Has salvado mi alma y me has dado un motivo para vivir.

—Vas hacer que me ruborice y voy a quedar mal en este sitio tan bonito.

—Lo más bonito del lugar eres tú, todos admiran tu vestido, eres la princesa del restaurante ahora mismo —sentenció Lucas, y Emma sintió arder todo su ser.

Cenaron de primero una ensalada de pollo a la parrilla y de segundo un costillar a la brasa, entre risas y algún que otro coqueteo entre los dos, parecían una pareja hecha y derecha celebrando un aniversario o algo parecido.

Cuando llegó el postre, Lucas estaba algo nervioso, incluso a Emma le pareció ver que hacía una señal a alguien con la ceja. ¿Serían invenciones suyas? No lo sabía, pero no quería que nada enturbiara esa noche, de repente, se acordó de lo que había metido en el bolso.

—Lucas, esto..., quería pedirte una cosa.

—Lo que quieras. Pídeme lo que quieras.

Emma cogió el bolso de pedrería y sacó de él un libro sobre dragones que había escrito Lucas y se lo tendió.

—¿Me lo dedicarías?

A Lucas le cogió por sorpresa que supiera que era él quien había escrito el libro, pero se sintió a la vez dichoso y orgulloso.

—Por supuesto. Será un honor.

Mientras que el escritor firmaba el libro, un camarero se acercó a la mesa y con una sonrisa le dio a Emma un paquete envuelto en regalo.

—¿Es para mí? —preguntó inocente, y miró a Lucas, que la observaba y asentía.

—Así es, es mi otro regalo.

Emma lo abrió deseosa de saber qué le había regalado, se llevó una mano a la boca cuando vio la portada y el título, *Van Gogh: Obra completa*, de Ingo F. Walther y Rainer Metzger.

—¡Lucas! ¡He buscado este libro durante años! ¿Cómo sabías? —Lo abrió y comenzó a observar cada cuadro que había pintado el genio.

—En realidad, no lo sabía, pero es mi pintor favorito, imaginé que ningún pintor rechazaría un libro sobre él.

—¡Gracias! Es el mejor regalo que podías haberme hecho. Pero... yo no te he traído nada. Lo veo algo injusto.

—Tú eres mi mejor regalo, si me permites seguir viéndote.

—Claro que te lo permito, estoy deseando ver dónde nos lleva esta aventura.

Lucas le dio el libro firmado y Emma decidió leer la dedicatoria en casa. Mientras ella fue a retocarse el maquillaje, él aprovecho y pagó la cuenta, cuándo regresó, la ayudó a ponerse el abrigo y salieron a la calle para coger el coche.

—No quiero que esta noche acabe, Lucas.

—Yo tampoco. No quiero quemar un sol para decirte adiós.

—Oh, esa es mi frase preferida del doctor. Lucas, siento que te conozco desde toda la vida. Es una sensación extraña.

—A mí me sucede igual, creo que es por las cartas. Nos desnudamos el uno con el otro.

—¿Quieres venir a mi casa? —preguntó ella con cierto miedo.

—Me encantaría.

Con una emoción palpable por parte de ambos y miedo a partes iguales, se dirigieron a casa de Emma.

¿Qué querían que sucediese allí? Ninguno de los dos lo sabía, lo único que deseaban era pasar un rato más juntos. No querían separarse. La noche había sido tan mágica, pensaba ella, que tenían que alargarla un rato más, solo un poquito más.

En el trayecto a casa de Emma, la conversación no decayó. Hablaban de todos los temas, incluso seguían intercambiando frases de series y pelis, que al parecer ambos sabían. La conexión entre ellos era tan agradable y fuerte que nadie diría que acababan de conocerse.

—Y bien, ¿qué te pareció mi libro? —preguntó Lucas mirándola de soslayo.

—Uhm, Pues... —Emma mordió su labio inferior pensando en la contestación, y Lucas sonrió al parecerle tan tierno ese gesto—. Aún no lo leí. Lo he comprado esta tarde.

Lucas profirió una carcajada y ella agachó la mirada avergonzada. Él, al ver el cambio en ella, paró el coche a un lado. Posó las yemas de los dedos bajo su barbilla para hacer que le mirase.

—No tienes que avergonzarte. No ocurre nada. Ya, si lo lees, me comentas qué te va pareciendo, ¿sí?

Lucas le dedicó una gran sonrisa con el corazón acelerado. ¿Cómo podía ser tan tierna? pensaba mientras tomaba nota de pensar antes de hablar. Ella asintió y levantó la mirada, así que continuaron el camino entre charlas y bromas.

Al fin llegaron a la casa. El bello jardín que la rodeaba era ideal para una pintora. A Lucas le parecía que todo en ella y lo que la rodeaba era mágico, y tenía claro que de cualquier manera quería formar parte de esa magia que la envolvía.

—Adelante —dijo ella, dándole paso con su mano fina y elegante.

Entraron en la casa y al cerrarse la puerta, a Emma comenzó a latirle el corazón desbocadamente. Estaba en su casa, su amigo inesperado estaba allí, en su salón, con ese porte elegante, guapo, porque Lucas era muy guapo. Agachó su mirada al suelo de nuevo ante sus pensamientos. Respiró hondo, se agachó para quitarse los tacones, pero él la detuvo.

—Déjame ayudarte, *mi lady* —dijo haciendo una floritura delante de ella.

—Oh, qué atrevido, milord. ¿Cree que es conveniente que me roce el tobillo?, ¿qué pensarían de usted si alguien le ve? —Emma comenzó a parpadear y colocó la mano exageradamente en su pecho, pareciendo estar escandalizada.

Lucas miró a su alrededor y susurró.

—No se preocupe, estamos solos. Permítame su pie, *mi lady*. Prometo no propasarme.

Ella soltó una carcajada ante el gesto de sus caras al hablar y levantó su pie hacía él colocando la punta en su rodilla. Lucas comenzó a sacar el zapato con maestría y lo dejó a un lado para quitarle el otro y colocarlo a su lado.

—Oh, por dios, ¡qué alivio! —dijo ella haciéndole reír—. ¿Te importa si voy a cambiarme?

—Para nada, por favor, tómate tu tiempo.

Ella corrió escaleras arriba agarrándose la falda de tul. Sacó su pijama de la serie *One Piece*, se lo colocó con rapidez dejando el vestido sobre el tocador y corrió escaleras abajo para

no hacer esperar a su amigo.

Estaba sentado en el sofá y levantó la mirada al oírla bajar. Otra sonrisa salió de él al ver su pijama. Le encantaba lo que veía de ella.

—¿Quieres una copa? —preguntó señalando el mueble con los licores.

Él asintió y ella tomó dos copas llenando algo menos de la mitad de su vino favorito, Pedro Ximénez.

Él lo tomó con gusto y se giró hacía ella para mirarla mientras daba un sorbo a su copa. Era preciosa. No se cansaba de mirarla. Ella sorbió un poco el líquido oscuro asintiendo y cerrando los ojos. Era un placer verla disfrutar. Charlaron un rato más. Ambos no separaban la mirada del otro. Sacaban cualquier tema menos el que los unió, sus relaciones desastrosas. Emma tenía la mano apoyada en la cabeza, mirándole con sus ojos entrecerrados. Lo que parecía que iba a ser una copa, se convirtió en tres cada uno. Ella no estaba acostumbrada a beber, hacía mucho que no lo hacía y esas copas le estaban pasando factura.

—Emma, esta noche ha sido perfecta —comenzó a decir Lucas, acercándose a ella—. Nunca pensé que conocería a alguien que me hiciera desear ciertas cosas, no tan pronto desde lo de... ya sabes. —Ella asintió viéndole cada vez más nublado—. No quiero que esta noche acabe, ni quiero que sea la última. Deseo volver a verte, si tú quieres lo mismo. —Depositó la copa en la mesa que tenía delante de él y agarró la de ella antes de que se le cayese al suelo.

Giró su cara a la de ella, acercándose, sentía el aliento a dulce vino saliendo de su boca. Pasó la punta de su lengua por su labio inferior, deseando besarla. No sabía si hacía bien o no, pero no era dueño de sus movimientos. Posó la mano en la mejilla de ella y cuando sus labios se tocaron de una manera dulce y tierna, los ojos de Emma se cerraron totalmente junto a un suspiro que le dejó claro a Lucas que se le había dormido entre los brazos.

—Ay, Emma, ¿qué voy a hacer contigo? —Su sonrisa y la ternura de su mirada decían que, aunque lo preguntase, sabía la respuesta perfectamente.

La colocó hacía atrás en el sofá y comenzó a quitarle las horquillas que adornaban su pelo, dejando libre cada hebra de su preciosa melena roja, pasó las yemas de los dedos por su pelo, disfrutando de su tacto. La tomó en brazos y subió con ella hacía donde había visto que fue antes a cambiarse. No le costó encontrar la habitación, la dejó acostada, tapándola, y se echó a su lado por encima de la colcha. No apartaba la mirada de ella. Era un ángel y él no quería perderla, sino cuidarla para siempre. Con ese pensamiento se le cerraron los ojos sin saber qué eso ocurría.

Capítulo Doce

Fran fue a recoger las cosas que le quedaban, había estado disfrutando con Sarah, una compañera de trabajo, mil veces más ardiente de lo que nunca llegó a ser Emma, pero pasó algo con lo que no contaba, Emma no estaba en casa. Cuando entró, la casa parecía otra, estaba adornada con objetos de Navidad, había vuelto a sacar los artículos de pintura, esos que él aborrecía, estuvo a punto de destruirlo todo, pero entonces ella sabría que habría sido él, ¿quién sino tenía llave de su casa? Se quedó fuera, en el coche, esperando que ella llegase, en el suelo del vehículo había siete latas de cerveza, y le quedaban cuatro más, sin contar la que tenía en la mano. ¿Dónde narices estaban? Ella nunca salía.

Con el peso del alcohol en su cuerpo, se quedó dormido minutos antes de que la chica llegase con su amigo y entrasen en casa. El camión de la basura lo despertó, se había quedado dormido a la décima lata. Vio un coche delante de la puerta y su ceño se arrugó, salió del coche y avanzó hacia la casa, abrió la puerta y lo primero que vio fueron dos copas de vino, ¿dos? ¿Había llevado a alguien a casa?

—¡Emma! ¡Emma! —comenzó a gritar, abriendo con fuerza las puertas de abajo y comenzando a subir las escaleras—. ¡Emma!

Ya en la planta de arriba, avanzó hacia la de la habitación donde no hacía mucho dormía con ella, sus ojos echaron fuego cuando vio el lado donde había dormido Lucas arrugado, dejando ver que alguien había pasado la noche allí, el sonido de la cisterna hizo que girase su cabeza hacia el baño.

—¡Serás hija de puta!

Lucas abrió alarmado ante los gritos que profería aquel hombre, que, sin duda alguna, dedujo que era el ex de Emma. Cuando Fran lo vio, se abalanzó hacia él cogiéndole de la pechera.

—¿Quién cojones eres tú? ¿Y qué narices haces en mi casa?

—Más te vale soltarme, eso lo primero —contestó Lucas con tono serio, sin amedrentarse.

—¿Qué coño crees que haces, Fran? Te recuerdo que esta es mi casa y que tú me dejaste —respondió Emma cuando se despertó, levantándose rauda para defender a Lucas.

—Tranquila, Emma, no te metas —pidió Lucas mirando fijamente a Fran.

—¿¡Que no se meta!? ¿Quién coño te crees que eres, chaval? No sé qué haces aquí, pero te recomiendo que te marches.

Emma miraba a ambos hombres, impotente, sin saber qué hacer, ambos eran musculados, de la misma altura más o menos y parecía que ambos estuvieran en un duelo bajo el sol. Solo se le ocurrió coger el bolso y llamar a la policía.

—¡Deja eso, puta! —Fran, cuando vio que estaba a punto de hablar, soltó a Lucas y le dio un tortazo tirándola sobre la cama.

—¡Serás hijo de puta! —Lucas cargó contra él, chocando los dos contra la pared de detrás de ellos, el espejo que Fran había comprado a regañadientes cayó al suelo y se rompió, mientras que Lucas daba puñetazos a Fran y este los repelía y contraatacaba.

Emma se obligó a no llorar pese a que le ardía la mejilla, nunca antes le había pegado, pero fue en ese momento cuando vio la verdadera cara del hombre con el que compartió años de su vida.

Fran logró empujar a Lucas el tiempo suficiente de coger un trozo de espejo en la mano y amenazar a su rival.

—Venga, cabrón, ten huevos..., eres un puto maricón. Te has acostado con ella, ¿verdad? Si ya decía yo que era una puta.

—Mira el gallo de corral, usando otra cosa porque con sus puños no es capaz de pelear. ¡No la vuelvas a llamar así! —estalló Lucas.

—¡Se lo llamo porque lo es! No ha tardado ni tres meses en buscarse a otro. ¿Tan necesitada estás? Tenía razón mi madre, solo eres una calientapollas.

—¡Que no la insultes! —Lucas se quitó la camisa y se la enrolló en el brazo como le enseñaron de pequeño.

—¡Lucas, por dios, ten cuidado, está loco! —gritó Emma asustada, cogiendo el móvil y volviendo a llamar a la policía, ahora Fran no podía detenerla.

El exmarido intentó atacar a Lucas, pero este, con gran determinación y experiencia, fue esquivando las puñaladas que el otro le lanzaba, hasta que le pudo agarrar la mano y arrebatarle el cristal, que cayó bajo la cama.

—No te mereces los años que has pasado con ella, eres solo escoria —increpó Lucas.

—Calla, malnacido, si no vuelve a ser mía, prefiero que no sea de nadie.

Fran se lanzó otra vez, pero en vez de a por Lucas, fue a por Emma; la empujó sobre la cama y la agarró del cuello para estrangularla. Lucas actuó de inmediato y cayeron al otro lado de la cama, Fran quedó arriba de él e hizo lo mismo que segundos antes quiso hacer a la mujer, la única diferencia entre los dos era que Fran era más corpulento, pesaba más, Lucas no lograba salir de debajo de él, intentó buscar algo con que darle en la cabeza para lograr escapar, sintió algo con filo, «el cristal», pensó y sin ningún remordimiento, se lo clavó en el cuello, haciendo que prohiriera un grito y se llevase las manos a la zona donde salía un montón de sangre. Momentos después llegó la policía, entraron anunciando su oficio y Emma gritó que estaban arriba, que necesitaban un médico.

Cuando los agentes llegaron, Lucas estaba presionando la herida del cuello, por suerte, no había tocado la yugular, pero estaba muy cerca.

Emma explicaba lo que había sucedido mientras veía como otro agente esposaba a Lucas

—¿Pero por qué se lo llevan? Él solo se ha defendido.

—Señorita, eso lo tendrá que decidir un juez, yo solo hago mi trabajo.

—Tranquila, Emma, en mi teléfono está el contacto de mi editor, llámale, dile lo que ha pasado.

—Oh, Lucas, lo siento, lo siento... —Cuando vio que abandonaba la habitación esposado y comenzó a escuchar la sirena de la ambulancia, llamó al editor.

—Hola, Lucas, cuéntame.

—Hola, disculpe, soy una amiga de Lucas, me llamo Emma. A Lucas se lo acaba de llevar la policía esposado.

Después de contar por teléfono lo sucedido, se vistió y cogió las llaves del coche de Lucas para seguirles.

Unas cuantas horas después, Emma no sabía cuántas habían pasado, vio salir a Lucas, ella había declarado en comisaría lo que había sucedido. Cuando él salió, les dijeron que Fran estaba bien,

que le iban a juzgar por violencia de género y por intento de asesinato.

No era el principio de relación que ninguno deseaba.

Lucas acompañó a Emma a su casa en un taxi, el trayecto lo hicieron en silencio, pensando ambos. Ella rota de dolor por no haber visto antes la oscuridad de su expareja y preocupada por Lucas, y este pensando en lo que había podido pasar y por suerte no pasó. Cuando llegaron a la puerta era más del mediodía.

Cuando Lucas se iba a despedir, ante su temor, para siempre, Emma le sorprendió.

—¿Quieres pasar y preparo algo para comer?

—¿Quieres que pase? ¿No quieres que me vaya?

—¿Por qué voy a querer que te vayas, Lucas? Me has salvado, tú no has tenido nada que ver. Quiero que te quedes. ¿Sí?

Lucas sonrió y decidió arreglar lo que se quedó a medias, atrajo sus labios a los suyos y se besaron.

Entraron en casa de Emma felices, a juzgar por las sonrisas que ambos lucían en sus semblantes. Emma se dirigió a la cocina remangándose para comenzar a hacer la comida.

—Un momento —dijo ella colocando el dedo índice delante de él, que la miraba arrebolado.

Comenzó a recoger su pelo con las manos, hasta hacer una coleta, retirando así el cabello de su cara. Agarró dos copas del mueble y sirvió vino, menos llenas que las de la noche anterior.

—Gracias. ¿Con qué me pongo? —preguntó él remangándose su camisa también, como había hecho ella un minuto antes.

La cara de ella era un poema, lo miraba con los ojos abiertos de par en par. Nunca pensó que oiría esas palabras de un hombre.

—¿Quieres cocinar? —preguntó mirándole de hito en hito.

—Hombre, no querrás que me quede mirando cómo lo haces todo, ¿verdad? —respondió él levantando una ceja.

—Bueno, entonces —le costó pensar en que tarea darle—, córtame los ajos en trozos pequeños, mientras pelo las gambas.

—Déjame las gambas y el ajo, tú pon a cocer la pasta —zanjó él, intentando saber dónde estaban.

Ella lo miraba como si fuese un ser de otro planeta. Poco a poco le fue sacando lo necesario, los ajos, las gambas, unos trozos de papel de cocina para las cáscaras, un bol pequeño para las gambas y un plato de café para los ajos. Después, agarró una olla para llenarla con agua y la puso en la vitrocerámica a que empezase a hervir. Se acercó a Lucas y juntos, uno al lado del otro y en silencio, sin que este fuese incómodo, comenzaron a pelar las gambas para construir su primera comida casera hecha por ambos.

—Ten —ofreció él colocando el filo de la copa en los labios de ella.

Emma sorbió mirándolo a los ojos y continuó pelando gambas, pero ahora con una sonrisa dibujada en su cara. Colocó una sartén en el fuego con un poco de aceite y sofrió un poco el ajo, luego Lucas añadió las gambas y ella removió dándole las gracias, a lo que él le dio un beso en la nariz, a la vez que ella no podía dejar de sonreír.

Nunca se habían sentido así, pensaban ambos al ver lo bien compenetrados que estaban en tan poco tiempo.

Mezcló la pasta con las gambas al ajillo, después de aprovechar un poco del agua de haber cocido la pasta para la salsa. La sirvió en un plato y espolvoreó con perejil picado. Sirvió dos copas de vino mientras Lucas preparaba la mesa y se sentaron uno al lado del otro en el sofá.

—Uhm, esto huele que alimenta —decía a la vez que se frotaba el estómago.

—Debes de tener hambre. Llevamos todo el día sin probar bocado.

Comieron disfrutando de la compañía del otro, sobre todo cuando Lucas invadió el plato de ella y robó un poco de pasta, y después protegió el suyo de los embates de ella. Hacía mucho tiempo que las paredes no escuchaban tantas risas.

—Puf, estoy llenísimo —informó Lucas mientras se reclinaba en el sofá.

—Seguro que el vino no tuvo nada que ver. Me gira la cabeza como a la niña del exorcista. Por dios, Lucas, ¡te veo doble!

Comenzaron a reír, hasta que la risa se convirtió en una sonrisa. Se quedó dibujada en los rostros mientras se miraban. No hacía falta palabras, no necesitaban expresar lo que sus ojos ya mostraban. Los deseos, anhelos e intenciones, se leían claramente en la mirada del otro.

Fue Emma esta vez la que dejó la copa en la mesa y se acercó a Lucas, depositando un beso en sus labios. Un suspiro de alivio salió de entre su boca entreabierta. Ella se levantó y le ofreció la mano bajo el asombro de él.

—¿Vienes?

Él atrapó su mano entre las suyas y se levantó siguiéndola escaleras arriba con el corazón golpeteando en su pecho.

Capítulo Trece



Subían las escaleras cogidos de la mano, los corazones comenzaban a latir al unísono. Iban en silencio, no necesitaban palabras para llenar el deseo que sentían en el aire que bailaba entre ambos.

—Emma —la llamó él cuando estaban en el pie de la escalera—. Me apetece mucho esto —dijo señalando a ambos con el dedo índice—, pero... —Se acercó a ella cuando bajó la mirada al suelo. Posó sus dedos en la barbilla de ella y sus ojos se encontraron—. Cielo, mírame. No te voy a decir que no. Solo necesito una ducha antes, solo eso.

Ella levantó la vista hacia él con sorpresa.

—Oh, claro. Lo siento... yo, no había pensado. Claro, qué tonta. Lo sien... —contestaba Emma, nerviosa por la situación, bajando la mirada.

Él la agarró de la barbilla para hacer que le mirase nuevamente.

—No te pongas nerviosa, ni te disculpes, cielo. Solo voy a refrescarme un poco antes de tocarte —esas palabras susurradas pusieron la piel de gallina a Emma.

—Bien, ¿te enseño dónde están las cosas? —preguntó nuevamente ilusionada—. Mira, en este pasillo está el baño y en el mueble encontrarás toallas y demás. —Iba expresando sus palabras mientras hacía gestos con sus manos y Lucas sonreía al mirarla—. Pues eso es todo... ¡Ay! —Paró de pronto y llevó sus manos a la cara—. La ropa, no tienes ropa, ¿verdad?

—No te preocupes ya me había... —Su frase quedó interrumpida al ella meterse casi dentro del armario rebuscando dentro del mueble.

—Ven, agárrame esa caja —las palabras eran pronunciadas con esfuerzo y Lucas se acercó a ella para ayudarla.

Emma estaba de puntillas, y Lucas no pudo obviar mirar su esbelta figura delante de él, sintiendo así un escalofrío de placer al contemplarla.

—¿Esta? —preguntó rodeándola con sus brazos para ayudarla.

—Uhm, sí, la verde. —Ella intentaba alcanzarla, aunque sabía que sería imposible.

Él la agarró y la bajó, observando como Emma seguía la caja con la mirada.

—Mira, ven. —Agarró su mano para sorpresa de él y le acercó a la cama, quitándole la caja de las manos y colocándola encima de esta—. Yo creo que te estarán bien estas prendas. —

Comenzó a sacar ropa de la caja—. Se las regalé a Fran, pero a él no le agradaban, así que no están usadas.

«Valiente idiota», pensó Lucas mirando las prendas que ella le mostraba. Había vaqueros, sudaderas, camisetas de mangas cortas, hasta ropa interior y zapatillas. No había apreciado el cariño que le había brindado ella y eso solo significaba una cosa: su ex era un gran gilipollas.

Agarró una camiseta, un pantalón de chándal y unos calzoncillos que le llamaron la atención. Los levantó para verlos mejor. Su estampado era de Harry Potter y ponía el siguiente mensaje:

«En un mundo lleno de *muggles*, sé un mago».

Lucas echó a reír solo al leerlo.

—Esto, soy una tonta..., me encantan esas chorradas. —Nuevamente se había avergonzado.

—Y a mí también me encantan estas chorradas, cielo. —Agarró su cara con total naturalidad y la besó en los labios, dejando a Emma parada en el sitio.

Lucas entró en el baño para darse una ducha mientras ella seguía de pie en el mismo sitio donde él la había dejado tras besarla. Llevó sus dedos a los labios acariciando el beso que le había dado. ¿Qué le pasaba con él? ¿Por qué se sentía tan avergonzada con sus palabras de cariño? Oyó el correr del agua al ser abierta y miró hacía la puerta por la que él había entrado. Las manos de ella comenzaron a desabrochar los botones de su camisa sin darse cuenta de que avanzaba hacía la puerta donde estaba Lucas. Mordía su labio inferior, en un signo claro de incertidumbre. ¿Y si él no quería que ella entrase?. Despejó esa idea de su cabeza, levantó la barbilla, y reuniendo el coraje que iba perdiendo, abrió el pomo de la puerta y entró en el baño.

Lucas se veía a través de los cristales de la mampara, ella estaba decidiendo si entraba o no con él. Al final saldría y la vería allí como una boba en medio del baño. Con los latidos de su corazón retumbando en sus oídos, caminó sin pensar en nada más y abrió los paneles de cristal, colándose así dentro del cubículo con él.

—Emma —pronunció él sorprendido.

Ella echó una mirada rápida a su esculpido cuerpo. Los músculos acentuaban su atractivo, pero lo que realmente la volvía loca de su físico era el hoyo que se pronunciaba en su barbilla. Quería morderlo. Comenzó a respirar agitadamente y lo agarró por el cuello atrayéndolo hacía su cuerpo para besarlo. Esta vez no fue un beso delicado ni suave. Sus lenguas se enredaron rápidamente con la del otro. Los suspiros de placer se mezclaban con el chorro del agua de la ducha que los mojaba a ambos. Lucas comenzó a desnudar a Emma, pues su ropa ya estaba empapada, mientras ella acariciaba cada parte de su piel que quedaba disponible para sus manos.

—Emma —susurró en los labios de ella.

Tiró de la prenda que él había comenzado a quitarle, le sobraba la ropa, quería sentir la piel de él contra la suya. Nunca había experimentado un placer tan urgente. Quería ser besada, deseada, acariciada... necesitaba sentirse amada. Pronto ella quedó tan desnuda como él, y la separó un poco de su cuerpo para contemplarla.

—Oh, Emma, cielo, eres preciosa. —A ella le ardió el corazón con sus palabras.

La agarró por debajo de los muslos, la alzó para que se agarrase a su cadera y la apoyó contra los azulejos. Emma gimió al verse pegada a la fría pared. Se besaron con pasión, pero pronto comenzaron a bajar el ritmo. Sus besos eran más dulces, más duraderos. Sus labios parecían no querer separarse de los del otro. Las caricias también eran lánguidas. Recorrían el cuerpo del otro como si fuese el tesoro máspreciado. En el momento en el que acarició su intimidad, Emma creyó que estaba volando por el cielo, como en su sueño. Él la transportaba a

un lugar de pura magia en un rato prolongado de caricias, besos y susurros de amor. Entró en el cuerpo de ella, fundiéndose así en uno solo. Ambos se movían como si fuesen un solo cuerpo. No separaban la mirada de la del otro mientras se amaban. Tras un rato de pasión, explotaron juntos, fundiendo así sus almas a la vez que en el salón sonaba el gong de una nueva hora del reloj de la plaza.

Lucas abrió la puerta de la mampara y salieron ambos, cogió una toalla y comenzó a secar el cuerpo del que se había enamorado en el instante que lo vio tal y como vino al mundo, si ya le gustaba con ropa, sin ella más. Puso mucha atención en la parte baja de los pechos, evitando que se le hicieran rozaduras, así como en las ingles. Emma, si abriera más los ojos y si se pusiera más roja, estallarían; se dejaba hacer acariciando el pelo mojado de su amante. Cuando hubo terminado con ella, se secó él en menos de lo que canta un gallo y la cogió en brazos, ella se dejaba hacer, absorta como estaba por todas las atenciones que le mostraba y que jamás había recibido.

Lucas abrió la cama y la dejó sobre ella, después, antes de meterse él en la cama, cogió su móvil y puso una lista de reproducción de baladas de *heavy*, para muchos eran las mejores, enseguida sonaron los acordes y más tarde la voz de Jon Bon Jovi y su canción *Always*, lentamente entró en la cama, se acercó a Emma y la invitó a cerrar un abrazo entre los dos, entre sus cuerpos secos y desnudos, en ese momento el móvil hacía sonar el gran estribillo que tenía esa canción y que con la mirada de los ojos de ambos se prometieron a hacerlo realidad.

Y te querré, cariño, siempre, y estaré ahí para siempre y un día más, siempre. Estaré ahí hasta que las estrellas no brillen, hasta que los cielos exploten y las palabras no rimen. Y sé que cuando muera, tú estarás en mi mente, y te querré, siempre.

El sol comenzó a fijar los rayos en los párpados de Lucas, que comenzó a abrir los ojos muy relajadamente, hacía mucho tiempo que no dormía tan bien y tan relajado. Bajó su mirada levemente para observar a Emma, que dormía plácidamente con la cabeza en su pecho. Comenzó a jugar con un tirabuzón rojo que robó de su melena, estaba tan relajado que daría lo que fuera porque nada les molestase, aprovechó para grabar en su mente todas las sensaciones que esa menuda mujer le hacía sentir y que no quería dejar que se escapara con ellas. ¿Cómo era posible? ¿Cómo habría llegado su primera carta hasta él? No sabía si algún día lo descubriría, pero aprovecharía para hacerla feliz.

—Ay, Emma, creo que me he enamorado de ti...

Al ver que seguía durmiendo, se levantó despacio, sustituyendo su cuerpo por una almohada, fue al baño y tras unos minutos salió vestido con la ropa que Fran había despreciado. Fue a la cocina y buscó por los muebles todo lo necesario para hacer café y preparar unas tostadas, vio que tenía en la nevera unas naranjas y buscó si tenía exprimidor, mientras la cafetera italiana hacía que el café en polvo se fusionara con el agua creando la bebida caliente que tanto le gustaba, preparó un par de zumos, tostó el pan de molde y untó la mantequilla y la mermelada, emplató las tostadas y sacó unas tazas después de abrir cuatro puertas de estantes. Ahora solo le faltaba echar un poco de leche en otra taza y la bandeja. Cuando lo tuvo todo preparado, cogió la bandeja y fue hasta la cama. Emma estaba despierta y sentada, mirando hacia la puerta, como intentando adivinar qué era lo que hacía. Cuando le vio entrar con la bandeja del desayuno, se llevó las manos a la boca. ¿Cuántas cosas se había perdido por haber elegido al hombre incorrecto? Observó la ropa semi prestada y decidió en ese momento que la guardaría para cuando él se quedase a dormir, porque tenía claro como había solo siete bolas de dragón en el universo siete, que Lucas sería para ella.

—Vaya, pensaba despertarte, pero veo que lo has logrado sola.

—Y por la falta de humo, veo que no me has quemado la cocina, te lo agradezco.

—¡¡Oye!! —simuló la voz de los dobladores hispanoamericanos en las series coreanas—. Te recuerdo que vivo solo, y aún no he muerto de inanición. —Emma soltó una de sus risotadas y Lucas se volvió a enamorar de ella—. Venga, vamos a desayunar, que se enfría.

Ella aceptó de buen grado y juntos desayunaron por primera vez uno al lado del otro, en la misma cama.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy, Emma? —preguntó mientras daba un bocado a la tostada.

—Por tu culpa aún no sé en qué día vivo, así que no sé lo que voy hacer. ¿Por qué lo dices? —respondió imitándole en todos sus gestos y riendo después cuando él se dio cuenta.

—Podríamos ir al centro, pasear un rato, tomar algo, comer fuera, ver las luces...

—Sí, sí, sí, sí. Adoro ver las luces, pero con... —Su rostro ensombreció levemente, lo justo para que Lucas lo notara y saliera a su rescate.

—A Natalia tampoco le gustaban. Mira que son raros perros verdes, ¿verdad?

Emma asintió agradecida por la risa que le había hecho sacar inesperadamente.

—Me parece un buen plan.

—Genial... pero antes... —Lucas apartó la bandeja, la dejó a los pies a un lado de la cama y se colocó encima de Emma— voy a darte los buenos días.

Emma, al ver lo que iba a hacer, separó las piernas y subió la ropa de cama para luego taparse, en la calle hacía frío, pero en ese momento ella era un horno.

Capítulo Catorce

El teléfono de Lucas comenzó a sonar, ambos se despertaron asustados, eran las tres de la mañana y no era hora de recibir llamadas amables. Él suspiró al ver el teléfono de su hermano, pero no estaba en su casa, se relajó porque de otra manera le habría mandado a un lugar muy lejano.

Se sentó en la cama y descolgó.

—Hola, ¿qué quieres? —fue como Emma escuchó que respondía al teléfono. ¿Quién sería? ¿Natalia? Apenas sabía nada de ella, ni siquiera la había visto en foto aún. ¿Y si no era ella?

Esperó pacientemente hasta que Lucas terminó, debió de ser algo importante, porque se levantó rápidamente y comenzó a hablar por la habitación dando paseos y gesticulando, no era Natalia al final, pero otro nombre de mujer la puso en tensión, Marie.

Cuando Lucas acabó la llamada, se sentó a los pies de la cama sumido en el silencio, con las manos tapándose la cara, pero sin llegar a llorar.

—¿Qué sucede, cielo?, ¿puedo hacer algo?

—Lo siento, Emma, he de irme —dijo levantándose y comenzando a vestirse.

—Pero son las tres de la mañana. ¿Dónde vas a ir?

—¡Lucas, por dios! ¿Me puedes decir qué está pasando? Sé que no soy nadie como para que compartas todo, pero quiero ayudarte si me dejas.

De nuevo, el hombre se la quedó mirando y claudicó sentándose otra vez en los pies de la cama y dejando que la frustración y la pena se hicieran dueñas de su estado de ánimo.

—Se trata de mi madre. De mi tía más bien, pero mis padres murieron cuando yo era pequeño y ella fue quien me crió.

—Vale, es Marie, ¿no? ¿Qué le pasa? —Se puso delante de él en cuclillas, solo con la ropa interior.

—Parece que ha tenido un accidente de coche, y está en coma.

—Oh, Lucas, lo siento mucho. ¿Dónde está? Te acompaño

—No, cielo, no te puedo pedir eso. Marie vive en París. Tengo que coger un avión, aunque me aterre volar.

Emma cogió sus manos, que entre las suyas parecían diminutas.

—Déjame que te acompañe ¿sí? No tengo nada que hacer estos días.

Lucas abrió los ojos mirándola impactado por el ofrecimiento.

—¿Lo dices de verdad? ¿No te importa? —preguntó asombrado de su generosidad.

—Lucas, no te lo iba a decir tan pronto, porque me da miedo pronunciarlo en voz alta, tras las últimas cartas creía que me estaba enamorando de ti, pero era imposible. ¿Cómo hacerlo sin verte? Ahora que nos hemos visto, que nos hemos amado, estoy segura. Te quiero y no quiero dejarte pasar por esto solo. Por favor, no me tomes por una loca.

—Oh, Emma, a mí me sucede lo mismo que a ti, pero no te puedo pedir que me

acompañes, es un viaje tan amargo. No es así como había pensado en nuestro primer viaje.

—Cariño, de esta conversación estamos sacando que ambos nos queremos, queremos estar juntos, entonces déjame estarlo. Tienes miedo a volar, pues nos repartimos el viaje, ambos conducimos. Venga, prepara café mientras me visto porfa.

—Dios, eres un ángel. Gracias, cielo, no sabes lo que significa esto para mí.

—Ahora somos dos, lo que significa para ti significa para mí. Ahora haz café, mientras me ducho. Si te parece, puedes ducharte y coger más ropa de la caja, o vamos a tu casa, de todas formas, habrá que hacer maletas.

Dicho y hecho. Mientras Lucas hacía el café en la madrugada, Emma se duchaba y comenzaba a preparar la maleta ilusionada por hacer su primer viaje con Lucas, para ninguno era el esperado. Por un momento su mente quiso comparar a Lucas con Fran, pero se obligó a no hacerlo.

Unas horas más tarde aparcaban frente al piso de Lucas. Él, sabiendo que serían varios días en la ciudad parisina, prefirió usar su propia ropa, subieron tranquilamente y en silencio, eran las cinco de la mañana y no había ni un alma despierta. Abrió la puerta e invitó a Emma a pasar, el piso de Lucas era un *loft* amplio en la sexta planta de un bloque de edificios. Había un ventanal donde se podía ver casi todo Madrid iluminado por las luces nocturnas, la cocina era americana y la habitación estaba al fondo con una cama de matrimonio perfectamente hecha. Estaba decorado con cuadros de diferentes animes, pudo reconocer a Luffy, de *One Piece*, a Goku, de *Dragon Ball* e Inosuke, de *Kimetsu no Yaiba*. Era igual de friki que Emma y eso a ella le encantaba porque le dejaba ser como ella deseaba, no una copia como era con Fran.

—Oh, Lucas, me encanta tu piso. Es tan...

—¿Peculiar? —dijo él en tono de broma.

—Esa es la palabra que buscaba —dijo ella riendo.

—Ponte cómoda mientras me doy una ducha, estás en tu casa.

Mientras Lucas cogía ropa del armario y entraba al aseo, Emma se dedicó a observar la colección de figuras y tomos de juego de rol que tenía su ya no amigo inesperado. Le encantaba que le gustasen tantas cosas como a ella, incluso tenía la espada, o al menos le pareció reconocerla, de la serie coreana *Rey: monarca eterno*. Sonrió al verla, estaba segura de que era esa.

De pronto, el timbre de la puerta comenzó a sonar, lo que le hizo dar un brinco, asustada miró la hora y vio que eran las seis de la mañana ¿Quién podría ser? Dudó en abrir o no, al final, la curiosidad pudo más que la razón y abrió la puerta.

—¿Tú quién cojones eres? —de aquella forma Natalia saludó a Emma cuando esta abrió la puerta.

—¿Perdona? Soy una amiga de Lucas. ¿Tú quién se supone que eres? —Emma al principio se arrugó, pero no estaba dispuesta a que aquella mujer le faltara el respeto.

—¿Una amiga? Anda, qué bonito. ¿Dónde está? —Natalia entró sin permiso a la que fuera su casa hasta no hace mucho—. ¡Lucas!

—Oye, no sé de dónde sales o quién eres, pero son las seis de la mañana, no son horas de dar gritos.

—Calla, zorra, contigo no va esto. Estoy llamando a mi marido. —Dio varios pasos más hasta que vio la maleta—. ¿Acaso pensáis iros, doña amiguita?

—Mira, tía, zorra lo será tu puta madre, eso para empezar, y después, me da igual que seas su mujer, que, por cierto, ya no lo eres por que él te dejó. Deberías irte.

—¿¡Qué has dicho de mi madre, guarra!?! —Natalia entró en cólera e intentó agarrar del pelo a Emma, al conseguirlo, le dio un empujón contra las figuras de rol, que cayeron y se hicieron añicos.

—¡No! ¿¡Que has hecho!?! ¡Las figuras! —Al ver que se rompían y con el cariño que tenía ella a las suyas, se alzó y fue a por Natalia, que no la esperaba y recibió un bofetón.

—¿¡Pero se puede saber qué pasa contigo!?

Lucas salió del baño alarmado con los gritos en el momento en que Natalia pegaba un puñetazo a Emma en el estómago.

—¡Natalia! Sal ahora mismo de mi casa.

—Lucas, cariño. Di a esta guarra que... ¿Cómo? ¿Me echas otra vez?

Lucas corrió hacia Emma para ver cómo estaba

—Natalia, necesitas ayuda, no puedes seguir así, por favor, sal de mi casa y haremos como que no ha pasado nada.

—Lucas, ten cuidado, está loca.

—Putas descaradas, Lucas es mío, entérate, me echa para luego ir a por mí cuando te haya descartado, porque es lo que eres, yo soy su mujer y siempre lo seré.

—Tú no eres nada mío, Natalia, ese tren ya pasó. Te vuelvo a pedir que te vayas de mi casa, no me obligues a echarte. Por favor, Emma, haz mi maleta, voy a sacar a esta loca de mi casa —le pidió a la muchacha y ella aceptó.

—¿Maleta? ¿¡Te vas con ella!?! —gritó Natalia fuera de sí.

—Ven —le pidió a su expareja, saliendo al rellano—. Esta es mi casa, tú ya no vives aquí, no te quiero en mi vida y como hagas algo o le hagas algo a Emma, te juro que te denunciaré, de hecho, llamaré a tu hermana para decirle que voy a poner una orden de alejamiento contra ti. Ahora, por favor, márchate.

Natalia le cruzó la cara de tal forma que se escuchó en toda la escalera, después se fue corriendo escaleras abajo.

«Al final acabará en un manicomio», pensó Lucas cerrando la puerta y yendo hacia el armario donde Emma ya tenía varias prendas dobladas en la maleta, incluido un traje negro.

Poco rato después, salieron del piso dirección a París.

El viaje fue largo, pararon unas cuantas veces para desayunar, para cambiarse y para descansar, en el camino iban hablando de todo y de nada, hasta que la conversación giró sobre ellos, sobre sus esperanzas con la relación; decidieron ir poco a poco, aunque era muy difícil, nadie los conocía como la otra persona y nadie deseaba estar al lado de la otra más que ellos.

Cuando llegaron a París, fueron inmediatamente al hospital, ahí se encontró con su hermano.

—Hola, Miguel, te presento a Emma, mi pareja.

—Hola, Lucas. ¿Tu pareja? ¿Qué ha...? Es un placer conocerte, Emma —dijo Miguel

cuando Lucas lo atravesó con la mirada.

—Un placer conocerte, aunque sea en estas circunstancias. ¿Cómo está?

—Mal, creen que de esta noche no pasará, el impacto fue brutal; al parecer, el otro conductor iba hablando por teléfono e invadió el otro carril.

—Que hijo de puta —dijo Emma, expresando lo que Lucas pensaba en ese momento.

—¿Se puede pasar a verla? ¿Está despierta?

—A ratos, por los sedantes, seguro que a ti te escuchará, siempre has sido su niño pequeño.

Lucas evitó cualquier enfrentamiento con Miguel en el hospital. Pasó a ver a la mujer que le crio y pensaba que era imposible que la fuera a perder sin haberle dicho lo mucho que la quería por culpa de una tonta discusión.

—Marie... Lo siento tanto... ojalá tuviera más tiempo, te contaría todo lo que me ha pasado en los últimos años. —Lucas se sentó a los pies de la cama.

Marie estaba tumbada en la cama, respirando normalmente, parecía dormida, pero le había escuchado, a él siempre le escuchaba.

—Siem-pre tan melo-drama-tico.

—¡Marie! —Lucas rodeó la cama y dio un beso a la mujer en la mejilla y después la abrazo—. Pensaba que no llegaría a tiempo.

—¿Có-mo has ve-nido? —Marie no podía ya entonar las frases como ella quisiera.

—Conduciendo. Oh, Marie... dejé a Natalia por... Bueno, por cosas... y conocí a un ángel, ella me ha ayudado a llegar hasta aquí.

—Quie-ro Co-no-cerla.

—¿Seguro? Vale, espera, no te me vayas, por favor.

Lucas salió deprisa y llamó a Emma, que le vio en la distancia y le extrañó que la llamase. Cuando esta se acercó, Lucas le dijo que su tía la quería conocer

—¿A mí? Pero si yo no soy nadie.

Lucas cruzó la puerta seguido de Emma, nadie lo pudo ver, pero un haz de luz salió del cuerpo de Emma para entrar en el de Marie, seguidamente, esta abrió los ojos de par en par y respiró hondo por primera vez en muchas horas. Incluso la frecuencia cardíaca, antes baja, se había normalizado para una persona de su edad.

—¿Qué, ¿qué ha pasado? —preguntó Marie mirando a todos lados hasta que vio a Emma y abrió ampliamente los ojos exclamando—. Un ángel, es un ángel.

Emma la miró sin comprender, al igual que Lucas, no sabían a qué se refería, pero lo cierto era que los médicos, horas después, certificaron que un milagro había hecho que sanaran todas las heridas que tenía, incluso el traumatismo craneoencefálico que estaba a punto de acabar con su vida.

Milagrosamente, Marie era capaz incluso de andar, le hicieron las pruebas necesarias y, ante el asombro de todos y por que la noche de Nochebuena, la dejaron irse a casa con sus dos «hijos» y su nueva nuera.

Capítulo Quince



Afortunadamente, a la mañana siguiente le dieron el alta a Marie. Con la ayuda de sus «hijos» y de Emma, llegaron a casa. Ella alucinó con lo que tenía ante sus ojos. La casa, si es que se podía llamar así, se trataba realmente de una hacienda enorme. El jardín verde que la bordeaba era espectacular. Se sintió transportada a las novelas de época que le gustaba leer desde pequeña. La fachada de la casa, de un blanco prístino, le hacía daño a la vista de lo brillante que estaba. Comenzó a sentirse un poco incómoda al vislumbrar el poder monetario que tendría la «madre» de Lucas, ella le parecería tan poca cosa para él. Una sensación de que alguien la observaba le hizo girar su vista, Miguel, el hermano de Lucas, la miraba atentamente. No le había dirigido más de tres palabras juntas, pero le bastó para saber que ella no le agradaba.

—¿En qué piensas, mi ángel? —susurró Lucas en su oído sacándola de sus pensamientos.

—No pensaba en nada —dijo, dirigiéndole una sonrisa.

Lucas iba a rebatirla cuando el coche terminó de parar delante de la casa que ella había estado admirando de lejos. Bajaron de él, ayudaron a Marie a entrar y la acomodaron en el sofá.

—Nada de sofá, es Nochebuena y hay que preparar la cena. Ayúdame, hija —dijo a Emma ofreciéndole la mano.

Ella miró a Lucas de soslayo y este asintió. Agarró la mano arrugada de la mujer y la acompañó a la cocina.

—Hija, saca de la nevera el pavo, que voy a prepararlo para meterlo en el horno o no llegamos a la cena.

Emma caminó hacia la nevera mientras se remangaba la camisa. Colocó el gran pavo en la encimera, bajo la atenta mirada de Marie.

—Uhm, esto servirá —murmuraba Emma, mirando por los armarios.

Puso en la mesa una lata de cerveza británica, ajo, tomillo y semillas de cilantro.

—Veo que lo tienes claro. ¿Quieres prepararlo tú y yo me pongo con otra cosa? —le preguntó alzando la ceja, mirando a Lucas, que le sonreía desde la entrada de la cocina.

—Sí, claro. Lo pongo a marinar y la ayudo con otra cosa. —decía Emma mientras estaba ya preparando el pavo, colocando la cerveza en la bandeja, después de verterla por encima del

animal. —Corta unos ajos, cielo —ordenó a Lucas, que se había colocado a su lado.

—A la orden —dijo él riendo encantado.

Trabajaron sin descanso durante toda la tarde, pusieron el pavo en el horno, que era lo que más tardaría en hacerse, prepararon unos canapés variados, unas ensaladas, y Emma hizo hasta un postre con una hoja de hojaldre y chocolate, formando con la masa un árbol de Navidad, que solía preparar con su madre.

—Has trabajado muy bien Lucas, ahora, largo —le ordenó Marie.

Este dio un beso a Emma en los labios y salió de la cocina con una copa en la mano y una cerveza para Miguel. A él también le quedaba una charla por delante.

Lucas encontró a Miguel en el salón, sentado en el sofá con la cabeza gacha y las manos en el pelo. Levantó la vista al oírle entrar en la sala. Había estado eludiendo todo el día la conversación, pero ahora era la hora de tenerla.

—Miguel, tienes un momento, por favor.

—Lucas... Sí, claro. Déjame decirte primeramente que lo siento. Siento lo que hice, no entiendo cómo pude caer tan bajo. Me arrepiento muchísimo.

—Te arrepientes muchísimo. Perdón, ¿es lo único que tienes que decirme tras destrozar la relación que tenía con Natalia?

—No sé qué más decirte, ella me embaucó, me hizo creer que tú ya no sentías nada por ella, que no la valorabas, que te daba igual vuestra relación.

—¿Y eso te daba derecho a acostarte con mi mujer, Miguel? —le espetó mirándole fríamente, conteniéndose, intentando no levantar la voz para que ni Marie ni Emma los escucharan.

—No, claro que no, hermano.

—No me llames así, has perdido el derecho a hacerlo.

—Joder, Lucas, estoy intentando arreglar el asunto. ¿Qué puedo hacer? Dime qué hacer y lo haré.

—Quiero que después de esta noche no tenga que ver tu cara de cabrón. Llevarás mi sangre, pero dejaste de ser mi hermano el día que pensaste que podías follar con mi mujer.

Miguel intentó agarrarlo para arreglarlo, pero Lucas no quiso, se iba a ir cuando un grito lo paró en seco.

—¡Lucas! Como te marches sin arreglar tus problemas con tu hermano, no me verás nunca más; y bajad la voz, Marie está preocupada —dijo Emma mirándole tan seria como no la había visto ni con el asunto de Fran.

—¡Pero, Emma!

—Ni, pero ni peras. No sabéis la suerte que tenéis de tener un hermano, yo siempre he estado sola, llorando, con el único consuelo de mí misma, vosotros os tenéis el uno al otro. Todos nos equivocamos, pero no consentiré que destroces lo único que te queda de familia.

—Gracias, Emma —quiso decir Miguel, aunque ella le cortó enseguida.

—No te confundas, podría odiarte por el daño que le has hecho, pero estamos en época de paz, os han bendecido con un regalo, vuestra tía se ha curado, no echéis por tierra el milagro, haced las paces, por favor —suplicó antes de darse la vuelta.

—Dos —dijo Lucas—, dos regalos, tú eres el segundo.

La chica se dio la vuelta ruborizada y Lucas se volvió hacia Miguel.

—Ella tiene razón, solo nos tenemos el uno al otro. Me duele lo que hiciste, pero si no se puede perdonar a un hermano, ¿a quién perdonamos?

Miguel se echó encima de su hermano, abrazándose a él.

—Gracias, gracias, Lucas.

—A mí no, dáselas a Emma, ella lo ha hecho posible.

Una vez acabada la conversación de esos dos, Marie se acercó a Emma y la abrazó para sorpresa de esta.

—Va a tener razón y realmente eres un ángel. —A ella se le llenaron los ojos de lágrimas ante las palabras de Marie.

—Los ángeles sois vosotros. Habéis llenado mi vida oscura de colores. Jamás pensé que alguien que no me conocía siquiera se pudiese convertir en... —Los ojos de Emma volvieron al suelo y Marie levantó su mirada colocando los dedos en su barbilla.

—Tu familia, niña. Natalia jamás habría podido hacer feliz a mi «hijo». Él estaba confundido. Yo lo vi desde el principio. Esa mujer es fría como el hielo y mi niño necesita calidez y amor. Eso es lo que veo que sobra en tu mirada. Aquí, óyeme bien porque solo lo diré una vez —esperó que Emma asintiese para continuar—, tienes una madre, abuela o simplemente una amiga para lo que necesites. Yo veo la bondad en tu corazón y el daño sufrido en tus ojos, y a partir de ahora, no más lágrimas —dijo limpiando las que ya caían por las mejillas de Emma—. Al menos, no de pesar.

Emma no pudo hablar, esas palabras significaban tanto para ella que lo único que pudo hacer fue abrazar a esa mujer que la había aceptado sin condiciones.

Salieron de la cocina y se dirigieron cada uno a su habitación a prepararse para la cena que les esperaba mientras el asado reposaba fuera del horno.

—Gracias —le dijo Lucas besando su cabeza.

Estaban tumbados en la cama encima de la colcha de rosas amarillas, abrazados pasaban unos minutos de tranquilidad antes de ducharse para la cena.

—Me alegro de que lo hayas arreglado con tu hermano —contestó ella apretando más su abrazo.

Se besaron unos minutos, acariciándose y comenzando a grabar en la mente del otro cada recoveco de sus cuerpos.

—Vamos a la ducha —susurró Lucas besando el cuello de ella.

—¿Juntos? —preguntó levantando el mentón dándole acceso a sus labios.

—Siempre, amor. Siempre juntos.

Fueron hacía la ducha entre besos y más caricias. Hicieron el amor bajo el chorro de agua caliente y se vistieron entre risas y tirones de telas.

—¡Lucas!, que no me dejas acabar —protestó ella, tirando de las medias de manos de él, que se las había quitado jugueteón.

—Eso es mentira. Te dejo acabar y te quedas satisfecha. —Le dio un beso seguido de una risa.

—Eres incorregible —le regañó colocándose la media con el pie apoyado en el wc.

Entre bromas y regaños, bajaron al salón y ambos exclamaron a la vez.

—¡Oh, qué preciosidad —dijo Emma al ver las luces encendidas, el árbol iluminado con los adornos y espumillones brillantes y la gran mesa llena de los manjares que habían preparado! Mientras ellos jugaban en la ducha, Marie y Miguel prepararon la mesa para cenar.

—Vamos, tortolitos, sentaos, que ya está todo preparado —ordenó Marie sentándose en la cabecera de la mesa.

Cenaron entre conversaciones variadas. Miguel, al principio, no participaba mucho, pero Emma le empujaba, hasta que la mesa se llenó de risas y bromas tras el fondo de los villancicos que se oían bajito, llenando así el ambiente de un aire totalmente navideño.

Pasaron las Navidades con Marie, nadie les esperaba en España a ninguno de los dos, en la cena de Nochevieja, Lucas se declaró delante de Miguel y de Marie, Emma casi se desmaya en la pedida, pero automáticamente dijo que sí.

Eso a Marie le facilitó todo, sabiéndose débil de años y habiendo pasado el susto del hospital, habló con su abogado para que el *château* pasase a manos de Lucas y Emma, una mujer que había conquistado a Marie como nunca logró Natalia.

Un mes después

Como los docentes y alumnos, volvieron a España el día ocho de enero, ya prometidos y queriendo saber cómo sería la vida en común, Lucas se fue a vivir a casa de Emma, dejando el *loft* en alquiler.

Mientras Emma pintaba, Lucas escribía como si no hubiera un mañana, había logrado encontrar la inspiración en ella, se había convertido en su musa.

Pasaban las semanas y parecía que llevasen toda la vida juntos, si uno cocinaba, el otro fregaba; si uno barría, el otro limpiaba, y cuando Emma tenía que salir a algún lado por motivo de presentaciones y demás, Lucas siempre le tenía la cena hecha, así como un buen masaje.

La cena de San Valentín quedaría marcada para siempre, pues Lucas le regaló una gargantilla y una esclava, una con la fecha de la primera carta y otra con la que se declaró, Emma le dio un sobre blanco cerrado, en él había una tarjeta que decía... ¡vas a ser padre!



Fin

Epílogo

Cinco años después

Disfrutaba del atardecer sentada en el césped, mientras vigilaba a Ángela María, su hija, parecía mentira poder decir que tenía una. Lucas le había dado tantas cosas. Le proporcionó fuerza en su día para continuar respirando, le brindó esperanza como persona, le hizo sentir comprendida, importante, amada... Todo eso ya eran motivos suficientes para adorarlo de por vida, pero él le dio más, mucho más. Le regaló el milagro que jamás pensó que llegaría a sufrir en su cuerpo. Le regaló crear vida dentro de ella. Saber qué se sentía al moverse dentro de su cuerpo, a querer a una pequeña persona que ni siquiera veía. Le dio el don de la fertilidad y eso jamás se lo podría agradecer. No sabía por qué con Fran no había sido posible, tal vez el destino, tenía un mejor hombre, marido y padre para ella. Lucas era lo que siempre había soñado. Un hombre amable, simpático, atento, cariñoso. Un marido entregado a su hija y a ella, un hombre que se vestía por los pies, y no podía estar más orgullosa de él.

—Aquí está mi pequeño Halcón Milenario —sonrió al ver cómo llamaba a su pequeña.

—¡Papi, papi! —La niña corría con una mirada de total devoción—. ¿Tío Miguel no viene contigo? —preguntó mientras corría hacia él.

—Hola, mi princesa, papi ya está en casa —le hablaba al oído mientras la abrazaba con los ojos cerrados disfrutando del abrazo de su pequeña—. No, cariño hoy no ha podido, pero mañana vendrá a verte.

La niña asintió abrazando más fuerte a su padre entre sus pequeños brazos.

—Has llegado pronto, amor —habló Emma por primera vez intentando levantarse del asiento.

—Quieta, cielo.

Lucas bajó a la niña al suelo agarrando su mano a la vez que ayudaba a su mujer a levantarse.

—Puedo sola, cariño. —Lucas sonrió a su mujer y dejó sus labios encima de los de ella.

—Lo sé, pero me gusta tenerte entre mis brazos. —Ella le sonrió.

Después de los años que habían pasado, aún se ruborizaba de las cosas que su marido le decía.

Emma apoyó su cabeza en el hombro de él, mientras entraban por la puerta de la hacienda de la que un día se enamoró y ahora era su hogar, donde vivía felizmente con su marido y su hija, y esperaban un bebé que llegaría en Navidad.

Carta de J a V

Bueno, aquí estamos.

Quiero que sepas que este viaje hasta aquí ha sido maravilloso, un sueño.

Cuando te perdí, no creí volver a encontrarte, te habías convertido en una persona a la que conoces, forma parte de tu vida, pero después dejas de saber de ella y no la ves nunca más, aunque te esfuerces.

Pasé cinco años de eclipses y sombras, tuve que seguir con mi vida, así como tú con la tuya, jamás podre sentir aquello que tú sentiste, perdóname, pero amarte fue lo mejor que me pasó aquella época. Todo lo que hacías estaba lleno de tu gracia, de tu cariño, de tu amor.

La travesía por el desierto no fue buena para ti, lo siento, mi amor, tanto que, si pudiera volver al pasado, haría cualquier cosa, incluso evitar hablarte ese día de la reseña; no, qué digo, jamás. Lo siento, amor, pero nunca cambiaría eso, porque fue tan bonito... Pero si pudiera cambiar algo, lo haría.

Encontrarte otra vez hizo que mi corazón latiese a tres mil por hora, después de tantas lágrimas, de tanto sin saber de ti, sin ninguna noticia, ahí estabas, y el resto no hace falta que te lo cuente.

Eres la mujer a la que más he amado, y a la que más amo. Necesito de tus palabras como mis pulmones del aire que respiran. Por tanto, te necesito para vivir.

No quiero imaginarme otra vida sin ti, no podría vivir, me negaría, no querría sufrir otra vez tu ausencia. No, no estoy loco, no podría, esto es más fuerte que nada que yo haya conocido. Eres mi amanecer y mi anochecer, eres el agua que necesita mi cuerpo, eres la sangre que hace latir a mi corazón.

Te quiero, V, más que a mi vida.

Llegaremos a la meta, estoy seguro.

Te amo.

Carta de V a J

Entonces J ¿qué te puedo decir que no sepas? Cuando te conocí, ni siquiera me pasó por la cabeza que pudieses significar para mí lo que fuiste. En aquel momento en el que creía que lo tenía todo (más o menos) llegaste tú, tratándome como a una reina, preocupándote de mí, haciéndome reír y compartiendo millones de cosas. Aquel tiempo a parte de llevarlo grabado en mi corazón, fueron los más hermosos que recuerdo, ya que fui feliz. De una manera en la que jamás pude siquiera acariciar. Me diste tanto... que me supo muy mal el resultado. Tuve que desaparecer para no hacerte más daño. Seguimos con nuestra vida (o en mi caso, la no vida) y el destino, nos ha vuelto a poner ante el otro.

¿Así debe ser? no lo sé, lo único que si se, es que no cambiaría ni una pizca de lo que viví contigo. Ahora podemos descubrir aquello que se nos negó. ¿Nos irá bien? No lo sé cielo, pero mira, debemos dejar que el ciclo fluya y ya veremos que nos depara el futuro.

Bueno pues solo me queda algo por decir...

Te amo J

Contenido

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Epílogo](#)

[Carta de J a V](#)

[Carta de V a J](#)

Agradecimientos

Queremos dar las gracias a muchas personas. Como soy un caballero dejaré que V de las gracias primero.

Adrián, Josema, gracias por ser unos hijos maravillosos, me enseñáis a ser mejor madre, mejor persona, mi vida no tendría sentido sin vosotros. Os amo.

A mi surrapita, que decirte que no sepas. Solo tú sabes lo mucho que te amo.

A mi prima, gracias por aparecer cuando la tierra me tragaba, fuiste mi ancla, te amaré siempre.

A mis hermanos sin los cuales quizá no estaría aquí.

A mis padres, gracias por todo.

A J, por ser constante y no rendirse hasta vernos unidos de nuevo

Ahora J

Yo quiero dar las gracias a mi padre, por siempre y para siempre. A mi madre que sigue estando al pie del cañón y que se ha volcado con V.

A mis hermanos por estar siempre ahí, a Cristy, mi mejor amiga, gracias por estar siempre al quite socia.

A mi grupo de Facebook Aquelarre Nocturno y a todos los demás grupos.

A Promociones Esther, por otro año de trabajo y dedicación.

A Sonia mi estupenda correctora, que siempre saca un hueco para que le dé más problemas.

A V, por aparecer cuando menos la esperaba y por dejar que la ame como al principio de todo. También a la surrapita por haberme adoptado tan fácilmente, y a la prima escritora por confiar en mí.